

NO HAY DIOS



SINO
YO

JONATHAN GALLAGHER

*No hay Dios
sino Yo*

*No hay Dios
sino Yo*

Jonathan Gallagher



Asociación Publicadora Interamericana
Belice-Bogotá-Caracas-Guatemala-Madrid-Managua
México, D.F.-Panamá-San José-San Juan-San
Salvador-Santo Domingo-Tegucigalpa

Contenido

Título de la obra original: *The Ultimate God*
Traducción: *Félix Cortés A.*
Dirección editorial: *Mario A. Collins*
Diagramación: *Leonardo Moreno T.*

Copyright © 1997, por
Asociación Publicadora Interamericana
Derechos reservados

Asociación Publicadora Interamericana
1890 N.W. 95th Avenue
Miami, Florida, 33172
Estados Unidos de Norteamérica

ISBN 1-57554-089-4

Impreso y encuadernado en México, para
Asociación Publicadora Interamericana, por
Editorial Montemorelos, S.A. de C.V.
Montemorelos, N.L., México

Printed in Mexico

Introducción	7
El Verbo de vida	10
La Luz contra las tinieblas	19
En las huellas de Jesús	28
Qué significa conocer a Dios	36
Esta hora final	45
Hijos de Dios	53
Amaos unos a otros	61
Probad los espíritus	71
La forma en que Dios es amor	79
¡Victoria!	89
Confianza total	98
¡No sea perdedor!	107
Imitando lo bueno	114
El Dios esencial	124

INTRODUCCION

La esencia de la verdad

Las epístolas de Juan brillan con la esencia de la verdad. En los siguientes capítulos vemos lo que realmente significa conocer a Dios y confiar en él. No se trató de alguna vana filosofía, ni de un ejercicio académico, sino de una fe profunda, práctica y personal. Aquí hay fe: firme confianza, descrita por uno que conoce a Dios íntimamente.

¿Quién es, pues, este Juan, que ni siquiera necesita firmar? Un hartamente conocido hombre de Dios cuya autoridad como líder de la iglesia es incuestionable. Uno que ha visto esparcirse el evangelio por toda la tierra, que vivió durante aquellos turbulentos años en los cuales el mundo fue totalmente trastornado. Este no puede ser otro que el antiguo apóstol Juan, el discípulo amado. Ya al final de su vida, necesita registrar sus últimos pensamientos.

¡Y qué palabras! Palabras brillantes, emocionantes, entusiastas, que tratan de temas dramáticos que le erizan a uno los cabellos. ¡Todo escrito por inspiración, por un hombre que tiene cuando menos 80 años, y muy probablemente noventa! Palabras extraordinarias que salen de la boca de un visionario; pero que son mucho más significativas cuando sabemos quién las escribió, cuándo y por qué.

Juan sigue el ejemplo de su Amigo y Señor. No le gustan las largas palabras teológicas, ni los tratados formales. Juan es todavía un hijo del trueno en sus convicciones y en su confianza. Usa palabras sencillas y poderosas para dar su mensaje. De hecho, sólo usa una muy pequeña selección de palabras, y por eso algunos rechazan o cuestionan sus escritos diciendo: "Esta no es teología seria". Pero al igual que Jesús, Juan expresa la verdad acerca de Dios de la manera más elocuente en palabras que hasta un niño podría entender, pero con el más profundo significado.

Mi padre me escribió acerca de sus propias convicciones con respecto a la importancia de estas cartas cuando supo que yo estaba escribiendo acerca de este libro: "Las epístolas de Juan me recuerdan de manera poderosa cuán fácilmente podemos perder contacto con la 'sencillez que nos conduce a Cristo'. Necesitamos el consejo del apóstol para poder vivir en verdad la vida cristiana día tras día. 'Si decimos y no hacemos... mentimos', pero si caminamos en la luz tenemos paz con Dios..."

Para decirlo en forma totalmente directa y clara, lo que hace Juan es resumir el significado y propósito de la vida. Esta es su "definición del evangelio en una sola línea". Ya ha escrito su obra más abarcante, el Evangelio según San Juan. Sus epístolas, particularmente la primera, constituyen una "versión condensada" del evangelio y fueron escritas para suplir necesidades muy claras.

¿Por qué? Porque Juan lo ha visto todo. El experimentó personalmente la presencia de Dios en Cristo; vivió como cristiano y líder perseguido de la iglesia; y es ahora el último discípulo. Por eso, con un intenso flujo de pensamiento va ligando las ideas, no como si estuviera exponiendo un tema, sino como un testigo presencial en un noticiero de televisión que trata de expresar lo que sabe que es verdadero. Estos son los maduros pensamientos del muy amado amigo de Jesús. Conlleva el significado de las buenas nuevas que él vino a enseñar.

En todos sus escritos Juan trata de explicar el significado, no simplemente de registrar los eventos. De modo que lo mejor que podemos hacer es considerar con mucho cuidado lo que él quiere que sepamos. Porque en esencia, ésta es la última voluntad expresa del apóstol; su testamento, por así decirlo, su declaración de lo que es verdaderamente esencial en las gloriosas buenas nuevas de Dios.

Es como si alguien le hubiera hecho una última entrevista a Juan, y le hubiera preguntado: "Díganos, entonces, ¿qué es lo más importante en estas creencias suyas?" "Déme, por favor, el evangelio en una cápsula concentrada". Y Juan quita todo lo que no es absolutamente necesario, y nos da una inspirada y maravillosa visión de Dios y de su misericordioso don de la salvación.

Pruebe el mismo desafío. Si se le pidiera que resuma en pocas palabras lo que significa Dios para usted, ¿cómo respondería? Tome tiempo para pensar en ello como hizo Juan, y escriba una breve respuesta. Porque todos, en algún momento, somos llamados a dar una razón de

la esperanza que hay en nosotros (véase 1 Ped. 3:15).

Yo afronté ese desafío hace algunos años. Llevaba a una visitante a la estación de ferrocarril que estaba muy cerca de mi casa para que abordara el tren. En el camino ella me preguntó:

—¡Así que dígame lo que usted cree y por qué, en una sola frase!

Me quedé helado por dentro. ¿Cómo puede usted hacer eso? Repasé muchos aspectos de la doctrina, pensamientos y experiencias con Dios. ¿Cómo podía alguien pedir que todo eso fuera resumido en una sola frase?

¿Qué decir? ¿Por dónde comenzar? ¡Lo primero que hice fue clamar a Dios con todo mi corazón!

Decidí explicarle la clase de Dios en el cual creía y mi relación con él. Le dije que Dios era mi mejor Amigo, Alguien a quien yo conocía como totalmente digno de confianza y verdadero, que me había salvado y sanado de mi yo pecaminoso, y quien me había prometido un hogar eterno con él. ¡Una frase un poco larga, quizá, pero al menos había logrado meter en ella todo lo que pensaba que era importante!

Ella asintió con la cabeza, como si la respuesta la hubiera satisfecho.

—Suena bien. Al menos no me dio un montón de palabras que yo no podría comprender —dijo sonriendo con benevolencia y continuó— y puedo ver que es usted muy personal, y que realmente cree en ese Dios.

Cuando llegamos a los andenes una sombra cruzó por su rostro.

—Me gustaría poder creer en un Dios así —murmuró al despedirse. La invité a que creyera y confiara en este Dios a quien yo amaba. Pero acelerando el paso, movió negativamente su cabeza, y cruzó la barrera.

Jamás la he vuelto a ver desde aquel día. Lo único que espero es que Dios haya logrado alcanzarla y que ella haya encontrado al Dios amante, salvador y sanador en quien tú y yo creemos. Porque sólo cuando otros lo encuentran puede ser completo nuestro gozo, como señala correctamente Juan (1 Juan 1:4).

De modo que lea sin más dilaciones el vital mensaje que Juan tiene para nosotros. Lea todas sus epístolas de una sola vez —no unos pocos versículos—, son sumamente cortas. Permita que el Dios a quien Juan amaba y admiraba le hable también a usted en estas palabras eternas.

CAPITULO 1

El Verbo de vida

I Juan 1:1-4

La vida y la muerte

Cuando la madre de mi esposa agonizaba, fuimos invitados a permanecer junto a ella. Para entonces ya estaba inconsciente, y lo único que podíamos hacer era tomarla de la mano y decirle palabras de amor y consuelo, ignorando si nos escuchaba o no.

Cuando finalmente expiró, recordamos lo que había dicho. Sus últimas palabras de amor para nosotros y toda la familia, una ligera queja porque ya no podría compartir la vida de sus hijos, pero sobre todo, de inmovible confianza en la salvación de su amante Señor. En sus últimos días había leído y releído los salmos, hallándolos particularmente valiosos mientras luchaba con el cáncer que la consumía lentamente. Lo que más recuerdo es haberla oído repetir las palabras del Salmo 27:1:

“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Aunque la muerte se identifica siempre como un enemigo en la Escritura, y Dylan Thomas dijo que deberíamos “enfurecernos por la muerte de la luz”, ella murió en paz y seguridad, en los brazos del Dios a quien conocía y en quien confiaba como su mejor Amigo.

Porque llegado el momento, ¿cuál es el objetivo de nuestra vida? ¿Cuál el propósito de todas nuestras luchas y afanes? ¿Qué es la vida y hacia dónde nos conduce?

Mi suegra había encontrado la respuesta correcta, y a semejanza de Juan, hizo que sus últimas palabras estuvieran cargadas de significado

y fueran prácticas y relevantes. “Sólo Dios, sólo Dios”, dijo, al exhalar su último aliento.

Las últimas palabras de Juan

¿Qué en cuanto a las epístolas de Juan, escritas ya muy cerca del final de su vida? Sus últimas palabras son verdaderamente significativas. Después de una larga vida en la cual tuvo mucho tiempo para pensar, nos dice cuál es su objetivo. Asombrosas palabras del anciano apóstol, de aquel que tuvo más oportunidad para reflexionar en el significado de la venida de Cristo, su vida, su muerte y su resurrección.

Gracias al Evangelio de Juan sabemos que Jesús es el Verbo eterno, el Dios pre-existente que está sentado a la diestra del Padre a quien dio a conocer (Juan 1:1-18). Juan dice que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). ¿Por qué? Porque “el que de arriba viene, es sobre todos... Y lo que vio y oyó, esto testifica... Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla... El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:31-36).

En el Evangelio de Juan oímos las palabras de Jesús: “El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió”. “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Juan 12:44, 45; 14:7).

A través de la pluma de Juan conocemos la asombrosa declaración de la verdad acerca de Dios y de cómo quiere relacionarse con nosotros: “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”. “Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios” (Juan 15:15; 16:26, 27).

¡Cuán felices y agradecidos deberíamos estar por la inspirada percepción de Juan! La imagen que tenemos de la naturaleza de Dios sería inmensamente más pobre si no fuera por las palabras que Juan escribió: ¡Palabras que aun al final de su vida vibran con el poder vivificante de Dios!

Incomparable emoción por Dios

Simplemente lea de nuevo el principio de su primera epístola. Versículo uno, una sola extensa oración, que nos deja sin aliento:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído
Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado,
y que palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida.

¿Hay alguna duda aquí en cuanto al mensaje que está tratando de presentar? ¡Ninguna! Aquí escuchamos los ecos del comienzo del Evangelio de Juan, en el cual describe al Verbo que era desde el principio. Pero el apóstol trata de presentar en su Evangelio la sempiterna divinidad de Jesús. Aquí, está asegurándose de que no perdamos de vista la realidad física de la persona de Jesucristo (algo que algunos estaban negando, diciendo que Cristo realmente no había venido corporalmente).

¡Nosotros estuvimos allí!, exclama. Nosotros vimos a Jesús con nuestros propios ojos. Lo oímos. Incluso lo tocamos. El era real, no hay ninguna duda al respecto. Durante los últimos cien años, más o menos, algunos teólogos han estado debatiendo la evidencia de un Cristo real. La “búsqueda del Jesús histórico”, terminó con la negación, de parte de algunos de ellos, de que haya habido alguna vez una figura histórica llamada Jesucristo: posición que algunos, incluso dentro de la iglesia cristiana, conservan todavía hoy. “Una imagen de fe”, admiten, pero no para ser tomada literalmente.

¡Déjense de cosas!, dice Juan. Jesús fue una persona físicamente real; una persona que ellos habían visto y tocado, con quien habían convivido y a quien habían visto crucificado y luego resucitado. Fuera de esto, no hay base para la creencia cristiana.

Yo conozco a Jesús

De modo que, partiendo precisamente de donde se debiera comenzar, Juan se pone de pie y proclama su mensaje: ¡Yo conozco a Jesús! ¡Soy un testigo presencial! Y lo que les digo es absolutamente cierto, corroborado por la evidencia de su vida y los sucesos posteriores. Porque la fe debe estar basada en evidencias de ese tipo si hemos de conservarla.

Sin embargo Jesús no fue un hombre ordinario, continúa diciendo Juan. Este Jesús, es el *Verbo de vida*. Un maravilloso término lacónico que el apóstol colma de significado. El Verbo (recuerde lo que dijo en el primer capítulo de su Evangelio) y la vida. Por supuesto, lo único que hace Juan es repetir las palabras de Jesús mismo: “Yo soy la resu-

rección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25): “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

Dios se manifestó en Cristo, dice Juan. Pero aunque Jesús era real, un ser humano total y completo según la carne (y Juan se propone enfatizarlo, como veremos más adelante), todavía seguía siendo Dios.

Este es el mensaje vital de Juan. ¿Para qué vino Jesús? A revelar a Dios... en toda su plenitud. Todas las formas previas de comunicación de Dios podrían malinterpretarse. Habían sido transmitidas por seres humanos caídos. Pero este Ser es Dios mismo, el que revela de manera contundente quién es Dios, cómo es él, cuáles son sus propósitos con respecto a nosotros, y la profundidad de su amor salvador.

El mismo Dios que trajo a la existencia todas las formas de vida por su palabra, según lo vemos en Génesis 1, es este mismo Jesús que proclamamos. Este es el asombroso tema de Juan.

“Porque la vida fue manifestada —continúa diciendo— y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1 Juan 1:2).

La vida eterna. Esta Persona es la vida eterna. Una extraña declaración, pero absolutamente cierta. Jesús no es sólo el Dador de la vida eterna. El es vida eterna.

Leer la última página

¿Ha leído usted alguna vez la última página de un libro al empezar-lo, para ver cómo terminan las cosas? Leer la última página por adelantado le ayuda a saber lo que va a ocurrir. Usted ve el final antes de llegar a él.

Hemos leído el final del Libro: el Libro de la Historia, el Libro del Tiempo, el Libro de la Vida. Tenemos el privilegio de saber cómo terminará todo. Con Jesús, podemos ser parte de ese final en una forma muy positiva: compartiendo la vida eterna con él.

Esta es la verdad vital que mi suegra había aprendido. Fue el pensamiento que la impulsó a seguir adelante, que la guió hacia la realidad de un increíble futuro con el Verbo de vida. Si usted estuviera agonizando, ¿qué quisiera saber? Querría saber exactamente lo opuesto a lo que está experimentando. El futuro se vuelve más y más importante, porque el presente tiene demasiado poco que ofrecer. El Verbo de vida es el poder transformador de Dios que convierte nuestra

vida débil y pequeña en otra completa y más brillante en compañía de nuestro Dios. Por eso leemos acerca del futuro cuando “él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apoc. 21:3).

Pero usted sólo querrá que esto ocurra siempre y cuando conozca a este Dios que es el Verbo de vida y confíe en él ahora. ¿Quién desearía pasar una vida eterna con un Dios a quien considerara un tirano perverso y cruel? Únicamente en la medida en que Dios se revela en Jesús vemos que no tenemos nada que temer respecto de este Gran Creador del universo, el Todopoderoso Señor. ¿Por qué? Porque “la vida fue manifestada, y la hemos visto” (1 Juan 1:2); y reconocemos en Jesús el verdadero carácter de Dios como realmente es.

¿Para qué vino Jesús?

¿Para traer la salvación? Sí.

¿Para salvarnos de nuestros pecados? Sí.

¿Para rescatar a este mundo del mal? Sí.

Para qué vino Jesús

Pero la razón más importante (que es el origen de todas las demás razones) es que Jesús vino a mostrarnos a Dios en la forma más clara, de modo tal que realmente quisiéramos amarle y deseáramos ser salvos en su reino eterno. Sólo el amor engendra amor, y eso es lo que Jesús anhelaba hacer. No vino para amenazar y condenar, sino para mostrarnos los brazos abiertos de un Dios que estaba dispuesto a correr un riesgo total, a morir en nuestras propias manos, para mostrarnos su amor inconmensurable.

Jesús vino a revelar al Padre. Vino a mostrar a través de su vida la naturaleza, el carácter y las acciones de Dios. El es la perfecta representación de la divinidad, lo más parecido a una “fotografía de Dios”.

En el Antiguo Testamento tenemos muchas descripciones de la forma en que Dios se relacionaba con la humanidad. Pero no eran suficientes. Incluso el más santo de los profetas no podía revelar la plenitud de Dios y su naturaleza. Por eso Dios tuvo que venir. Dios no obra a través de una supuesta bondad y promesas de amor, sino a través de una *demonstración* de todo lo que él es.

Como una esposa que dice en respuesta a una declaración de amor de su esposo: “¡Pruébalo!”

Jesús, el Verbo de vida, es un Dios a toda prueba.

Y como dice Juan, Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, para que pudiéramos, si abriéramos los ojos, reconocer la verdad acerca de él. Incluso se humilló al grado de nacer en un establo, crecer en una familia campesina y trabajar en un taller de carpintería. Fue maltratado, golpeado, escarnecido... y finalmente crucificado. Dios estaba comprometiéndose totalmente; y aquellos que como Juan, comprendieron lo que vieron, declaran: “Y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1 Juan 1:2).

Captar la atención

De modo que Juan capta nuestra atención, y se asegura de que comprendamos la importancia vital que tiene lo que va a decir. El es el hombre calificado para hablar de asuntos de vida o muerte.

Juan es el discípulo

a) a quien Jesús amaba

b) que estuvo al pie de la cruz —el único

c) que tuvo la experiencia cristiana más grande

d) que tenía la mayor comprensión de Dios tal como se anuncia en su evangelio

e) que fue el líder más respetado (“el anciano”)

Y así por el estilo.

De modo que deberíamos escucharle con mucha atención. Y cuando comienza con una introducción tan explosiva, ¿cómo podríamos sentarnos tranquilamente y no preocuparnos por lo que está a punto de compartir con nosotros?

¡Debemos sentarnos y prestar atención!

¿Por qué? Porque nuestro destino eterno está en juego... junto con el de todos aquellos que nos rodean. Es por ello que Juan es tan persuasivo, comprende cuán importante es este mensaje divinamente inspirado.

De modo que volvamos rápidamente al principio, al mismo principio, y pongamos el mensaje dentro de su contexto.

¿Qué estaba mal y cómo iba Dios a arreglar las cosas? Sólo viendo el vasto alcance de las acciones de Dios a través de la historia podemos comprender el significado de la razón por la cual vino Jesús. La Vida Eterna, el Verbo... iba a mostrar cómo es Dios, a fin de que no haya ninguna duda en cuanto a su naturaleza, sus propósitos y sus motivos. Es por ello que Juan habla tanto acerca de lo que vio y oyó;

porque sólo Dios puede obrar dándonos evidencia. ¡Las pretensiones no son suficientes, como muestra el siguiente pasaje de 1 de Juan que estudiaremos!

La perspectiva del Gran Conflicto nos da los medios para comprender. Nuestro mundo es el libro de texto del universo, y nosotros somos espectáculo a los ángeles y a los hombres (véase 1 Cor. 4:9). Dios es acusado por Satanás (cuyo nombre significa “acusador”) de ser inepto para gobernar el universo. Dios afronta el desafío de revelar su verdadera naturaleza que se opone a las acusaciones del Diablo en el sentido de que es dictatorial, hostil, obsesionado de poder, injusto, arbitrario, cruel, severo, falto de amor, etc. Dios desea demostrar que no exige nada a sus criaturas que él mismo no esté dispuesto a cumplir. De modo que vino como uno de nosotros:

para mostrar la eterna validez de la ley como una expresión de la eterna justicia y bondad de Dios;

para representar el verdadero carácter de Dios, particularmente como un Dios de amor;

para dar a conocer la verdad de Dios a un mundo caído;

para representar correctamente al Padre, con el propósito de corregir las falsas representaciones de Satanás quien lo acusa de no tener misericordia ni paciencia y que está sediento de venganza;

para aclarar que Dios no es un Juez arbitrario que se deleita en juzgar, condenar y castigar a la humanidad;

no solamente para anunciar el evangelio, sino para *ser* el Evangelio mediante la representación del carácter de Dios;

para revelar la bondad de Dios: que se expresa en misericordia, ternura, compasión, longanimidad y abnegación.

Porque, en última instancia, todo lo que necesitamos saber —o que podemos conocer— de Dios, ha sido revelado en la vida y el carácter de Jesucristo.

Testigo presencial

¿De qué es testigo presencial Juan? ¿Y por qué es importante esto? Juan es el último de un grupo de personas que vieron realmente al Jesús terrenal. Por tanto, desea que su posición sea muy clara porque ya algunos andaban confundiendo las cosas, y transformando a este Jesús físico y real, en una cierta figura “espiritualizada”. Es por ello que Juan está decidido a rechazar tales ideas... porque quiere transmitir la única verdad de que él conoció a Jesús, no como una mera “figura de fe”, sino como un amigo personal, muy real e íntimo.

Declara: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:3).

¿No le ha dicho alguien alguna vez: “¡Tú tienes que creer esto!”? Eso es exactamente lo que Juan está diciendo aquí. El apóstol está totalmente convencido en cuanto a quién era Jesús, y lo sabe por experiencia personal. Escribe porque quiere convencer a quienes no han visto personal y experimentalmente al Jesús corporal.

Juan dice a sus lectores: es posible que otros tengan sus propias ideas acerca de Jesús, pero créanme, *¡yo lo sé!, ¡yo estuve allí!* La experiencia de estar con Jesús y ver a Dios en persona, es lo que cambió totalmente la vida de Juan. Esta convicción, esta creencia, es lo que está tratando de transmitir a la siguiente generación.

Nosotros afrontamos el mismo desafío en la iglesia, de generación en generación. No tenemos que transmitir doctrinas rancias y polvorientas, ideas relacionadas con la cultura o comportamientos sociales, sino una verdadera visión del Señor y Salvador resucitado. Usted no puede imponerlo por la fuerza, no puede manipularlo, pero de alguna manera la motivación para descubrir a Jesús personalmente debe ser el objetivo de todos y cada uno de los miembros.

Sin una comunidad de “amigos personales de Jesús” no puede haber satisfacción ni felicidad en la iglesia. Si todos los miembros no somos más que gente que se mantiene unida por una herencia cultural común, o por haber crecido en un ambiente similar, o por actividades comunes —o incluso una comprensión común de los postulados esenciales de nuestra fe—, hemos fracasado como iglesia. Somos y seremos una “iglesia” únicamente si todos nos identificamos con Jesús como el Dios a quien amamos y el Amigo de nuestra vida, ahora y por toda la eternidad.

Es por ello que Juan dice: “Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Juan 1:4). ¿Qué es verdadero gozo? Saber que otros comparten nuestro conocimiento de Dios y lo aman como nosotros lo amamos.

Pensemos en lo que esto puede haber significado para Juan. Quizá temía que en ausencia de los otros discípulos –“amigos de Jesús”– la iglesia tropezara y dejara de guardar la verdad acerca de Dios de la cual él estaba profundamente convencido. Debe de haber experimentado un tremendo sentido de responsabilidad. Seguramente oraba para “¡poder decirlo bien!”

¡Luego comprendió claramente que otros también conocían y amaban al mismo Jesús, aun cuando nunca lo habían conocido ni visto en la carne! El gozo de Juan seguramente llegó a su clímax cuando al fin vio a tantos creyentes, en tantas partes del mundo, que conocían a Jesús como él lo conocía.

El Verbo de vida es la voz viviente de Dios. El testimonio de Juan hizo efecto; y a través del poder de Dios somos transformados en amigos de este amante Señor.

Le pregunté a Rebeca (de 9 años) lo que pensaba de Dios y si sabía cómo es él. Ella escribió su respuesta. Aquí la tenemos; otro tributo a Dios que, seguramente, habría reconfortado el corazón de Juan:

Dios es poderoso, amante, bondadoso, lleno de gracia, hermoso, justo, bueno, verdadero, amigable, humilde, un Rey, Salvador, Creador, maravilloso, y muy íntimo conmigo. Yo amo a Dios por haberme hecho.

Gracias, Rebeca. –Con amor, papi.

CAPITULO 2

La Luz contra las tinieblas

I Juan 1:5-10

Perdidos en las tinieblas

A las 4:30 de la mañana, en la oscura madrugada del jueves 15 de noviembre de 1928, los guardacostas de Rye, en Sussex, Inglaterra, recibieron el mensaje de que el crucero *Alice Riga* estaba anegándose y se encontraba a la deriva cerca de Dungeness. Se dio la señal de alarma, los voluntarios corrieron hacia la estación de botes salvavidas y pronto el *Mary Stanford* fue lanzado al agua.

Era un bote descubierto, impulsado sólo por remos, pero fue arrastrado hasta la playa, hacia las gigantescas olas y los poderosos vientos, y lanzado a la oscuridad. La tripulación, compuesta de diecisiete hombres valientes, luchó para hacerlo pasar las rompientes y dirigirlo hacia el navío que estaba a punto de zozobrar.

Minutos más tarde se anunció que el *Alice Riga* estaba fuera de peligro, y se le dio la señal al grupo de rescate para que regresara. Pero en el rugiente mar ninguno de los tripulantes del bote salvavidas escuchó la importante señal de volverse. Y en las densas tinieblas de aquella noche, no pudieron ver nada en absoluto.

Al mediodía siguiente el *Mary Stanford* fue visto flotando volcado y los cuerpos de los tripulantes arrojados a la playa. Todos los diecisiete habían muerto, y los anales de la estación salvavidas registran sus nombres. Algunos eran, evidentemente, miembros de la misma familia –padres e hijos, o hermanos quizá–, y una sola familia perdió a tres. Qué tragedia para los que habían perdido a tres de los suyos al mismo tiempo...

Y la tragedia es doblemente triste, porque su sacrificio heroico fue en vano. Trataron de salvar a un barco que no corría peligro, y perdieron sus vidas en el intento.

La solitaria casa de los botes salvavidas nunca más se ha vuelto a usar desde aquel desastroso día. Permanece en la costa barrida por el viento como testigo silencioso del valor de un puñado de hombres que habían tratado de salvar a otros náufragos, y sin embargo ellos mismos naufragaron.

Este es un poderoso recordativo de las palabras del apóstol Pablo que dice que es posible tratar de salvar a otros, y sin embargo perderse uno mismo. Si tan sólo hubieran escuchado el anuncio de que debían regresar. Si tan sólo el mensaje hubiera llegado más temprano. Si tan sólo ellos no se hubieran lanzado a la mar en una noche tan oscura y tormentosa.

Perdidos en las tinieblas. Un terrible y trágico destino, pero que refleja el fin espiritual de muchos en este tiempo. Porque, ¿cuántos aspectos de nuestras vidas están llenos de muchos "si tan sólo"? Si tan sólo hubiéramos escuchado el llamamiento de Dios al arrepentimiento. Si tan sólo hubiéramos respondido positivamente a la invitación de la salvación que él nos ofrece. Si tan sólo hubiéramos decidido seguir el camino del Señor.

¿Jugando?

Muchísimos de nosotros estamos realmente "perdidos en las tinieblas". Como niños asustadizos, tememos a la oscuridad, y sin embargo, rehusamos salir "de las tinieblas a su luz admirable" (1 Ped. 2:9). Y a semejanza de los niños, jugamos al cieguito, impidiéndonos así, deliberadamente, ver.

Porque también, hay que reconocerlo, jugamos con lo espiritual. Como Phillips rinde 1 Juan 1:6: "Consecuentemente, si dijéramos que disfrutamos de una comunión con él, y todavía seguimos viviendo en tinieblas, viviríamos como diciendo una mentira".

Al rehusar amar la luz, vivimos una farsa. Porque si verdaderamente amamos a Dios, vivimos en su luz, como Juan declara con poder:

"Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Juan 1:5). No hay ni vestigios de oscuridad en Dios, ninguna mancha de mal, ninguna semilla de pecado. La luz define a Dios, es su naturaleza, nos dice quién es.

Por tanto, ¿qué luz es Dios?

Luz

Luz. La vemos, y a través de ella vemos todas las cosas. La luz es energía. La luz es ver. La luz es la disipadora de tinieblas. La luz es libertad del temor. La luz es comprensión. La luz es conocimiento. La luz es ser libre.

¡Pero, como ocurre con el tiempo, tratar de definir la luz, es meterse en mayores problemas!

Podemos medir la velocidad de la luz. 300,000 kilómetros por segundo: ¡el límite teórico de máxima velocidad en todo el universo! Y, según la teoría de la relatividad, ocurren cosas muy interesantes cuando usted se aproxima a esa velocidad; por ejemplo, la masa se vuelve infinita. En otras palabras, mientras más rápido se desplaza, más aumenta su masa específica. Eso de la física de la relatividad es algo tremendo.

Podemos medir la intensidad de la luz, incluso los niveles más bajos. Un búho puede cazar a niveles de luz tan bajos que para el ojo humano parecen tinieblas. También podemos usar la luz infrarroja para controlar nuestro televisor y luz ultravioleta para broncearnos en invierno.

Podemos medir los efectos de la luz; si no hay luz, todo muere. ¿Cómo sería este mundo sin luz?

Pero cuando uno se pregunta qué es la luz, es posible que se obtengan respuestas más intrigantes que informativas. "Es un tipo de onda de energía", dice un físico. "Ocurre a diferentes longitudes de onda y, de hecho, no es más que una parte del espectro electromagnético". Muy bien. De modo que es algo así como una onda de energía.

Pero si le pregunta a otro físico (¡e incluso al mismo!), le dirá: "La luz es una partícula. Es similar a las partículas subatómicas por la forma en que se comporta. Incluso hay un nombre para estas 'partículas de luz': el fotón".

Facilísimo, ¿verdad? La luz es una onda y al mismo tiempo una partícula. Sí, y ambas al mismo tiempo.

Y eso es lo más sencillo...

Ciertamente es una ciencia fantástica, pero lo suficientemente intrigante como para hacernos pensar, espero. Que Dios sea definido como la luz es, quizá, más significativo a medida que los científicos exploran y examinan, encontrando más preguntas que respuestas.

¿Y qué en cuanto a este vasto universo, medido en años luz, inclu-

so miles de millones de años luz? ¿Qué en cuanto al Dios Creador, y al mismo principio cuando dijo: “Sea la luz, y fue la luz”?

Dios como luz

Porque si Dios se define como luz, lo cual ya dice mucho, también es el Creador de la luz. Dios se envuelve en un manto de luz (véase Sal. 104:2). El es la misma esencia de la luz... en todas sus formas y significados posibles de verse o comprenderse. La verdad de Dios es luz en nuestra senda (véase Sal. 119: 105). Razón por la cual David proclama: “Jehová es mi luz... “ (Sal. 27:1).

Pero quizá la imagen más poderosa sea la de Jesús, quien declara: “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12; 9:5). El énfasis que Juan hace en Jesús, al decir que es la luz, constituye uno de los hitos más importantes de su teología: su comprensión de Dios. Veinticuatro veces se refiere a la luz en su Evangelio. Especialmente en el primer capítulo, donde describe al Verbo como la luz de los hombres, la luz que brilla en las tinieblas, la verdadera luz que alumbró a todo hombre que viene a este mundo. ¿Cuál fue la venida de esta luz? ¿Para qué vino? La luz iba a iluminar a Dios en medio de la humanidad, “a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

Y en Juan 3 la relación del mal con esa luz se establece claramente: la luz es odiada porque quienes desean seguir adelante con su impiedad prefieren las tinieblas a la luz. “Mas el que practica la verdad viene a la luz...” (Juan 3:21).

Nosotros pertenecemos a la luz

Es por ello que Jesús nos ruega: “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (Juan 12:35, 36). Lo que necesitamos es llegar a ser hijos de luz, porque eso es precisamente lo que somos ahora. Nosotros pertenecemos a la luz, somos hijos del día (véase también 1 Tes. 5:5). Pertenecemos al Dios de la luz.

Porque cuando Jesús le dice a la gente “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan 12:46), proclama claramente que él es Dios. El Dios

de luz, de iluminación, de revelación. Jesús es la luz de la verdad y la salvación que rasga las tinieblas del pecado y la depravación. El vino a alumbrar y a iluminar al mundo con su poder salvador. Jesús es el que trae la luz, la Estrella brillante de la mañana. Y la mejor forma en que Jesús y los escritores de los Evangelios puedan decir cuál es su naturaleza, es en términos de la luz: esa divina luz que equivale a una completa pureza, bondad y verdad.

De modo que Dios es luz. Jesús es luz. Nosotros, iluminados por esa luz, podemos ver hacia dónde vamos y quiénes somos. Esa deslumbrante luz brilla en nuestros corazones, echa fuera las tinieblas del pecado y nos señala lo que está mal en nosotros. También nos muestra el camino por el cual deberíamos andar, y es lámpara a nuestros pies y luz en nuestra senda. Así como un faro lanza su mensaje de luz, esperanza y advertencia, Dios hace brillar su luz para todos aquellos que la verán.

Pero eso no es suficiente. No basta decir: “Mire, allí hay una luz”, y luego cruzarse de brazos. Porque podemos ver la luz y sin embargo seguir otro camino. Una vez que comprendemos que Dios es luz, y que Jesús es nuestra luz, debemos salir de las tinieblas. Sólo a medida que entremos en la luz, puede el Dios de Luz hacer algo por nosotros. Dios nos llama a salir de las tinieblas para entrar en su luz admirable (1 Ped. 2:9). ¡Hemos de movernos! No podemos quedarnos tranquilos donde estamos. Así como las mariposas nocturnas vuelan hacia donde hay una ventana iluminada, nosotros también debemos volar hacia Dios. El ha dejado que su luz brille, llamándonos a ir a él. Nosotros debemos responder y acudir. Si no lo hacemos, no podrá ayudarnos.

¿Qué haremos, entonces? Aceptar la luz, y caminar hacia ella. De hecho, hemos de caminar en la luz; es decir, participar de la luz a medida que vivimos nuestras vidas en armonía con ella (véase 1 Juan 1:7). Y no sólo eso, la luz debe transformarnos. No podemos seguir igual todo el tiempo; debemos permitir que la luz de Dios nos ilumine y cambie.

Imagine que usted es una película fotográfica. Antes de ser expuesta a la luz no tiene imagen, no hay fotografía. Cuando está cargada en una cámara y se presiona el obturador, registra lo que la luz le muestra en ese momento. Los químicos de la película se transforman, y cuando ésta es revelada, produce una perfecta imagen de esa luz.

¡Una excelente figura de lo que debiera ocurrir con nosotros a

medida que caminamos en la luz! Mediante la contemplación somos transformados. Contemplamos a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe. Nos asemejamos a él. Y así llegamos a ser, como dijimos antes, hijos e hijas de luz.

¿Y cuán exactamente? Escuchemos: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo” (Efe. 5:8-13).

¿Y ahora qué es usted? *Luz en el mundo.* ¿Cómo deberíamos vivir? *Como hijos de luz.* ¿A quién pertenecemos? *A la luz, al Dios de la luz.* Y habiendo aceptado esta luz, habiendo llegado a ser hijos de esta maravillosa luz, habiendo conocido la luz del mundo, ¿qué llegamos a ser?

Llegamos a ser la luz del mundo: Jesús nos dijo a nosotros, sus discípulos llenos de luz: “Vosotros sois la luz del mundo”, “Así alumbré vuestra luz” (Mat. 5:14, 16).

Una vez éramos tinieblas. Ahora somos luz. Somos parte de la luz de Dios, reflejamos su luz, somos hijos de la luz. No necesitamos recordar a nadie que el día y la noche se oponen completamente; por tanto, ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (véase 2 Cor. 6:14). ¿Cómo podemos ser luz y tinieblas a la vez? Es imposible. Escuchemos de nuevo:

“Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios” (1 Tes. 5:4-6). Hijos de la luz, hijos del día. No pertenecemos a la noche ni a las tinieblas. **PERTENECEMOS A LA LUZ.**

La escritora ciega, Helen Keller, describió su experiencia en estos términos:

“Puedo ver, y es la razón por la cual soy tan feliz, en lo que ustedes llaman las tinieblas, pero que para mí es áureo. Puedo ver un mundo hecho por Dios, no uno hecho por el hombre”.

De modo que vivimos como deberíamos, siguiendo el camino de la

luz. No podemos decir que pertenecemos a la luz si hacemos las obras de las tinieblas; si lo hacemos, abandonamos la luz y nos volvemos a las tinieblas del pecado y de la muerte. Estar en la luz, ser hijos de la luz, ser transformados según la naturaleza de la luz, significa que hemos llegado a un punto en el que somos incapaces de tolerar las tinieblas, y por lo mismo luchamos para dirigirnos hacia adelante, hacia la luz que siempre brilla. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor. 4:6).

El Dios que creó la luz ha hecho que ésta brille en nuestros corazones a fin de que podamos ver la luz de su salvación en Cristo Jesús. El pueblo que caminaba en tinieblas vio gran luz: la luz del mundo. Esta debe ser su experiencia y también la mía, porque nosotros pertenecemos al Dios de la luz y caminamos en la luz.

Pretensiones engañosas

Pero aquellos que dicen que pertenecen a la luz, deben dar evidencias de que ello es cierto para que otros puedan verlas. Juan describe tres pretensiones engañosas, que todavía prevalecen hoy.

PRETENSION No. 1. Lo que hago no afecta mi espiritualidad (véase 1 Juan 1:6). Aquí está implícita la idea de que el cuerpo es pecaminoso pero el espíritu puro. De modo que lo que hago no es *realmente* la cuestión más importante, dicen esos pseudocristianos. Pero Juan no quiere tener nada que ver con esas pretensiones mentirosas. Si somos verdaderamente hijos de la luz, tendremos comunión unos con otros, viviremos vidas cristianas consecuentes y honestas, no pensando que somos parte de una “élite espiritual”.

¿Y qué de aquellos que pretenden ser elitistas espirituales y sin embargo exhiben comportamientos anticristianos? Yo siempre he creído que una vez que usted confía en métodos y acciones que no proceden de Dios, ha perdido la verdad, no importa cuán “recto” pueda ser. Una teología correcta se revela más en el comportamiento de los teólogos que en algunos tratados teológicos. Esto es lo que Juan quiere dejar en claro: Ideas correctas implican acciones correctas, o como un famoso predicador lo dijo al revés: “Usted no puede pensar en forma torcida y vivir en forma recta”.

PRETENSION No. 2. Yo no peco (véase 1 Juan 1:8). “No soy pe-

cador". Recuerdo muy bien a la arrendataria de una casa en la cual vivía cuando estudiaba en Birmingham, Inglaterra. Yo había puesto un cartel cristiano en mi ventana, algo en el cual Dios llamaba a los pecadores al arrepentimiento. La dueña de la casa estaba horrorizada, y me pidió que quitara el cuadro. Dado mi celo juvenil, me negué, diciendo que todos éramos pecadores que necesitábamos arrepentimiento.

—¿Yo una pecadora? —me preguntó en tono de incredulidad—. ¡Yo no soy pecadora. No he robado nada ni matado a nadie. Estoy segura que no soy pecadora!

Una actitud tal es muy común hoy. La gente no puede verse a sí misma como pecadora necesitada de la gracia transformadora de Dios. Se identifican como "gente bastante buena, realmente", y no ven su necesidad de sanidad para sus vidas enfermas de pecado. Pero como dice la versión de Phillips: "Si rehusamos admitir que somos pecadores, entonces vivimos en un mundo de ilusiones y la verdad se convierte en algo extraño para nosotros" (1 Juan 1:8). Qué bien expresado; porque muchos de los habitantes de este planeta están viviendo en un mundo de ilusiones, y la verdad les resulta extraña. Llamarlos al arrepentimiento es algo que carece de sentido para ellos.

Incluso algunos miembros de la iglesia pueden llegar a la ceguera con respecto a sus pecados, al grado de no poder percibir su necesidad de perdón de Dios. Necesitamos ser cambiados y purificados (1 Juan 1:7, 9). El tiempo verbal que Juan usa en esta acción es el indicativo, es decir, un proceso, no algo que ocurre una vez y se termina.

PRETENSION No. 3. Yo no he pecado. La doctrina de la infalibilidad espiritual (véase 1 Juan 1:10).

Si decimos que no hemos pecado, no tenemos necesidad de un Salvador. Convertimos a Dios en un mentiroso. No tenemos necesidad del perdón de Dios, y negamos tanto nuestros propios caracteres como el carácter de Dios.

La verdad es que mientras más cerca estamos de Dios, más vemos nuestras propias deficiencias e imperfecciones. No tenemos nada de qué gloriarnos, excepto, como Pablo dice, en la cruz de Cristo. Las pretensiones de impecabilidad carecen de sentido. Lo que realmente importa es nuestra relación con Dios, y la forma como él nos ve, no lo que nosotros, u otros, pretendemos.

Dios nos identifica como seres pecaminosos y nosotros debemos estar de acuerdo con él:

"Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3:23).

"No hay justo, ni aun uno" (Rom. 3:10).

"Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trazo de inmundicia" (Isa. 64:6).

Dios nos habla de nuestra pecaminosidad, no porque sea hostil o esté poco dispuesto a perdonar, sino para que hagamos algo al respecto. Dios, en muchas maneras, es el gran Médico Divino, que lucha con nosotros para que escojamos la vida, para que vengamos a él y recibamos su salvación sanadora: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?" (Eze. 33:11).

Debemos eliminar todas estas pretensiones de nuestras vidas, y venir a la luz reveladora de la verdad de Dios. Como cuando se lleva a cabo un rescate nocturno, Dios nuestro Amigo viene con su luz reveladora de verdad, la luz que disipa las tinieblas, buscando a todos aquellos que claman por ayuda en la noche de maldad y pecado.

Pregunto, ¿todavía está en tinieblas? ¿Está usted lejos de la luz reveladora de la verdad, nada dispuesto a caminar ante su brillante luz? ¿Todavía piensa permanecer en las tinieblas e ignorar temerariamente la maravillosa luz de Dios?

Recuerde al *Mary Stanford* y su desafortunada tripulación. "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón" (Sal. 95:7, 8). Antes que usted naufrague en la tormenta del mal —incluso si está tratando de ser bueno—, escuche la voz de Dios y venga a él. Venga al Jesús que ordena a las olas y al viento que amenazan nuestros frágiles botes salvavidas: "Calla, enmudece", y que nos sacará adelante, sanos y salvos, hasta conducirnos a la playa celestial.

Mientras consideramos la luz de Dios, miremos hacia adelante al día cuando todo será completamente revelado, cuando ya no habrá tinieblas. Un día todos estaremos allá, oraremos, adoraremos al Dios de la luz, sentado en su trono en el centro de la ciudad eterna:

"La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera" (Apoc. 21:23). Todos aquellos que verdaderamente pertenezcan a la luz vivirán eternamente en la presencia del Dios de la luz. De manera que recuerde quién es usted, y a quién pertenece.

¡Pertenece a la luz!

En las huellas de Jesús

I Juan 2:1-11.

Teorías y evidencias

¿Ha oído usted hablar alguna vez del flogisto? Poca gente ha oído hablar de él en la actualidad. Pero si retrocedemos un par de siglos en la historia, veremos que el flogisto estaba en su apogeo. ¿Qué es, o fue, exactamente el flogisto?

Se suponía que el flogisto era algo que uno no puede ver, tocar ni sentir. Es un tipo de elemento invisible que se mueve entre las sustancias cuando algo se quema. Cuando eso sucede, lo que se quema pierde flogisto en el aire, o en aquello en que esté ardiendo. ¿Es claro? ¡Oh, y también tiene peso negativo!

En otras palabras, mientras más flogisto contiene una sustancia, menos pesa. De modo que cuando se quema, pierde el flogisto con su peso negativo, y se vuelve más y más pesado. ¿Está más claro ahora?

¿Ha identificado alguien alguna vez al misterioso flogisto? No. ¿Ha propuesto alguien alguna fórmula química? No. ¿Estamos cuando menos seguros de su existencia? No.

Pero los químicos del siglo XVIII creían en él. Pensaban que tenían la evidencia. Observaban lo que ocurría cuando las cosas se quemaban, y concluyeron que la teoría del flogisto tenía sentido en virtud de lo que observaban.

En la actualidad podemos sonreír ante una creencia tan ingenua. Pero entonces, era ciencia de la buena. Los químicos creían que tenían las pruebas necesarias. Y cuando alguien proclamó al flogisto como una sustancia mágica, científicamente probada, los demás le siguieron sin vacilar... por más de cien años. El químico (¡y ministro religioso!) José Priestley, incluso se las arregló para descubrir el oxígeno, pero

estaba tan ofuscado que lo llamó “¡aire deflogisticado!”

¿Qué en cuanto a nuestras “teorías” espirituales? ¿Son más lógicas que el mito del flogisto? ¿Qué prueba lo que decimos creer? Podemos tener muchas pretensiones en cuanto a nuestras experiencias espirituales, pero ¿cuánto valor tienen?

Juan, el apóstol, nos obliga a volvernos en busca de las evidencias: la evidencia del verdadero cristianismo en acción. ¿De qué sirven nuestras pretensiones de piedad personal si nuestros actos prueban que somos mentirosos? “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:4). En este sentido no puede existir un “cristianismo teórico”. Al contrario, el cristianismo es, esencialmente, una religión muy práctica. No importa qué pretensiones tenga, sus acciones son lo único que cuenta, dice Juan.

¿Quién dice la verdad?

¿Cómo considerar entonces las afirmaciones y contraafirmaciones? ¿Cómo puede saberse en realidad quién dice la verdad?

Hay una antigua historia que me contaron cuando era niño, que trata de una escuela para jóvenes, uno de los cuales había delinquido en alguna forma. No importa cómo. Pero el código de la escuela (diseñado por los estudiantes) no permitía denunciar al culpable. Así que todos guardaron silencio.

Entonces el director de la escuela elaboró un plan. Trajo a un burro al plantel, y lo colocó en una tienda. Dijo a los muchachos que se necesitaba un asno para atrapar al asno que había delinquido. Cada uno de los jóvenes debía entrar en la tienda y tirarle la cola al asno, y el animal diría quién había estado mintiendo.

Cada uno de los jóvenes entró. Nada especial ocurrió, excepto que el burro rebuznó muchas veces. Pero entonces el director pidió a todos los jóvenes que le mostraran sus manos. Todas las manos estaban tiznadas, excepto las de un solo alumno. El director había puesto tizne en la cola del asno y el culpable no se había atrevido a tocarla por temor a ser descubierto de alguna manera.

Mentiras y verdades, afirmaciones y contraafirmaciones. Necesitamos buen juicio para discernir la diferencia. Pero al final, quizá no exactamente en el mismo fin, la verdad saldrá a la luz. Hasta entonces, no debemos ser ciegos, y sin tener que juzgar a nadie, hemos

de examinar a aquellos que tienen grandes pretensiones religiosas, en busca del fruto que producen en sus vidas. Porque como Juan dice: "Por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:5-6).

Mientras muchos grupos en torno nuestro, tanto dentro como fuera de la iglesia, digan que conocen a Dios, sólo en la medida en que reflejen un espíritu semejante al de Cristo en su forma de proceder podremos estar seguros de que dicen la verdad.

Las dos pruebas de fuego que Juan señala de que andamos en las huellas de Jesús son:

1. "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos" (1 Juan 2:3).
2. "El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo" (1 Juan 2:10).

Así como Jesús, lejos de invalidar la ley, la cumplió en su vida y a través de sus enseñanzas, así hemos de vivir también nosotros. Cualquiera cristiano que diga que ya no necesitamos guardar los mandamientos de Dios no está viviendo como Cristo. Por supuesto, debemos comprender que Dios ha actuado de modos diferentes en tiempos diferentes, como la iglesia primitiva lo reconoció. Nosotros ya no necesitamos practicar la circuncisión como un rito religioso, por ejemplo, o guardar los días de reposo ceremoniales u observar el sistema ceremonial del Antiguo Testamento. Pero los principios básicos contenidos en los Diez Mandamientos están y estarán siempre vigentes, porque reflejan a Dios tal como es. Y los cumplimos, no como una observancia legalista, sino como una expresión de nuestro amor a él, y al hacerlo, nos deleitamos en hacer su voluntad.

La otra prueba, de amarnos los unos a los otros, nos recuerda el "mandato" de Jesús mismo:

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros". "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 13:34; 14:15. Véase también Juan 15:12, 17).

Por supuesto, el amor no se puede "imponer". El amor es un principio que fluye de la libertad y la elección, y cuando aceptamos a Dios y sus caminos, lo hacemos por amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero (véase 1 Juan 4:19).

¿Mandamientos?

Y éste no es un mandamiento nuevo, porque la idea de amarnos unos a otros proviene del Antiguo Testamento. El amor a nuestro prójimo y el amor a Dios: la síntesis que hizo Jesús de los Diez Mandamientos, tampoco es algo nuevo. Sin embargo, cuando Juan piensa en esto (1 Juan 2:7, 8), comprende que hay un elemento nuevo. La novedad es la llegada de Jesús mismo. Porque, aunque Dios ha demostrado su amor a través de todos los tiempos; aunque siempre deseó que el amor fuera el principio rector del comportamiento, no había podido demostrarlo en toda su plenitud, y sólo pudo hacerlo cuando Jesús vino.

Ahora este "nuevo mandamiento" puede verse en todo su esplendor... en la vida, y especialmente en la muerte, de Jesús. "Os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra" (1 Juan 2:8).

Note también "y en vosotros" en este versículo. El maravilloso amor de Dios no solamente se revela en Jesús. Se revela también en nosotros cuando decidimos amar. Somos testigos de Dios, somos sus ejemplos en este mundo caído, somos espectáculo a los ángeles y a los hombres (véase 1 Cor. 4:9).

Caminando como Jesús

Así que debemos caminar como Jesús caminó. Por eso es tan importante pasar tiempo leyendo los Evangelios. Necesitamos saber cómo se comportaba Jesús, cómo hablaba, cómo trataba a la gente.

No se trata de "copiar" a Jesús en términos de salvación, suponiendo que "si él lo puede hacer, nosotros también podemos". Jesús no nos trajo la receta de la salvación, él vino a salvarnos porque era nuestra salvación. Nos muestra sencillamente el tipo de vida que se vive en completa armonía con la voluntad de Dios, llena de gracia y de verdad.

"¿Qué haría Jesús en esta circunstancia?", se preguntan algunos con frecuencia. La misma tiene sus méritos si nos ayuda a reconocer la bondad y la verdad. Sin embargo, debemos reconocer que nosotros no somos Jesús. Las tentaciones que afrontó fueron diseñadas para un ser divino (nosotros, por ejemplo, no somos tentados a convertir las piedras en pan. Tampoco nos ofrece el diablo el reino de este mundo—¿él sabe que muchos de nosotros nos daríamos por satisfechos con mucho menos que eso!) Jesús fue único, y debemos verlo no sólo

como un hombre bueno y justo que vivió una vida correcta, sino también como Dios hecho hombre. La divinidad de Cristo no debe disminuirse simplemente para que podamos hacer de él el “perfecto ejemplo de un hombre” a quien debemos imitar.

Al andar como Jesús anduvo, mostrando que somos verdaderos hijos e hijas de Dios, debemos tener las mismas actitudes y pensamientos que él tuvo. Esa es la forma de “andar como Jesús anduvo” de la cual habla Juan. Los principios del amor, la bondad, la compasión, la honestidad, la veracidad y cosas por el estilo, deben marcar nuestras vidas como marcaron la de Jesús. Sobre todo debemos recordar que Jesús nos estaba revelando la verdadera naturaleza del carácter de Dios, y que nosotros tenemos la responsabilidad de revelar al mismo Dios ante todos aquellos que nos rodean. Jesús dijo que al amarnos unos a otros, como es el propósito de Dios, todos sabrán que somos sus discípulos (véase Juan 13:35).

Relación con el pecado

Pero tristemente, a diferencia de Jesús, nosotros todavía pecamos. Juan escribe con esta convicción: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

Inmediatamente surge la necesidad de ser cuidadosos aquí. Cuando el texto dice que Cristo habla al Padre en nuestra defensa, ¿significa que el Padre nos ama menos? De ninguna manera. Al tratar de hablar bien del Hijo, algunas veces no hemos hablado muy bien del Padre. Sugerir de alguna manera que el Padre es hostil con nosotros, va en contra de la Escritura, especialmente de las palabras de Jesús que dicen que el Padre mismo nos ama tal como lo hace el Hijo (véase Juan 16:27, etc.).

¿Quién es el “acusador de los hermanos”? Satanás, cuyo nombre significa precisamente eso: Acusador. De modo que cuando pensamos en la forma en que Dios se relaciona con nosotros, incluso en nuestra condición pecaminosa, seamos muy cuidadosos de no dividir a la Deidad y sugerir que uno tiene que persuadir al otro con el propósito de que se nos conceda el perdón. Fue por *causa* del amor de Dios que Jesús vino y murió para salvarnos, no como una manera de tratar de que Dios nos amara por causa de su sacrificio.

Uno de esos grandes carteles que aparecen en las carreteras anun-

ciaba hace poco la última película de acción: “El crimen es una enfermedad, encuentre el remedio...” Parafraseando esa frase, diríamos: “¡El pecado es una enfermedad, encuentre el remedio: Jesucristo!”

Dios provee los *medios* para perdonar nuestros pecados. El es el *remedio* para el pecado. Jesús *nos hace uno* (un juego de palabras del término *at-one-ment*, “expiación”, en inglés) con Dios una vez más. ¡Cuánto más fácil resulta comprender esto que la palabra arcaica ‘propiciación’! (Porque incluir en el significado de esa palabra la sugerencia de que de alguna manera Jesús está “comprándonos” o “aplaçando” al Padre, es aceptar el cuadro que el diablo ha pintado de la naturaleza de Dios, y así dividir a la Trinidad.)

Más bien, esto es parte del gobierno “democrático” de Dios. El diablo, no Dios, es el Acusador de los hermanos. Y es Jesús quien habla por nosotros ante un Dios que es Juez justo, y la justicia implícita en las decisiones suyas se ven entonces en su verdadero carácter ante todo el universo.

En Juan 16:26 Jesús dice que él no rogará al Padre en nuestro favor. ¿Por qué no? ¡Porque el Padre nos ama tanto como el Hijo y está igualmente dispuesto a salvarnos! A través del maravilloso plan de redención, que involucra a los otros miembros de la Deidad, somos reconciliados y traídos de regreso a Dios, hechos justos y conservados justos por él. Porque “él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

¡Qué Dios tan maravilloso, que estuvo dispuesto a hacer un sacrificio tan grande para atraernos a él de regreso! Al relacionarse con el pecado, Dios demuestra, tanto la eterna validez de la verdad y la rectitud, como su naturaleza amante y salvadora. En la cruz de Cristo, el carácter de Dios queda revelado en toda su gloria.

Dios y su evidencia

Dios no quiso discutir y contender con el diablo por causa de sus acusaciones contra su naturaleza y gobierno. Más bien, rechazó firmemente sus pretensiones y antepuso una evidencia clara e irrefutable.

De la misma manera, “el que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas” (1 Juan 2:9). Todos podemos hacer afirmaciones diversas, decir cosas maravillosas, pero las pruebas, las evidencias, están en nuestras actitudes y acciones.

¿Qué hará usted, entonces? ¿Está dispuesto a examinar su propia vida y ver cómo queda ante una investigación tal? ¿Qué evidencias está usted mostrando? ¿Qué en cuanto a usted y su destino espiritual? Porque no importa cuáles sean sus pretensiones o afirmaciones, Dios está interesado únicamente en las demostraciones. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6).

Confianza, ¿pero qué en cuanto a la evidencia?

En nuestra primera visita a los Estados Unidos en 1980 pensamos que necesitábamos comprar un automóvil para poder viajar. Visitamos el lugar de las subastas y compramos un *Chevy station wagon en buenas condiciones*. ¡El subastador presentó el carro como lo mejor desde que Estados Unidos compró Alaska! (¡Oh, y no me pregunten el modelo, tenía todo lo que me interesaba, era un carro!) No sabiendo mucho acerca de los automóviles norteamericanos, miré debajo del capó para ver si había un motor allí, y me aseguré de que hubiera también una llanta extra en la cajuela.

De manera que nos fuimos muy contentos con nuestra adquisición. Realmente el carro parecía muy bueno, y en la apariencia no podía detectarse nada malo. Decidí confiar en las afirmaciones del subastador.

Sin embargo, en los días que siguieron descubrimos algunas anomalías. El aire acondicionado se encendía sin motivo aparente, y comenzaba gimiendo como si fuera un fantasma o algo así. La primera vez que ocurrió por poco me salgo de la carretera. Pero después de algún tiempo aquello se convirtió en algo así como una muestra aceptada de excentricidad automotriz, y era chistoso ver cómo reaccionaban los pasajeros que eran tomados por sorpresa...

A veces parecía que rodaba un tanto toscamente y no estaba yo muy seguro de que no salieran llamas normalmente por el extremo del escape. Pero todavía seguía corriendo. Sobre llantas muy lisas, por cierto, aunque yo creía que eran la adaptación norteamericana de las llantas lisas de la Fórmula 1 para ayudarle a usted a correr más rápido. Después de caer en un banco de nieve descubrí que las llantas lisas andaban ya sobre las lonas.

Pero el aspecto verdaderamente aterrador de mi ciega confianza surgió un día al regresar del aeropuerto de Chicago tras recoger a un amigo. Recorrimos los 150 kilómetros de vuelta a la casa, volando prácticamente por la carretera de vía rápida, hasta que llegamos a una

salida. Al disminuir la velocidad en la rampa de salida oí un extraño ruido. Me detuve y miré debajo del carro. Nada. Abrí la ventana y recorrí unos cuantos metros. Era como si alguien estuviera haciendo sonar piedras en una lata. Entonces recordé una antigua costumbre inglesa de poner grava en las copas de las llantas del automóvil de los recién casados.

Saqué una de las copas. En vez de grava, encontré tres tuercas y pernos de los que unen la llanta al eje, totalmente decapitados. ¡Y sólo una tuerca estaba en su lugar! Y aquella también estaba ya al borde del colapso. Me estremecí y revisé las llantas delanteras. El mismo problema; sólo dos tuercas estaban en su lugar.

Recorrimos el último tramo a cinco u ocho kilómetros por hora. Afortunadamente, llegamos sin novedad. Luego le pregunté a un vecino que tenía mentalidad de mecánico. Movié su cabeza con asombro, y me dijo que aquel carro había estado moviéndose con llantas delanteras de un tamaño equivocado. Algunas “almas generosas” se habían llevado las llantas correctas y las habían reemplazado con las que no correspondían... quizá poco antes de dirigirse a la subasta.

¡Cuán importante es que uno conozca su vehículo! Confiar en las palabras de un comerciante que dice, “un gran automóvil, al cual se le acaba de dar servicio y que luce como nuevo”, es una necedad. Usted tiene que saber personalmente si está viajando con seguridad o no. Y la única manera de saberlo con certeza es revisando su coche usted mismo... para saber lo que busca.

Lo mismo ocurre en el plano espiritual. Usted tiene que examinar todas las evidencias. No puede confiar en meras afirmaciones. Creer simplemente lo que otros dicen es tan necio como lo fue para mí manejar aquel inseguro Chevy que no era más que una trampa mortal. Yo aprendí rápidamente. Lea el manual del propietario. Revise las instrucciones del fabricante. ¿No deberíamos hacer lo mismo con nuestro destino y con el de los demás? Usted tiene que estar seguro. ¿Y cómo?

“Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:5, 6).

CAPITULO 4

Qué significa conocer a Dios

1 Juan 2:12-17

¿En tratos con Dios?

Una vez estaba yo visitando a un miembro de mi iglesia que estaba enfermo en el hospital, y la señora que yacía en la cama contigua me pidió que me acercara para decirme algo en privado. Me dijo que había escuchado hablar acerca de Dios y quería preguntarme algo.

Me explicó que había sufrido una embolia masiva, y que los médicos estaban seriamente preocupados por ella, especialmente por el temor de que sufriera un segundo ataque. Incluso ya le habían dicho que quedaría afectada permanentemente por la primera embolia, y de hecho, tenía muchos problemas para hablar.

Su pregunta era: Si le daba todo su dinero a Dios, ¿la curaría?

Yo sonreí y le dije que esa no era la forma en que Dios actuaba. Traté de compartir con ella mi comprensión de quién es Dios y cómo es él. Pero ella no parecía interesarse mucho en eso, como si ya hubiera hecho su decisión en cuanto a lo que haría. Al final me dijo: "Voy a darle todo lo que tengo a Dios, y yo sé que él me curará. Tengo mucho dinero. Dios tomará en cuenta eso. Voy a ir a la iglesia, y verá que soy sincera. Ore por mí".

Y yo oré. Porque esta paciente del hospital era como muchos otros: trataba de negociar con Dios. En situaciones extremas le ofrecemos a Dios lo más valioso que tenemos. "Diosito, sólo sácame de ésta, y haré todo lo que quieras. Sólo ayúdame *ahora...*"

Al menos la oración del aviador derribado en el Mar del Norte durante la Segunda Guerra Mundial era honesta:

"Dios, no te he molestado durante los últimos treinta años. Si me sacas de ésta, tampoco volveré a molestarte durante los siguientes

treinta..."

Pero incluso aquí está implícita la idea de algún tipo de trato. Como si tuviéramos algo entre manos con lo cual negociar con él. ¿Se interesa Dios realmente en su dinero, fama o talentos, si estas cosas no son más que "un simple trato comercial"?

Pero también está el otro extremo... el de un miembro de iglesia de cabello gris que me dijo: "No es asunto de que yo le caiga bien a Dios o que él me caiga bien a mí. Eso nada tiene que ver con el asunto. Yo he hecho lo que Dios requiere. He cumplido mi parte del trato. De modo que Dios *tiene* que permitirme la entrada al cielo, porque he hecho lo que se me mandó".

¿Qué tiene eso que ver con la seguridad de la salvación? El también estaba absolutamente convencido: él la veía simplemente como una cuestión de contrato: ¡Yo hago mi parte, Dios tiene que hacer la suya!

¡Y quién sabe cuántos de nosotros tenemos esa misma mentalidad! Cuando algo malo nos ocurre, nos ponemos sobre nuestras rodillas haciendo toda clase de promesas... Hablamos de pagar el doble diezmo, de ayunar, de aceptar puestos en la iglesia, etc. O hacemos memoria de todos los sacrificios que hemos hecho "por Dios", que deberían habernos reportado algún mérito delante de él. Y también todas las veces que sentimos deseos de pecar pero que no lo hicimos porque temíamos perder nuestra recompensa. Seguramente deberíamos obtener algún crédito por todas las buenas cosas que hicimos, ¿no? Todos esos años que hemos observado el sábado, que contribuimos con nuestro dinero, que servimos a la iglesia, o que vivimos una vida saludable, que no fuimos a lugares dudosos en busca de entretenimiento, o que guardamos los Mandamientos...

¡Pero si hubiéramos tenido la oportunidad de decidir, habríamos vivido una vida totalmente diferente! ¡Pero puesto que veíamos a Dios como un policía divino, creíamos con seguridad que nos pescaría con las manos en la masa si lo hacíamos, y entonces sí que estaríamos en problemas! Los fariseos perfeccionaron este sistema. Al creer que evitando el mal y haciendo el bien obtenían méritos delante de Dios, con el tiempo no lograron ver a Dios en Cristo, porque éste no era el "Dios" con quien habían hecho un "contrato". Tragedia de tragedias, ellos (y nosotros podemos hacer lo mismo) crucificaron al Señor de la Gloria porque pretendía ser Dios. ¿Por qué? Porque Jesucristo recha-

zaba sus ideas erróneas de hacer tratos con Dios, y buscaba una relación personal y directa de salvación sanadora.

No podemos ni debemos hacer ningún trato con Dios. Pero aquella dama enferma del hospital lo hizo. Hizo sus promesas de todas maneras. Y, milagrosamente, al parecer, se recuperó.

¿Cumplió ella su parte del trato? Tristemente no. Nunca fue a vivir cerca de una iglesia, ni le dio nada a Dios. Porque ahora se sentía mucho mejor, y los médicos estaban encantados por su recuperación. Ella razonó que quizá Dios no había tenido nada que ver con el asunto, después de todo.

Porque yo la vi más tarde, muchos años después. Y cuando le mencioné sus promesas, sólo sonrió y dijo que no era extraño que uno estuviera dispuesto a hacer promesas cuando está enfermo, y estaba segura que Dios comprendía. Como dice un proverbio etíope: "Cuando alguien se recupera de su enfermedad, se olvida de Dios".

Triste por dos razones. Porque ni su enfermedad ni su concepto erróneo de Dios, la habían acercado a él. Al menos, si hubiera cumplido sus promesas, podría haber llegado a conocer la verdad acerca de Dios. Por otra parte, se habría convertido en otra declarada negociadora con Dios.

Hacer tratos es peligroso. Porque si aparentemente funcionan, usted cree saber la forma en que Dios opera. Y si fracasan, entonces le echa la culpa a Dios.

¿Abandonando a Dios?

La tragedia del mundo actual es que muchos han abandonado a Dios sin haberlo llegado a conocer realmente. Muchas veces cuando pido a los ateos que describan al Dios en quien no creen ¡conuerdo con ellos! Debido a las falsas representaciones hechas por el diablo, muchos han rechazado un cuadro equivocado de Dios que nosotros también rechazaríamos. Sin el conocimiento del verdadero carácter de Dios no puede haber una respuesta amante hacia él. La tarea que nos corresponde, entonces, es dar a conocer a Dios como realmente es: lleno de bondad, misericordia y verdad. Porque el último mensaje de misericordia para este mundo agonizante es la revelación del carácter amante de Dios en nuestras vidas.

Una cantante contemporánea habla de su desilusión con Dios. Aunque fue criada en un hogar cristiano, el lenguaje y las costumbres

religiosas le eran extraños. Pero lo que realmente le hizo volverse contra Dios fue la predicación del infierno de "fuego y azufre". Ella sintió que si éste era Dios, no quería tener nada que ver con él. Y supuso que él tampoco querría tener nada que ver con ella. Una trágica pérdida, a causa de una falsa representación de la verdad acerca de Dios, sus actitudes y acciones.

Otros también han rechazado a un Dios representado como hostil, vengativo y torturador:

"La idea de un Dios bueno que envía a la gente a un infierno ardiente es odiosa para mí: el colmo de la insania, la superstición llevada al extremo". —Luther Burbank.

"Yo no creo que ninguna persona verdaderamente humana puede creer en un castigo eterno... Debo decir que yo creo que toda esta doctrina de que el fuego del infierno es un castigo por el pecado, no es sino una doctrina de crueldad" —Bertrand Russell.

"[El infierno] hace al hombre una eterna víctima y a Dios un maníaco eterno. Es un horror infinito... El salvajismo más atroz no puede superar a este dogma cristiano". —Robert Ingersoll.

"Un infierno que arde eternamente predicado desde el púlpito y mantenido ante la gente, le hace una injusticia al carácter benevolente de Dios. Lo presenta como el mayor tirano del universo. Este dogma ampliamente difundido ha hecho que millares se volvieran hacia el universalismo, la infidelidad y el ateísmo". —Elena G. de White.

Uno de los que se volieron al ateísmo fue Roberto Ingersoll, citado arriba. A la edad de diez años escuchó un sermón acerca de los horrores del infierno, y dijo: "Padre, si el Dios de los cielos es esta clase de dios, no quiero tener nada con él".

El infierno tiene su origen en dos mentiras capitales. Una es la mentira dicha por el diablo en el jardín: "No moriréis". Esta es la base de la creencia en la inmortalidad del alma. La otra, que Dios es vengativo, castigador y cruel. Junte las dos mentiras, y tendrá el infierno.

Pero recuerde que no Dios, sino el diablo, es el autor del infierno. El infierno es una de sus estrategias más efectivas para apartar a la gente de Dios. Es, simplemente, otra parte de la especiosa campaña dirigida por Satanás para destruir el noble carácter de nuestro amante Dios. Como Francis Bacon escribió: "Sería mejor no tener ninguna opinión acerca de Dios, que tener esta opinión que es indigna de él".

La tragedia consiste, por supuesto, en que una vez que la gente

abandona a Dios, está perdida. "Si la gente deja de creer en Dios, no significa que no crean en nada, sino que creen en todo", escribió G. K. Chesterton.

Es por eso que Juan manda a los padres: "Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio", y a los jóvenes: "Porque... la Palabra de Dios permanece en vosotros" (1 Juan 2:13, 14). Es *absolutamente esencial* que todos sepamos lo que significa realmente conocer a Dios. Nuestro concepto de Dios debe ser correcto, puesto que nuestra relación espiritual con Dios está formada por lo que pensamos de él. Todos los aspectos de nuestras creencias son afectados por la clase de persona que creemos que es Dios, y si tenemos conceptos equivocados de él, nuestra relación espiritual con él resultará afectada.

Conceptos de Dios

¿Qué hay, entonces, en tales conceptos de Dios? Considere algunos pensamientos acerca de Dios de algunos escritores famosos, y vea si no reflejan muchas ideas erróneas, pero populares, acerca de él:

"Dios es aquello que el hombre encuentra que es divino en él mismo". —Max Lerner.

"¿Es el hombre un disparate de Dios o Dios un disparate del hombre?" —Nietzsche.

"Si Dios nos ha creado a su imagen, le hemos devuelto el favor muy bien" —Voltaire.

"Puede ser que nuestro rol en este planeta no sea adorar a Dios, sino crearlo". —Arthur C. Clarke.

"Yo he luchado para librarme de Dios. Era un sádico increíble". —John Collier.

Y usted puede añadir muchos otros a la lista: una vaga energía; algún Vigilante Divino y distante del universo; un Santa Claus Cósmico; la Fuerza del Cosmos, y así por el estilo; todos estos conceptos se han aplicado a Dios.

Pero ello es precisamente lo que Juan combate aquí. Cada una de estas seis repeticiones: "os escribo a vosotros" (1 Juan 2:12-14), representa un aspecto particular de la comprensión espiritual, y "conocer a Dios" se repite tres veces en la lista de "recomendaciones". ¡Cuán importante es entonces que comprendamos correctamente a este Dios y nos relacionemos de la misma manera con quien ha hecho tanto en

nuestro favor a un tremendo costo para asegurarse de que lo conocemos bien!

Perdón y victoria

"Pero no lo siento realmente. No sé si Dios ha hecho lo que le pedí o no. No me *siento* perdonado".

Después de tener las ideas correctas en cuanto a Dios y su naturaleza, queda esta: ¿cómo actúa? Muchas veces en mi ministerio he tenido que hablar a quienes deseaban el perdón, pero que no sabían si habían sido perdonados finalmente.

A veces pensaban que debían hacer ciertas penitencias. En la mente humana está la idea de que usted necesita probar su bondad o su verdadera contrición a Dios antes que él escuche su clamor de perdón. Algunos se sienten incapaces de aceptar la gracia de Dios, y aunque leen los textos acerca de la disposición de Dios a perdonar, de alguna manera les cuesta creerlos.

Si usted ha pensado alguna vez así, lea otra vez lo que Juan dice aquí: "Porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre" (1 Juan 2:12). No hay ninguna duda aquí; la promesa es cierta y segura. Merced a la revelación de Dios en Cristo usted *sabe* que Dios puede y quiere perdonarle cuando viene arrepentido y contrito. Dios no necesita ser persuadido ni aplacado con ninguna ofrenda, antes bien está más dispuesto a perdonar de lo que nosotros estamos dispuestos a pedir. Recuerde lo que ya leímos: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9).

¿Cuándo ocurre eso? ¡En el momento que pedimos! ¿Cómo? Por causa de la naturaleza de Dios. Pero asegúrese de no perder nada aquí. Dios, si bien puede perdonar, y perdona, quiere hacer mucho más que eso. Note el final de ese texto: "Y limpiarnos de toda maldad". Lo que Dios anhela es que llegue el día en que ya no tenga que perdonar perpetuamente, sino habernos cambiado a fin de que ya no decidamos satisfacer nuestros deseos pecaminosos. Dios desea hacernos nuevas criaturas (2 Cor. 5:17); quiere volver a crearnos a su imagen, anhela prepararnos para vivir una eternidad con él. De modo que aunque el perdón es importante, limpiarnos de toda maldad es más importante. ¡Porque eso es lo que produce la victoria!

Eso es precisamente lo que significa vencer "al maligno" (1 Juan

2:13). Es rechazar sus mentiras, abandonar su forma de vivir y negarse a ceder a sus tentaciones. Esto no se logra por nuestras propias fuerzas, sino por el poder reformador de Dios que opera en nuestras vidas, transformándonos de enemigos rebeldes en amigos dignos de confianza.

Dios desea tener un pueblo que sea más que simplemente "absuelto". Ser declarado legalmente inocente y perdonado, es una cosa. Pero, maravilla de maravillas, lo que Dios quiere lograr y logrará formar es un pueblo que se mantenga de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos, que se afirme en la verdad de modo incommovible. Que haya sido tan completamente convencido de la *rectitud* de Dios que jamás elegiría vivir de ninguna otra manera.

¡Recordemos que cuando se anunció el nacimiento de Jesús, fue llamado Jesús, no porque *perdonaría* el pecado de su pueblo, sino porque lo *salvaría* de sus pecados! (véase Mat. 1:21).

Incluso si rehusáramos su ayuda, y con el tiempo llegáramos a morir, así como un médico asiste al funeral de un enfermo que se negó a recibir su ayuda, Dios puede decir todavía "te perdono tus pecados", pero nosotros moriremos. El perdón nunca será suficiente, debe guiarnos a una unidad con Dios que provenga del hecho de que "la Palabra de Dios permanece en vosotros" (1 Juan 2:14).

¿Amar al mundo o vivir para siempre?

Juan es totalmente explícito en su mandato: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo se pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Juan 2:15-17).

Aquí no se trata de que ciertas actividades "mundanales" nos gusten, y otras no. Más bien, es una cuestión de qué es permanente y genuino y qué es temporal y falso. La decisión es en cuanto a aquello que usted valora verdaderamente. Aquello por lo cual usted realmente vive.

¡La marea estaba en su apogeo! Estábamos en la playa, disfrutando en grande nuestras vacaciones familiares. Acampando en el mismo lugar estaban otros admiradores del sol, provenientes de la mayoría de los países de Europa Occidental.

El caso es que junto a nosotros acampaba una familia alemana. Yo

no creo en los estereotipos nacionales, pero aquella gente sí que era *organizada!* Es decir, tenían todo lo que necesitaban. Mientras nosotros teníamos un par de toallas y una pelota de playa, ellos tenían colchones, una sombrilla de alta tecnología, un refrigerador gigantesco, cómodos reclinatorios y todos los juegos con los cuales usted jamás soñó. Se habría necesitado un camión de carga para traer todo aquello (probablemente un Mercedes...)

Nosotros nos tendimos muy a gusto bajo la luz del sol. ¡Esto era vivir, señores! Yo contemplaba tranquilamente a los deslizadores de tabla hawaiana haciendo sus piruetas allá en el rompedero de las olas. Diversión, alegría, como habrían dicho los "Beach Boys". La emoción de verlos atrapar una ola y deslizarse hacia la playa con movimientos casi poéticos...

En fin, volvamos a todos los hedonistas que estábamos muy cómodos en la playa. Una pareja que juega muy bien un partido de badminton. Niños bronceados empeñados en proyectos de arena con cerros y excavaciones. Muchachas chapoteando, cubetas y palas, cometas, bates, pelotas, y... gente divirtiéndose de lo lindo. Excepto por nuestros vecinos alemanes que jugaban ajedrez. No que yo tenga algo contra este juego mental, lo único es que nos parecía un ejercicio un poco fuera de lugar en la playa.

Fue entonces cuando ocurrió. Las fuerzas de la naturaleza atacaron. La playa tenía una forma extraña y curiosa según recuerdo. La arena surgía gentilmente de las aguas, como en todas las demás playas. Pero entonces se hundió antes de levantarse una vez más. Y todos estábamos sentados en el vado. Así que cuando aquella fatal marejada se avalanzó sobre la playa, se nos vino encima como una ola gigante. ¡Caos!

La gente corrió por todos lados. Los parasoles se volcaron, y flotaban ahora en lo que se había convertido en un pequeño lago. Las toallas empapadas, cámaras rescatadas desesperadamente. Todo revolcado, libros abandonados, y los frascos de aceite bronceador flotando perezosamente, como barcos, en el agua. Y sí (puesto que usted lo pregunta), después de recuperar nuestras empapadas pertenencias, sentimos que fue algo vagamente divertido.

Excepto para nuestros vecinos alemanes, que parecían considerar sombríamente una perturbación tal a su ordenado estilo de vida. Como si la marejada hubiera estado obligada a advertirles con anticipación acerca de sus intenciones.

Disimulando a duras penas su contrariedad, comenzaron a reunir todas sus pertenencias. Fue entonces cuando miraron el tablero de ajedrez.

Todas las piezas habían sido arrastradas y andaban o flotando en el agua o medio sepultadas en la arena al borde del agua. Frenéticamente comenzaron a buscar todas las preciosas partes del juego. Los reyes y las reinas fueron hallados sin dificultad. Y supongo que también la mayoría de las otras piezas. Un caballo fue encontrado debajo del refrigerador. Un alfil se había acomodado en un traje de baño abandonado. Una torre había huido junto con el parasol. Pero los peones eran otra cosa. Esparcidos por los cuatro cabos de la tierra, no creo que los hayan encontrado a todos (aunque, por supuesto, todos ayudamos).

¿Una parábola de la vida? Sí, y en muchos sentidos. La inesperada naturaleza de la vida misma... mucho más cuando todo parecía estar en calma y tranquilidad, echados perezosamente bajo el sol. La loca actividad de todos alterada totalmente, como si el mundo no fuera más que un hormiguero derrumbado. La creencia de que tenemos todo lo que necesitamos en las cosas que poseemos. La necedad de no poner atención al encrespamiento de las olas (¡del mal, probablemente!). El fin dramático de todos los juegos y diversiones, y la rápida necesidad de salvar lo esencial.

Pero más que todo eso, observé la parábola del remojado juego de ajedrez. Las piezas desempeñaron su parte como un mundo en miniatura. Los caballos toman a los peones, los alfiles a los caballos y la reina da jaque mate al rey. Este juego, en toda su insignificancia, podría reflejar la forma en que parecemos vivir ... hasta que la marejada de la historia se abalanza sobre nosotros y nos arrastra irremediablemente. Y en el rescate del tiempo del fin, ¿qué intentaremos salvar?

Porque en el juego final no seremos los peones, sino jugadores comprometidos. Nosotros somos quienes hacemos nuestras decisiones. Nosotros planeamos, diseñamos estrategias y seguimos nuestras ambiciones. Movemos pieza tras pieza, trazamos planes y estrategias aquí y allá. Y en nuestra intensa participación en el juego que jugamos no nos damos cuenta de las señales de alarma, de las olas que se encrespan amenazantes.

La marejada está elevándose. El tiempo se acaba. ¿Están sus prioridades en el "amor al mundo" o en la vida eterna?

¿En qué punto se encuentra usted en la playa de la vida?

Esta hora final I Juan 2:18-29

El espíritu del anticristo

Anthony Antone fue ejecutado el 26 de enero de 1984 a las siete de la mañana. Antone, convicto de asesinato, fue a la silla eléctrica. Otra muerte, otra deprimente estadística. Pero esta ejecución en particular quedó marcada por la negativa de Antone de hablar con un sacerdote o recibir los servicios de un ministro del evangelio. De hecho, rechazó al cristianismo en su totalidad, llamando a tales creencias, "niñerías".

Antone fue a la muerte sin esperanza y, al parecer, sin ningún pensamiento relativo al futuro. En esto vemos el resultado de la obra del anticristo, que ha hecho tanto para volver a la humanidad contra Dios, para rechazarlo completamente. Creer en Dios es una "muleta", dicen ellos, nada menos que una forma de seguir adelante en la vida porque usted sencillamente no es capaz de pararse por sí mismo. Eso está bien para los niños, quizá, pero no para los adultos.

Pero Juan dice: "¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo" (1 Juan 2:22). El que no es conmigo, contra mí es, dijo Jesús (véase Mat. 12:30).

Algunas veces, por pensar en la forma dramática como se revelará el anticristo en el tiempo del fin, hemos perdido de vista el hecho de lo que realmente significa ser "anticristiano". La palabra encierra dos importantes significados. El primero es estar *contra* Cristo; es decir, oponerse a él y todo lo que representa. El segundo es *colocarse en lugar* de Cristo; es decir, como un sustituto que reemplaza a Cristo.

En la campaña de engaño y destrucción del diablo, estas dos facetas del anticristo son muy evidentes. La sociedad actual está en con-

tra del llamamiento y las afirmaciones de Cristo, e intenta también ponerse en lugar de él, reemplazándolo a él y a la filosofía cristiana con alternativas.

Contra Dios, a través de una sociedad ávida de dinero y posesiones.

Contra Dios, mediante el ataque directo a través del satanismo y la brujería.

Contra Dios, más sutilmente, tornando a la humanidad indiferente hacia la religión y cualquier idea de amar a Dios.

Reemplazando a Dios, pasando “un buen tiempo” con el sexo, las drogas, el alcohol.

Reemplazando a Dios, mediante un *dios* falso presente en las religiones espurias.

Reemplazando a Dios con falsas ideas acerca de él, incluso dentro de la iglesia remanente.

Lucifer: siempre anti-Dios

Este espíritu anti-Dios ha estado presente en el universo desde que Lucifer se rebeló. Presentándose a sí mismo como una especie de “cruzado de la libertad”, que lucha por los “derechos” de los seres inteligentes del universo, sus intenciones siempre han sido difamar y destruir a Dios. Lucifer siempre ha sido *anti*-Cristo; a decir verdad, es *anti*-todo lo que Dios representa: libertad, elección, amor.

El está detrás del “hombre de pecado”:

“Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (2 Tes. 2:3-9).

Note la particular cualidad de oponerse a Dios y exaltarse por sobre

él (las mismas cualidades que Satanás mostró al principio. Véase Isa. 14 y Eze. 28).

El término “anticristo” nadie lo usa en la Escritura, excepto Juan, y sólo ocurre en la 1 y 2 epístolas. Pero no hay confusión en cuanto a su significado:

“Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo (2 Juan 7).

“En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4:2, 3).

En este caso el pensamiento del apóstol es paralelo al de Pablo cuando habla del “dios de este siglo”.

“En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Cor. 4:4).

La obra engañadora, mentirosa y cegadora del Archiengañador es vestir a Dios con disfraz satánico. Trata de presentarlo como hostil, arrogante, falto de interés y preocupación por los demás, sin amor y misericordia, incapaz de perdonar... ¿Resultado? Un mundo que ni ve a Dios ni se preocupa por él. Una humanidad que “no puede ver la luz del evangelio de la gloria de Cristo, *que es la imagen de Dios*” (versión NIV [New International Version]). (El énfasis es del autor).

No pierda este último punto. ¡Porque ésta es la grande y última tesis de Juan! “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (1 Juan 2:23).

En esto, lo único que hace Juan es repetir las maravillosas palabras de Jesús que únicamente él registró:

“Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió”. “Si me conocierais, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto”. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 12:44, 45; 14:7, 9).

Esta hora final

A medida que la última hora, la realmente final (véase 1 Juan 2:18)

se aproxima, la batalla se agudiza. Las causas fundamentales del conflicto entre Cristo y el anticristo se mueven hacia el inevitable clímax. La polarización de actitudes está allí para todos los que quieran verla; incluso ahora.

Porque las razones que originaron el gran conflicto serán las mismas en su culminación. Cuán importante es entonces que tengamos ojos para ver, oídos para oír y mentes para entender. La religión —me refiero a todos los aspectos de las creencias religiosas— se está moviendo hacia el autoritarismo. El surgimiento del fundamentalismo en muchas religiones es un avance hacia la “obediencia” sin cuestionamientos: una rigurosa observancia de los requerimientos que los líderes exigen. Sumada a éste está la idea generalizada de que la religión no necesita ser lógica ni tener sentido. Puesto que la religión se relaciona con lo sobrenatural, la razón, aparentemente, debe ser rechazada.

¡Esta peligrosa maquinación debe evitarse como la plaga! El problema es que con tantas voces que pretenden hablar en nombre de Dios, ¿cómo saber quién dice la verdad? ¿Será la voz que grita más fuerte? ¿La que hace más milagros? ¿La más atractiva/seductora/apetecible?

Es más, pocos se toman el tiempo de pensar en tales cuestiones, o por lo menos así parece. Con tantas ofertas de por medio necesitamos como nunca discernimiento espiritual. Lo que se requiere no es algún vago sentimiento, o alguna convicción acomodaticia, sino evidencia sólida y visible. Porque Dios es un Dios de evidencias, y desea que nosotros hagamos nuestras decisiones con la mente que nos ha dado. El Anticristo y todos los anticristos subordinados rechazan tales pensamientos, y exigen obediencia ciega, como aquella que exigía la policía del pensamiento en la novela *1984* de George Orwell.

Echemos un vistazo a esos representantes: aquellos que se han opuesto a Cristo y lo han reemplazado. Los líderes de las famosas sectas llamadas *cultos* en la cultura sajona, nos proveen dramáticas ilustraciones de lo que es el control mental. En las organizaciones de ese tipo se enseña a los miembros a no pensar por sí mismos. Los dirigentes lo hacen por ellos, los miembros sencillamente obedecen ciega y automáticamente. Y nosotros nos convertimos en *cúlticos* toda vez que aconsejamos a nuestros miembros de iglesia a que hagan lo mismo. Si bien es propio y correcto respetar a los dirigentes espiri-

tuales, nunca debemos dejar que otros nos induzcan a creer o no creer. Creencias como el sacerdocio de todos los creyentes, la responsabilidad individual, la salvación personal y otras por el estilo, deben hacernos conscientes de que debemos pensar y entender las verdades por nosotros mismos. Como dice claramente Pablo: “Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente” (Rom. 14:5). No debemos depender de un maestro humano, por muy brillante y carismático que sea, para entender a Dios y su maravilloso plan de salvación. Porque debemos ser capaces de dar razón de la esperanza que hay en nosotros (1 Ped. 3:15). Como dijo Matthew Henry: “Deberíamos ser capaces de defender nuestra religión con humildad”. Ello significa que necesitamos conocer la verdad individual y personalmente.

No tenemos necesidad de seguir a Jim Jones, David Koresh o David Berg, o a cualquier otro autonombado líder espiritual. Más bien hemos de seguir el espíritu de verdad, que nos enseñará muchas cosas (véase Juan 14:17, 26). Ninguna mentira puede proceder de la verdad, dice Juan (véase 1 Juan 2:21); y sólo sabiendo lo que es la verdad podremos detectar la mentira.

A través de todos los siglos han existido los falsos Cristos, muchos autoproclamados Mesías, que han demostrado ser viles farsantes, llenos de palabras mentirosas. Necesitamos asegurarnos de que no importa qué pretendan, los probaremos a través de las evidencias que Dios ha provisto en su Palabra. Porque como Jesús dijo, el diablo tratará de engañar aun a los mismos escogidos en el tiempo del fin.

Es por eso que resulta tan importante seguir el consejo del apóstol Juan: “La unción misma os enseña”; ¿por qué?, porque “es verdadera, y no es mentira” (1 Juan 2:27; 20, 21).

Conocer la verdad tal cual es constituye la clave de la verdadera comunión cristiana. Es la fórmula para evitar ser dejado a un lado del camino por las distracciones y falsas doctrinas del diablo. ¿Cómo conocemos la verdad? A medida que el Espíritu Santo nos guía (y nosotros debemos seguirlo) a toda verdad (véase Juan 16:13).

Incluso se nos aconseja probar al Espíritu Santo, para asegurarnos a qué Espíritu estamos siguiendo. Dios está comprometido de tal modo con nuestra libertad de pensamiento y elección, que no nos obligará, sino que desea que nos aseguremos que en realidad estamos escuchando la verdad.

¿Timadores?

La idea de “simplemente cree todo lo que te digan” es sumamente peligrosa y nos expone seriamente a las sugerencias de Satanás. Sólo por el hecho de que usted experimenta un “cálido sentimiento” de que algo es verdadero no significa que necesariamente sea correcto.

En nuestro vecindario hemos sido advertidos del peligro de que timadores (estafadores) traten de entrar en nuestras casas. Uno de ellos se hace pasar por especialista en antigüedades. Otro, pretende ser representante de las autoridades locales. Pero todos tienen el mismo objetivo: convencerle a usted de que les permita entrar en su casa.

Un informe reciente se refiere a dos timadores que actúan juntos. Se hacen pasar por oficiales de la compañía de gas que buscan posibles fugas de dicho combustible. Incluso portan credenciales de identificación. Una vez que están adentro, uno de ellos se queda hablando con usted, mientras el otro “revisa la casa en busca de fugas de gas”. ¡Por supuesto, lo que realmente está haciendo es apoderarse de las cosas de valor que encuentre en su casa!

Sólo porque todo indica que son auténticos no debe bastar para que usted crea en su mensaje. Algunos vecinos se han dejado engañar por estos ladrones y sufrieron grandes pérdidas.

Usted siempre debe comprobar lo que le dicen. ¿Qué entonces en cuanto a la verdad? ¿Qué hemos de hacer para evaluar la interpretación bíblica?

¿Qué nos dice Juan para mantener vivo nuestro corazón?: “Lo que habéis oído desde el principio, permanece en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (1 Juan 2:24).

Juan es firme aquí. ¡Ninguna duda, indecisión o escepticismo! No cabe duda que recuerda todas aquellas declaraciones que registró en su evangelio cuando Jesús habló del don de la vida eterna. La prueba del ácido del cristianismo genuino es que refleja las actitudes, las creencias y el contenido del evangelio que Jesús enseñó. ¡Si se presenta alguna “nueva luz” que contradiga las Escrituras, usted puede estar seguro de que no es luz en absoluto!

El día que él venga

Cuando Juan dice: “Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no

nos alejemos de él avergonzados” (1 Juan 2:28). No hay duda que Juan estaba recordando la promesa de Jesús:

“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). La esperanza del cristiano es la misma esperanza que Dios tiene: estar juntos otra vez, para siempre. Que la barrera del pecado desaparezca completamente. Ver a Cristo cara a cara en su gloria. Esto es lo que nos deparará la bienaventurada esperanza.

Este es el objetivo específico de la esperanza. Este es el punto hacia el cual nuestros ojos se dirigen: miran hacia arriba, porque nuestra redención está cerca. Este es el centro de la predicación adventista: que este mismo Jesús que murió para salvarnos y sanarnos, volverá para llevarnos a casa. Este es el corazón de nuestro mensaje.

¿Por qué entonces somos tan tímidos para predicar esta verdad? ¿Por qué pareciera que ya no nos afecta? ¿Lo hemos oído tanto que ya no hace ninguna diferencia? ¿Será que ya no nos damos cuenta, como el alumno que se duerme y fantasea en el aula de clases mientras las palabras le entran por una oreja y le salen por la otra?!

Permítanme hacerles una pregunta personal. ¿Qué hace por usted la esperanza adventista?

¿No es más que una “doctrina cómoda” que le asegura a usted la felicidad futura? ¿O es un mensaje que lo mueve y le hace sentirse tan feliz que quiere decírselo a otros automáticamente?

¿Es una idea que le asusta y ora para que no ocurra? ¿O es el gozo de su corazón, el día largamente esperado, el cual pide que llegue pronto? ¿Es una creencia que no afecta su estilo de vida? ¿O es el principio motor de su existencia, que afecta todo lo que usted es y hace?

No, no le sugiero que diga: “El Señor vendrá dentro de tres años, así que no tengo tiempo para estudiar en la universidad, para casarme, para tener familia”. Jamás debemos ponerle fecha a la segunda venida. Lo que estamos diciendo es que nuestra esperanza necesita influir en todos los aspectos de nuestras vidas; que hemos de estar listos *en cualquier momento*. Este es el mensaje de Jesús: “Velad y orad”, estad siempre listos. La esperanza adventista tiene que hacer algo en nosotros:

“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos,

encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!” (2 Ped. 3:11, 12). Si abrazamos en verdad la esperanza adventista, ¿cómo deberíamos ser? No gente temerosa, sino llena de gozo y amor.

Si tenemos esta esperanza en nuestro corazón, ¿qué haremos? “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3). Tomar nuestra esperanza en serio significa vivir una vida recta. Significa agradar a Dios. Significa vivir en estrecha comunión con Jesús diariamente. Porque esperamos el advenimiento, la venida de nuestro Amigo y Señor.

Significa no guardar una esperanza tan increíblemente grande para nosotros solos, sino comunicarla y explicarla:

“Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Ped. 3:15). La esperanza adventista es una parte fundamental del evangelio cristiano, y debemos hablar mucho más acerca de ella: No con aire de fanatismo, sino con calma y sensibilidad, porque el advenimiento es la conclusión natural del plan divino de salvación.

Y por sobre todo, no tenemos por qué avergonzarnos. Debemos estar orgullosos de nuestra esperanza, y permitir que brille en nuestras vidas y en nuestras palabras:

“Y porque tenemos esta esperanza, somos muy intrépidos” (2 Cor. 3:12, TEV). No tenemos por qué estar avergonzados o temerosos de comunicar a otros esta maravillosa esperanza. Necesitamos ser muy valientes, muy claros y directos, y con llaneza de palabras comunicar esta verdad.

Porque no estamos siguiendo fábulas por arte compuestas o doctrinas de hombres, sino la Palabra de Dios. El nos ha dado esta esperanza, él la cumplirá. El, que no puede mentir, lo ha prometido. Mi oración por usted es:

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Rom. 15:13).

¡Pido al Dios de la esperanza que haga nacer esta esperanza inmarcesible en su corazón, y que pronto la vea convertida en realidad!

CAPITULO 6

Hijos de Dios

I Juan 3:1-10

La gran venta de flores

Cierto día, cuando yo tenía cinco años, una gitana tocó a nuestra puerta vendiendo ramilletes de pequeñas flores. Mi mamá sacó dinero de su bolsa y le dio seis centavos. Para mí aquello era mucho dinero entonces (¡el equivalente ahora a unos cuatro centavos!) Así que comencé a pensar en la forma de entrar en aquel lucrativo negocio.

Y me puse a trabajar. Encontré una vieja canasta en la cochera y fui al jardín y corté las mejores flores que pude hallar. Luego convencí a mi hermanita para que fuera la vendedora. (¡De ninguna manera sería yo un vendedor de flores! Ya a esa edad tan temprana era consciente del rol que deben desempeñar los géneros...)

Así que nos lanzamos a la calle. Le dije a Jane, de tres años, lo que debía decir: “Hola, aquí le traigo algunas flores”. Y tan pronto como la dueña de la casa aceptara, debía pedirle el pago. (Inteligente arte de vender, según yo pensaba. Darles las flores, y luego pedirles dinero. Con un plan tal iría muy lejos...) Mi papel consistía en supervisar el negocio entre bambalinas (detrás de los postes).

En la primera casa la dueña miró un tanto sorprendida, pero pagó. Lo mismo hizo la siguiente. Ya casi podía escuchar el sonido de la caja registradora en mi mente. Aquello marchaba de maravilla: dinero por algunas flores medio marchitas.

La tercera casa, y... allí fuimos golpeados por el desastre. La señora le sonrió bondadosamente a Jane, y le preguntó si su mami sabía que ella andaba vendiendo flores. —No —dijo Jane, con los inocentes ojos bien abiertos, todo era idea de su hermano. La señora le dijo a Jane que esperara allí mientras llamó a nuestra casa.

Mi mamá llegó más rápido que un huracán. Después de regañarme,

me obligó a ir a todas las casas, devolver el dinero, y pedir perdón.

—Después de todo —dijo mi mamá—, si estaban regalando flores, no tenía por qué pedirles dinero. Pero lo que más le preocupaba era lo que la gente pensaría de nosotros—. Ese no es el tipo de familia al cual usted pertenece, jovencito —concluyó en tono serio.

Poco a poco penetró en mi cabeza dura la idea de que yo había representado mal a mi familia. ¡En mi avidez por hacer dinero fácil, había estado dispuesto a explotar a los demás (incluyendo a mi propia hermana), y cambiar las flores de mi mamá por unos centavos (que seguramente los habría gastado en dulces y otras golosinas)!

Más tarde, ese mismo día, tuvimos una plática familiar. Me recordaron que de todos modos yo recibiría dinero cada semana. ¿No tenía todo lo que necesitaba? ¿Y por qué había yo usado a mi hermana y las flores de mi madre, así como la generosidad de los vecinos, para hacer dinero para mí?

Parte de la familia de Dios

A través de toda esa triste experiencia vi la forma en que cada miembro de la familia es importante: porque compartimos, no sólo el nombre, sino un carácter y una reputación. De modo que cuando se trata de ser hijos e hijas de Dios, entonces nosotros también debemos reflejar las características de la familia de Dios.

Porque es fácil tomar el nombre de “cristiano”: pero a menos que en verdad seamos lo que pretendemos ser, no somos más que impositores que sacamos provecho de la situación. Por eso Juan es tan claro:

“Consideremos el increíble amor que el Padre nos ha mostrado permitiéndonos ser llamados hijos de Dios; y no sólo somos llamados, sino que lo *somos* (1 Juan 3:1, Phillips).

¡Dios no sólo nos llama, también nos *hace*! La “justicia imputada” de Dios no es simplemente una declaración formal. Dios no afirma que somos algo si en realidad no lo somos. De hecho, decir nombres —simplemente poner etiquetas a las cosas— no es más que eso. Dios está genuinamente interesado en *hacernos* verdaderamente sus hijos.

Verdaderos hijos

Piense en todas las características de los niños; todos esos rasgos, fascinantes y atractivos. En realidad, “los niños son las flores más hermosas que existen” (Oscar Wilde). Quizá sea por eso que Dios anhela

identificarnos como sus hijos. Porque los niños son (¡o debieran ser!) honestos, veraces, directos, inocentes, no complicados, dispuestos a amar sin condiciones, transparentes, fáciles de complacer, no erráticos, y por sobre todo, *confiados*.

Yo creo que esta cualidad es la que Dios aprecia más, porque si verdaderamente confiamos en él, entonces puede sanarnos y ayudarnos. Sin esa confianza (llámela fe, si quiere), Dios no puede darnos su perdón, su poder transformador, su salvación.

Muchas de estas cualidades se pierden cuando llegamos a la edad adulta. Aprendemos a ser suspicaces, desconfiados, incluso mentirosos. Pero en las palabras de Carl Jung: “Si encontramos algo que deseamos cambiar en el niño, deberíamos examinar y ver primero, no ocurra que sea algo que mejor fuera cambiar en nosotros”. O como el antiguo escritor Mencio lo dijo: “El hombre grande es el que nunca pierde su corazón de niño”.

Necesitamos tener nuestro “corazón de niño” al venir a Dios. No con una fe ciega, sino mirando inocente y honestamente como un niño, que puede ver y confiar tan llanamente. De alguna manera necesitamos volver a aquella forma infantil de ver las cosas de la que Wordsworth escribió tan bellamente:

Hubo un tiempo en que el prado, el bosque, el río,
la tierra, y todo lo sencillo,
me parecía
vestido de luz celestial,
con la gloria y la frescura de un sueño.
Pero ya no son las cosas como antaño,
no importa a dónde vaya
noche y día,
las cosas que veía, ya no las veo más.

¿Cómo ve usted? ¿Ve los carros de fuego, o todavía sus ojos están cerrados? (véase 2 Rey. 6:17). Sólo en la medida en que nos volvemos a la realidad, la realidad de la confianza infantil, de la pura inocencia, empezaremos a ver a Dios como realmente es.

Ello es esencialmente don de Dios: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

Este es el propósito principal por el cual Dios está trabajando y nos

involucra, no sólo a nosotros, sino también a la misma creación:

“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rom. 8:19, 21).

En contraste con este mundo, los hijos de Dios brillan con el resplandor de la verdad de Dios:

“Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo” (Fil. 2:15).

¿Cómo sabemos si en verdad somos hijos de Dios y nos amamos unos a otros? “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos” (1 Juan 5:2).

Esto tiene mucho significado. Pero la idea total de ser en verdad hijos de Dios debiera emocionarnos.

Recuerdo haberles hablado a mis niños de la escuela. Decidí pedirles que representaran la historia de la viuda de Naín (que se encuentra en Lucas 7:11-17). Un grupo representaba el funeral, con la viuda enfrente llorando la pérdida de su único hijo. Todos lloraban y estaban tristes. Y los niños representaron sus partes bastante bien. En el otro lado del salón estaban Jesús, sus discípulos, y una multitud de gente feliz. Cuando los dos grupos se encontraron, el silencio que se produjo se sintió absolutamente natural. ¡Entonces, cuando el joven resucitó, todos los niños comenzaron a regocijarse como si de veras lo hubieran visto resucitar de entre los muertos!

Esa es la clase de feliz emoción que debería producirse cuando se encuentra a Jesús. El saber que somos en verdad hijos e hijas de Dios debería hacernos tan felices como a aquellos niños de mi escuela.

¡Como Dios!

Ahora que somos hijos de Dios, participamos en todo lo que él ha planeado. Porque “sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

En esa asombrosa declaración se entrevé un profundo milagro. Como lo dice Pedro, llegamos a ser “participantes de la naturaleza divina” (2 Ped. 1:4). Y como dice Pablo: “Mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria, en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor.

3:18).

¡Qué tremendo concepto! Pero si somos en verdad hijos e hijas de Dios, entonces no deberíamos sorprendernos al saber lo que nuestro amante Padre tiene reservado para nosotros. Es la *semejanza con Dios* lo que debiera emocionarnos en cuanto al cielo, no las calles de oro, ni las alas de los ángeles, ni el vivir para siempre.

Significativamente, Dios lo único que está haciendo es revertir la forma en que su universo realmente funciona. Nosotros no deberíamos sorprendernos de que Dios destruya la falsa ilusión que llamamos realidad, y la reemplace con la “realidad real”, es decir, ¡la verdadera realidad! “Porque no sabemos lo que llegaremos a ser en el futuro. Lo único que sabemos es que *si la realidad fuera a manifestarse*, nosotros deberíamos reflejar su semejanza, porque le veremos como realmente es” (1 Juan 3:2. Phillips. El énfasis es del autor).

Ver a Dios como realmente es... ¡eso es lo que Dios define como el suceso transformador! No tenemos que esperar a que llegue el fin. A medida que buscamos a Dios, descubrimos cómo realmente es; cuando lo veamos como realmente es... nosotros también seremos cambiados, y hechos de nuevo a su semejanza. Incluso ahora veo a muchos buenos amigos de Dios que son verdaderamente sus hijos en esta forma: que actúan bajo el mismo tipo de principios que Dios; que tratan de reflejar sus caminos (de Dios) en todo cuanto los rodea.

No más pecado

Por supuesto, como sigue diciendo Juan, los hijos de Dios deben reflejar la imagen de la familia de Dios, tal como yo aprendí a raíz de mi fraudulenta venta de flores. Si usted es verdaderamente un hijo de Dios, entonces el pecado debe serle extraño. Dios y el pecado no pueden coexistir; y el hijo de Dios no puede pecar voluntaria y alegremente. “El que practica el pecado es del diablo... Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado... y no puede pecar, porque es nacido de Dios. Todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Juan 3:8,10). Muchísimos cristianos han caído en la trampa de pensar, en vista de que Dios es el perdón en persona; por tanto, en realidad, no cuenta la forma en que usted viva o lo que haga. Algunos incluso han dicho que el pecado hace que la gracia de Dios sea más grande: el “feliz pecado” que hace que Dios pueda demostrar su maravillosa bondad.

Pablo también escribe muy duramente para contrarrestar ese peligroso error. “¿Pecaremos para dar satisfacción a nuestro corazón y para ver cuán lejos podemos explotar la gracia de Dios? ¡Qué espantoso pensamiento!” (Rom. 6:1, 2. Phillips).

Note usted que ni Pablo ni Juan hablan de los pecados fortuitos o circunstanciales, sino de las actitudes premeditadas y deliberadas que “explotan” la gracia de Dios. Tal presunción en cuanto a la naturaleza perdonadora de Dios sólo puede conducir a un descuido que niega la naturaleza fatal del pecado.

Por otra parte, no hemos de ver al pecado simplemente como la violación de ciertas reglas. El hecho de que podamos guardar los requerimientos legales no nos hace buenos. Yo cuento con frecuencia la historia acerca del pastel de chocolate de mi madre para ilustrar este punto. Ella acostumbraba hacer estos deliciosos pasteles, y luego los ponía en la baranda de la ventana para enfriarlos. A mí se me daban instrucciones estrictas de no tocarlos. Pero yo examinaba el pastel, veía si había caído por allí alguna migajita, y buscaba la manera de quitarle un pedacito sin que mi madre lo notara. Pero por supuesto, nunca lograba hacerlo sin que cayera en delito. De manera que cuando mi madre me decía que yo era un buen niño porque no había tocado el pastel, tenía que explicarle diciéndole que si hubiera podido quitarle un pedazo sin que lo notara, ¡lo hubiera hecho!

Dios quiere llevarnos a un nivel más elevado que la mera obediencia formal. Quiere explicarnos, como mi madre lo hacía, que era por mi bien, ¿y acaso no sabía yo que de todas maneras tendría pastel para la hora del té? Dios quiere que estemos de acuerdo de que su camino es intrínseca e inherentemente correcto y verdadero. Dios quiere que digamos con él que lo recto realmente es recto, no simplemente porque él nos dice que lo es. En palabras de Rabindranath Tagore: “Dios busca camaradas y demanda amor, el diablo busca esclavos y exige obediencia”.

Relacionándonos con la ilegalidad

El espíritu con el cual Dios quisiera relacionarse no es un espíritu violador de la ley. La actitud de Dios y la existencia de la ley están detrás de todo esto: un espíritu que es antinomianista como el diablo es el anticristo. Juan aclara bien las cosas cuando dice que el pecado es “violación de la ley” (1 Juan 3:4). Un estilo de vida total, no una vio-

lación ocasional de alguna reglamentación. Un rechazo completo de Dios como fuente del camino, la verdad y la vida. Una decisión definida de vivir una vida en rebelión, buscando sus propios caminos, lo cual, como Dios expresa claramente, conduce a la destrucción.

La razón por la cual Dios tiene que destruir el pecado no es tanto porque le produzca un “santo horror”. Lo hace porque sabe que el pecado mata, y que si nos aferramos a nuestra pecaminosidad, moriremos. Tan sencillo como eso; y Dios no quiere perder a ninguno de sus hijos. Finalmente, nos da toda la libertad para elegir, pero no sin antes destacar lo más claramente posible el motivo de la decisión. Si, incluso entonces, decidimos rechazar su amor, su sanidad y su salvación, entonces él lo permitirá. No hay tal cosa como “salvación universal” aquí: Dios respeta tanto nuestra libertad, que jamás nos obligará a venir a él si decidimos rechazarlo. Pero cuando cosechemos lo que hemos sembrado, Dios no se regocijará. Lo que hará será llorar la pérdida de sus hijos muy amados, pero que fueron rebeldes.

No hay cosa que Dios desee más que quitarnos nuestra pecaminosidad. Esa es la razón por la cual vino Jesús: “apareció para quitar nuestros pecados” (1 Juan 3:5). Jesús, que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros en la cruz (2 Cor. 5:21), y así llegó a ser nuestro Sanador, nuestro Salvador, el Dador de vida. Siendo que la culpabilidad y el dolor de nuestras vidas pecaminosas fueron echados a lo más profundo de la mar, no tenemos por qué seguir viviendo con ellos (véase Miq. 7:19). Somos recreados y vivimos nuevamente con Dios. ¿Por qué, entonces, habríamos de desear volver una vez más a vivir una vida de pecado? “Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Juan 3:6). Esto no es una amenaza, sino un llamamiento a venir a Cristo y recibir su perdón sanador y su salvación antes que sea demasiado tarde.

En mi juventud yo pensaba ingenuamente que todo lo que necesitábamos era hablarle a la gente acerca de Dios tal como está revelado en Jesús, y todos desearían venir al arrepentimiento. Pero tristemente, a través de amargas experiencias, he descubierto que la mayoría, simplemente, no quiere saber nada de Cristo. Cuando usted trate de compartir con ellos lo que Dios ha hecho, algunos se reirán, otros se burlarán, pero la mayoría sencillamente le dará la espalda.

Así como aquellos que rodeaban a Jesús no lo reconocieron como su Salvador, no deberíamos sorprendernos que el mundo tampoco nos

conozca. Si no conocen a Dios, los caminos del cristiano les parecen absurdos. “La razón por la cual el mundo no nos conoce es porque no le conoce a él” (1 Juan 3:1, NIV [New International Version]). En esta declaración Juan se hace eco de las palabras de Jesús que registró en su Evangelio: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:18, 19).

¡No se puede tener todo! O elige usted a Dios, o lo rechaza. Nosotros estamos plenamente conscientes de que hay pecado en nuestra vida personal. Lo que debemos evitar es la inclinación a creer que podemos ser salvos *en nuestros pecados*, más que *de ellos*. El pecado debe verse siempre como horripilante y destructivo; señal de que la gracia de Dios debe ser buscada una y otra vez. Lo que Juan condena es la disposición a seguir viviendo una vida de pecado.

La actitud de ilegalidad o violación de la ley, que es el carácter del anticristo, debe ser erradicada de la vida de todo verdadero hijo de Dios. No mediante el esfuerzo humano, note bien claramente esto, sino por la obra y la gracia de Dios. “La razón por la cual apareció el Hijo de Dios fue para destruir las obras del diablo” (1 Juan 3:8, NIV).

Es posible que el valor que nos concedemos no sea muy grande. En realidad, cuando nos vemos a nosotros mismos, podemos llegar al desaliento. Pero ésta no es la medida: la medida es la forma como Dios nos evalúa. El valor que Dios le concede a la humanidad caída se mide por el supremo sacrificio que él hizo, el sacrificio de sí mismo por el más mediocre de los rebeldes. Si bien por nosotros mismos no tenemos ningún valor, y no tenemos nada de qué gloriarnos, no significa que no valgamos nada para Dios. El nos considera a cada uno de nosotros como hijos únicos. Al hacer todo lo que hizo por nosotros, nos mostró cuánto “valemós” para él.

En ocasión de la crucifixión Satanás fue revelado en toda su perversa impiedad. Sus mentiras quedaron expuestas ante todo el universo. Su obra de engaño y su falsa representación quedaron destruidas.

La parte que nos toca ahora es vivir como verdaderos hijos de Dios que siguen los caminos de nuestro Padre celestial y concuerdan con ellos.

CAPITULO 7

Amaos unos a otros

I Juan 3:11-24

El símbolo de la boda

A todos nos gustan las bodas. ¿Por qué? ¿Qué de particular tienen las bodas que nos atraen tanto? ¿Es la ceremonia, la novia vestida de blanco, la recepción?

¿No será porque la boda ilustra un ideal de amor, esperanza y entrega? No importa cuán dudoso pueda ser el matrimonio. No importa cuánta desconfianza puedan tener los demás, las promesas hechas en la ceremonia superan a todas esas preocupaciones. ¿Por qué? Porque deseamos que el matrimonio sea feliz y lleno de éxito. ¿Porque deseamos creer en el amor eterno, encontrar la felicidad total el uno en el otro, aun cuando las experiencias de otros matrimonios indiquen lo contrario!

La boda es el gran símbolo del amor. Cuando observamos el intercambio de votos, cómo el novio y la novia se miran a los ojos intensamente y luego se besan, nosotros sonreímos. Anhelamos que se amen para siempre, que encuentren la felicidad completa el uno en el otro. Deseamos eso, porque lo mismo queremos para nosotros. Y aunque siempre nos quedamos relativamente lejos del ideal, la esperanza nos impulsa hacia allá.

Así como la boda es un símbolo del amor, el compromiso es también un símbolo de la relación ideal con Dios. Las promesas hechas entre el hombre y la mujer delante de Dios ilustran las promesas que queremos compartir con Dios. La íntima y estrecha relación del matrimonio se usa en la Escritura para ilustrar la intimidad que necesitamos tener con Dios (véase, por ejemplo, 1 Cor. 6:17; Apoc. 21).

Si usted es casado, piense en su propia boda. ¿Cuáles son los recuerdos que acaricia? Algo humorístico, quizá, algunos momentos

de ansiedad, aunque lo que esperamos es que sean recuerdos de un día bello y maravilloso, no importa lo que haya ocurrido desde entonces. Si usted no es casado, ¿qué en cuanto a todas las bodas a las cuales ha asistido? ¿Qué significaron para usted? Aun cuando haya habido tragedias y divorcios –incluso si usted mismo es divorciado–, no cambia lo maravillosa que es una boda, algo así como una probadita del cielo en la tierra.

Y éste es el corazón del mensaje de Juan: “Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros” (1 Juan 3:11).

Hay una historia que nos habla de Juan cuando ya era anciano. Estaba tan enfermo que tenía que ser llevado por otros adonde quisiera o necesitara ir. Cierta vez que fue llevado a la iglesia de Efeso, todo lo que hizo fue repetir: “Hijitos, amaos unos a otros”. Cuando se le preguntó por qué lo único que hacía era repetir esa orden, dijo: “Porque eso es suficiente”.

Es posible que esta historia no sea del todo verídica, pero lo que trata de enseñar es verdadero. Verdadero, cuando se entiende en el contexto del genuino amor cristiano, y no cierto tipo de “cálido y vago sentimiento o atracción”, que es la aplicación común que el mundo de hoy le da a la palabra “amor”.

¿Qué tiene que ver el amor conmigo?

Esta pregunta me la hizo un miembro de iglesia una vez. Para él, la relación divino-humana no estaba basada en el amor sino en el cumplimiento de los requerimientos. Algo así como la diferencia que existe entre la relación amorosa del matrimonio y el certificado matrimonial. Uno es relacional, el otro es legal. La imposición del aspecto legal no hace que el matrimonio funcione. De hecho, cuando el matrimonio apela a los requerimientos legales, es porque está prácticamente acabado. Cuando entran en acción los abogados, y todo se trata en función de contrato, ¿dónde queda el amor? Después de todo, si voy a mi esposa, pongo nuestro contrato matrimonial frente a sus ojos y le exijo que cumpla sus obligaciones, ¿cómo respondería ella?

Así como no se puede exigir que un matrimonio funcione mediante la observancia de los requerimientos legales, tampoco nuestra relación con Dios puede ser regida por la ley. Porque aunque la ley es real e

importante, el amor es el cumplimiento de la ley.

Desafortunadamente, se dicen muchos disparates sin sentido acerca del amor. Es una emoción de segunda mano. “Amor es no tener que pedir perdón”. “El amor es ciego”; y todas esas frases dulzotas que tienen muy poco o nada que ver con el amor que procede de Dios.

¿Cómo distinguimos lo verdadero de lo falso? Analicemos las siguientes “definiciones” de amor...

El amor es:

Una enfermedad llena de tristezas. –Samuel Daniel.

Locura desesperada. –John Ford.

Sarampión sentimental. –Charles Kingsley.

Un cierto tipo de guerra. –Ovidio.

Una grave enfermedad mental. –Platón.

Una incompreensión mutua. –Oscar Wilde.

La droga que hace agradable la sexualidad según el mito popular. –Germaine Greer.

Sexo hasta el final. –John Dryden.

La ilusión de ayer, la alusión de hoy y la decepción del mañana. –Warren Goldberg.

Un juego en el cual ambos jugadores siempre hacen trampa. –Edgar W. Howe.

¿Cuánto entiende usted del amor a partir de esta lista? ¿Es el amor una locura, una enfermedad, una droga sexual? ¿Ese amor es una ilusión, un tipo de juego fraudulento, o en el mejor de los casos, una total incompreensión? ¡Cuán degradada está la idea del amor que la mayoría de la gente tiene! Tristemente, esa es la forma en que muchos relacionan el amor con sus vidas, creyendo que éste es algo así como un sentimiento ilusorio.

¡Pero, cuán distinta es la realidad! Note estas definiciones desde el punto de vista cristiano:

El amor es servicio, más que un sentimiento. –John R. W. Stott.

El amor no dice, “dame”, sino “permíteme darte”. –Jill Briscoe.

El amor ama aun cuando no obtenga nada a cambio. –Roger Forster.

El amor es práctico, o no es amor en lo absoluto. –P. W. Howard.

El amor cristiano no es la víctima de nuestras emociones, sino el siervo de nuestra voluntad. –John R. W. Stott.

El amor no es ciego. La lujuria es ciega; si el amor es ciego,

entonces Dios es ciego. —Gordon Palmer.

Nadie comprenderá qué quiere usted decir cuando dice: “Dios es amor” a menos que actúe al mismo tiempo. —Lawrence Pearsall Jacks.

La Biblia no se preocupa por definir el amor con palabras, antes bien lo demuestra con hechos. Pero aquí están algunos pensamientos bíblicos sobre el amor que muestran que este principio es mucho más alto que las devaluadas ideas de este mundo:

“Tu amor, oh Dios, alcanza hasta los cielos, y tu fidelidad hasta las nubes” (Sal. 36:5, NIV).

“Pero desde la eternidad hasta la eternidad el amor de Dios es sobre todos aquellos que le temen, y su justicia con los hijos de los hijos” (Sal. 103:17, NIV).

“El amor cubre todos los errores” (Prov. 10:12, NIV).

“En tu incansable amor guiarás al pueblo que has redimido” (Exo. 15:13, NIV).

“... manifiesto amor a millares de generaciones de aquellos que me aman y guardan mis mandamientos” (Exo. 20:6, NIV).

“Porque tu amor es mejor que la vida, mis labios te glorificarán” (Sal. 63:3, NIV).

“El amor no hiere al prójimo. Por tanto el amor es el cumplimiento de la ley” (Rom. 13:10, NIV).

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece” (1 Cor. 13:4).

Juan mismo tiene mucho que decir acerca de este amor divino en sus epístolas:

“Pero el que guarda su Palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él” (1 Juan 2:5).

“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16).

“Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (1 Juan 4:12).

“En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17).

El Dios que es amor

Nosotros debemos reflejar más claramente la imagen de Dios a través de nuestra capacidad de amar. Y puesto que Dios es amor, él nos hizo; porque el amor desea tener a alguien a quien amar, alguien con quien relacionarse. Dios nos hizo para amar y ser amados, y cuando esa capacidad es mellada o destruida, entonces ya somos mucho menos semejantes a Dios en la misma medida. Es por eso que su habilidad para amar y ser amado está bajo un constante ataque, pues el maligno sabe que ésta es la mejor manera de pervertir la idea y representar mal al Dios que es amor.

Amar es darse uno mismo, y confiar en que su amor será aceptado y recompensado. Es por eso que Erich Fromm definió el amor como “un acto de fe; y cualquiera que tiene poca fe, también tiene poco amor”. En otras palabras, amar lo hace a usted vulnerable; es decir, tiene que confiar en la otra persona con todo el ser. Como dijo Fromm: “Amar significa entregarse uno mismo sin ninguna garantía, darse uno completamente con la esperanza de que nuestro amor producirá amor en la persona amada”.

¿Cómo explica Juan la forma en que sabemos lo que es el amor? El lo deletrea con cuidado para aquellos que quisieran confundir el término: “Esta es la forma en que sabemos lo que es el amor: Jesucristo dio su vida por nosotros” (1 Juan 3:16, NIV). ¡Y nada más..., tan sencillo como eso! ¿Y cuál es la consecuencia? “Y nosotros debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos”.

Esta reprensión final y clarísima es para aquellos que miran a otros cristianos como ciudadanos de segunda clase del reino de los cielos. ¡A aquellos “gnósticos” que pensaban que eran una élite espiritual, que pensaban que eran mucho mejores que los demás, se les dice que lo único que realmente cuenta es la disposición a morir por aquellos que consideraban bajos e indignos!

Juan es muy definido aquí. Una y otra vez subraya su convicción de que debemos amar en hechos y en verdad, no sólo de palabra (véase 1 Juan 3:18). El amor es ciertamente mucho más que palabras, como lo aclaró perfectamente Jesús en la cruz.

El problema de Caín

Lo que importa es la razón por la cual Juan usa la ilustración de Caín: “Nosotros no debemos ser como Caín; él pertenecía al maligno

y asesinó a su hermano Abel. ¿Y por qué causa lo mató? Porque las cosas que él hacía eran malas, y las que hacía su hermano eran justas” (1 Juan 3:12, TEV).

¿Recuerdan la historia? Caín era agricultor, y decidió dar una ofrenda de sus productos a Dios. El sabía que aquello no era lo que Dios había pedido, pero como muchos hoy, creía saber más que Dios. Pero su “ofrenda” destruía el simbolismo que Dios quería establecer: que el resultado del pecado es muerte. El sacrificio de Jesús que debía demostrarse en el sistema sacrificial no podía verse en la ofrenda de Caín, que era un producto de la tierra. Incluso puede verse en las acciones de Caín una actitud de suficiencia propia, justicia propia, y confianza en las obras de justicia propia.

“Pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante. Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido?, y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él” (Gén. 4:5-7).

El registro indica claramente que Caín sabía exactamente lo que estaba haciendo, y que su actitud ante Dios fue desafiante y llena de rebelión. Es por eso que Dios dijo con toda claridad que la misma esencia del pecado es el rechazo de Dios, y hacer la propia voluntad. Este rechazo de Dios conduce rápidamente a los resultados inherentes del pecado: ¡violencia y asesinato!

Juan añade a esta clara descripción del mal la fría declaración de que “todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Juan 3:15). En otras palabras, si nos negamos a seguir el camino de Dios, y amarnos unos a otros, entonces somos miembros de la pandilla de Caín. Esa terrible proposición debería impulsarnos a detenernos y pensar.

Reconciliación

Mi amigo Fred relata su experiencia para ilustrar lo que ocurre cuando adoptamos “el ministerio de reconciliación” (2 Cor. 5:18).

El trabajaba en la casa de un anciano. Fred pensaba que su patrón tenía más de 90 años. Un día, mientras hablaban, el hombre dijo:

—No voltees para mirar ahora. Mi hermano está pasando cerca y no quiero hablarle. De hecho, hace 40 años que no le hablo.

Fred quedó impresionado, y sugirió que siendo que ambos hombres ya eran bien entrados en años (“¡ustedes dos ya tienen un pie en la tumba”, le dijo en forma directa!), era tiempo de hacer las paces. Quizá podía hablarle a su hermano o escribirle una carta.

—Muy bien —dijo el hombre—, si mi hermano deseara hablarme o escribirme, yo lo aceptaría. Pero no voy a ser el primero en actuar.

Pero Fred le sugirió la posibilidad de iniciar el proceso.

Dos días más tarde, Fred estaba sentado en un restaurante cuando el anciano apareció y le dijo que había seguido su consejo.

—De hecho, no puedo detenerme, voy a ver a mi hermano ahora mismo —afirmó. Fred le deseó lo mejor, y le dijo que estaría orando por los dos.

Más tarde Fred supo que los dos viejos hermanos se habían reunido y hablado por primera vez desde hacía cuarenta años. ¡Ni siquiera podían recordar la razón por la cual se habían enemistado durante tantos años!

Y dos meses después ambos murieron. Qué trágico haber desperdiciado cuarenta largos y preciosos años que podrían haber sido utilizados en enriquecerse con el amor fraternal. Pero al menos se habían reconciliado antes de morir.

Con cuánta más razón necesitamos nosotros compartir nuestro ministerio de la reconciliación, pues es una demostración activa de la forma en que “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19).

Porque el amor de Dios es la respuesta a la separación que produce el pecado: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Rom. 8:35). Jesús es Dios que hace lo posible para que volvamos a él. Jesús es la conexión, el eslabón, el puente, la escalera, el camino.

¿Cómo? Porque Jesús mismo es Dios. “El que me ha visto a mí ha visto al Padre”. “Yo y el Padre una cosa somos”. (Juan 14:9; 10:30). Dios proveyó el camino... que es él mismo. Porque “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8).

¿Ha peleado usted alguna vez? ¿Se ha enojado de veras con alguien? ¿O ha tenido una pelea familiar? ¿Una enemistad muy antigua? ¿Como la de aquellos dos hermanos ancianos de la historia?

Todos nos hemos airado contra alguien en algún momento... y la amargura puede ser grande. Y sin embargo, una vez que ha pasado, cuando el rayo de la ira ha desaparecido, entonces el proceso de volver

a unirse debe comenzar. Puede ser que tome mucho, mucho tiempo. Pero una tremenda sensación de amor nos invade cuando se ha realizado una reconciliación: la relación ha sido restaurada.

Lo mismo ocurre entre nosotros y Dios. Nosotros somos los equivocados. Nosotros somos los culpables, los pecadores, los de malas entrañas. Y sin embargo, a causa de su inmensurable amor y bondad, y porque sabe que no podemos hacerlo solos, Dios toma la iniciativa y hace todo lo posible porque volvamos a estar en paz con él.

¿Quién lo hace todo? Dios, no nosotros, sólo Dios. Lea cómo lo hace en 2 Corintios 5:18, 19; Hebreos 2:17 y Colosenses 1:19-22.

¿Pero qué significa esta reconciliación? ¿Adónde va usted después de haber sido reconciliado? ¿Será que la gente después de haber arreglado sus disputas, después de una reconciliación, dice simplemente "adiós", y lo deja todo así? La reconciliación implica un proceso futuro, un ejercicio de la reconciliación. Juan hace claro que necesitamos poner la reconciliación en acción. "Pero si el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" (1 Juan 3:17). Debemos ponernos en acción y asegurarnos de que el amor de Dios se refleje en nuestro amor por nuestros prójimos, los seres humanos.

¡De muerte a vida!

"Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte" (1 Juan 3:14).

Extraño, ¿verdad? Podemos saber algo, y sin embargo rehusamos aceptar ese hecho que afecta nuestras vidas. Podemos concordar en que algo es correcto, y sin embargo, rehusamos hacerlo. Podemos aceptar que cierto curso de acción nos ayudará, y sin embargo, no lo seguimos.

Esto ocurre con frecuencia en al área de la salud. Estábamos enfermos y nuestro médico nos dijo que a menos que cambiáramos nuestros hábitos, nuestra dieta, nuestro estilo de vida... empeoraríamos, y quizá moriríamos. Lo extraño es que tanta gente entienda la sabiduría que encierra lo que su médico le dijo, y sin embargo, no siguen su consejo. ¿Por qué no?

¿Porque son flojos?

¿Porque no quieren incomodarse?

¿Porque les parece que es demasiado complicado?

Hay centenares de respuestas a estas preguntas. Pero cualquiera sea la razón, no responden al llamamiento, no toman el buen consejo en serio.

Necedad, dirá usted. Si tan sólo hicieran lo que se les aconseja, imagínense cuánto mejor sería. Pensemos en los tremendos beneficios. ¡Pensemos en lo que pierden. Es torpe no hacer algo al respecto cuando usted sabe y puede!

¿Qué en cuanto a nosotros y Dios? Ya vimos que estábamos enfermos; ¡de hecho, se nos había dicho que ya estábamos muertos! Necesitábamos ayuda desesperadamente. Y ya hemos visto que la ayuda está allí, que Jesús ha hecho todo para que podamos acercarnos a Dios, la misma fuente de la vida.

Dios nos da sus dones gratuitamente servidos en bandeja de plata: sin dinero y sin precio. Y usted había pensado que todos estarían ansiosos de arrebatarla. Pero no. Dios tiene que *apelar* y suplicarnos a que aceptemos su maravilloso regalo. ¿Puede usted imaginar a alguien ofrecer algo de tan tremendo valor, y luego tener que suplicarle para que lo acepte? Pues eso precisamente ha hecho Dios con nosotros.

La súplica de Dios

"¡Volveos!", dice Dios. "¡Volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué moriréis, oh casa de Israel?" (Eze. 33:11).

Jesús nos suplica a todos cuando dice: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mat. 23:37).

En una vívida descripción del llamamiento desgarrador de Dios, dice: "Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor" (Rom. 10:21). Y nos pide: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en que te he molestado? Responde contra mí" (Miq. 6:3).

Dios llora por su pueblo, y nos pregunta por qué estamos dispuestos a morir antes que aceptar su don; por qué creemos que es una carga, por qué no respondemos.

Porque a pesar de las buenas nuevas de salvación ofrecidas a través de Cristo Jesús, el hecho es que demasiado pocos responden a la oferta divina. En nuestro rechazo de su amor vemos el rostro bañado en lágrimas de Dios.

Venir a Dios

Necesitamos venir a Dios. "Venid a mí", dice Jesús. "Si estás sediento, ven a mí y bebe". "Venid a las bodas", "Venid, la cena está preparada" (véase Isa. 55:1; Mat. 22:4; Luc. 14:17).

Ven a Dios, amigo, y acepta su camino para reencauzar tu vida. Ven a Dios. "Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Apoc. 22:17).

Y si nos sentimos indignos, y nuestra conciencia parece condenarnos, recordemos que en la medida en que amamos a Dios, verdaderamente pertenecemos a él:

"Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas" (1 Juan 3:19, 20). ¡Qué maravilloso Dios!

CAPITULO 8

Probad los espíritus

I Juan 4:1-6

Sentido espiritual

Evelyn Glennie es una de las percusionistas mundialmente más conocidas. Desde los xilófonos hasta el órgano de campanas, pasando por los tambores y los timbales, es una virtuosa superdotada. Toca más de doscientos instrumentos, y siempre está experimentando con muchos más. Tiene una asombrosa habilidad para la música. Pero hay algo más que usted debería saber con respecto a Evelyn Glennie.

Es totalmente sorda.

Una vez, mientras observaba un documental acerca de esta brillante artista, ¡me preguntaba cómo lo haría! ¿Cómo puede una persona ser tan aguda y expresiva y sin embargo no tener la capacidad de escuchar lo que está tocando?

Ella lo explicó. Su maestra de música en la escuela le había pedido que pusiera sus manos contra la pared, y entonces le preguntó qué tipo de sonido producían los dos tambores que estaban siendo tocados. Evelyn pudo saberlo porque podía sentir y distinguir a través de sus manos las vibraciones en la pared. Podía, literalmente, sentir los sonidos.

Tras desarrollar esta habilidad, ella puede describir perfectamente cómo siente cada instrumento en las vibraciones que su cuerpo percibe. Los sonidos profundos que salen de las notas bajas. Las vibraciones agudas y breves de las notas altas, y así por el estilo. A través de un lenguaje y sonidos extraños, describe "la vibración formal" de cada instrumento.

Si usted o yo hubiéramos sido Evelyn Glennie, ¿qué habríamos hecho? ¿Habríamos dicho que con semejante incapacidad la música era una destreza prácticamente inalcanzable? Probablemente. Pero

desarrollando y ejercitando plenamente un sentido que la mayoría de nosotros ignora, ella ha llegado a ser un ejemplo de cuánto puede hacerse en el mundo de la música aun cuando usted sea sordo.

¿Y qué en cuanto a lo espiritual? Podríamos decir que somos ciegos espiritualmente. Pero la sensibilidad espiritual puede desarrollarse igual que los sentidos físicos. Sólo mediante la práctica repetida podemos crecer... y debemos hacerlo.

Probad los espíritus

Somos necios si somos espiritualmente crédulos; ¡es decir, creer todo lo que nos digan! El solo hecho de que alguien pretenda hablar en nombre de Dios no lo convierte en profeta de Dios. "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo" (1 Juan 4:1).

Juan se refiere aquí a aquellos que promovían la idea de que Jesús no era verdaderamente humano. Ellos pensaban que Jesús era una "emanación" de Dios, algo así como un fantasma o espíritu: un Ser que sólo "parecía" haber tomado forma humana. Pero Juan sabía que negar la humanidad de Jesús era atacar las mismas raíces del evangelio. Jesús vino como uno de nosotros, a vivir entre nosotros y a morir por nosotros... para mostrarnos cómo es Dios en realidad. Y Jesús no quiso usar su divinidad ni se aprovechó de ella, sino dependió de su Padre celestial como debemos hacerlo nosotros. Más todavía, negar la humanidad de Cristo es negar que fue tentado en todo como nosotros y sin embargo, vivió sin pecado (véase Heb. 4:15).

Al considerar la naturaleza de Cristo, tales extremos deben ser rechazados. Aquí Juan ataca a aquellos que niegan la humanidad de Cristo. En su Evangelio, particularmente en el primer capítulo, ataca a aquellos que niegan la divinidad de Cristo. Ambas concepciones erróneas destruyen el mensaje evangélico de Jesús, que era totalmente Dios y totalmente hombre, que revela en su humanidad el carácter de Dios.

El problema no son realmente aquellos que atacan a la iglesia desde afuera. El verdadero peligro está en quienes la atacan desde adentro, aquellos que pretenden tener el Espíritu de Dios.

Juan simplemente dice que, "a causa del Espíritu que Dios nos ha dado sabemos que vive en unión con nosotros" (1 Juan 3:24, TEV). ¡Pero esta misma pretensión la tienen grupos disidentes dentro de la iglesia! Por eso Juan ataca el problema aclarando que aquellos que no

están de acuerdo con el mensaje histórico de Jesús no pueden tener el Espíritu de Dios. Si niegan que Jesús vino en "la carne", están equivocados. También están errados si contradicen la verdad que ya se ha predicado: "Nosotros somos de Dios; y el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error" (1 Juan 4:6).

¡Esta última afirmación de Juan puede parecer arrogante: "nosotros somos de Dios", y sería mejor que usted nos escuchara, porque le decimos la verdad! Pero Juan aquí no hace simplemente una afirmación. La evidencia está en sus epístolas, también en su Evangelio; y más importante aún, en todas las enseñanzas que dio como testigo presencial de Jesús.

Falsos profetas

Muchos falsos profetas combinan algo de verdad en su sistema de error. Algunos suenan muy piadosos y actúan con gran celo religioso. Y hasta son muy convincentes cuando afirman "he recibido este mensaje de Dios mismo". Pero Juan dice que aun cuando suenen muy convincentes, y parezcan justos, ¡"probad los espíritus"!

Recuerdo a un colega de cuando yo trabajaba en la industria, que me dijo un día en confianza que recibía revelaciones. Yo invité a Martín a nuestra casa para que nos explicara su experiencia y llegó rodeado de varios "discípulos", todas mujeres jóvenes. Comenzó su perorata desde un punto de vista aparentemente cristiano, pero a medida que hablábamos se hizo cada vez más evidente que su enseñanza estaba plagada de misticismo oriental. Habló del "ojo de la fe" que se necesitaba para descubrir la verdad, y que sólo aquellos que lo descubrieran (¡bajo su dirección!), podían lograr la salvación. Martín se asemejaba en muchas formas a aquellos a quienes Juan atacaba. Ellos hablaban de "conocimiento especial" y de "revelaciones secretas". A medida que la noche avanzaba, sus ideas fueron desviándose más y más de la Biblia. Yo seguí llamándole la atención una y otra vez a que volviera a las verdades bíblicas, y "probandos los espíritus", mediante "la ley y el testimonio", y "por sus frutos", y así por el estilo.

La conversación comenzó a acalorarse más y más, y entonces repentinamente una de las muchachas interrumpió con una maldición contra la Biblia. No querían escuchar que su líder fuera contradicho con la Biblia, y por lo tanto preferían deshacerse de ella antes que

abandonar sus creencias en su amado gurú.

En ese punto la situación se volvió totalmente clara para mí. Cualquiera que maldice la Biblia no puede tener la verdad, y así se lo dije. Pronto se fueron, aun cuando yo anhelaba compartir con ellos otras verdades de la Escritura que conocía. Pero aquellos que habían rechazado la Biblia como fuente única de la verdad acerca de Dios no se dejaron ayudar. "Todo espíritu que no reconoce a Jesús no es de Dios" (1 Juan 4:3, NIV).

¿Necedad?

Somos necios si aceptamos cualquier cosa que pretenda ser la verdad sin previa investigación. En el mundo material no procedemos así. ¿Por qué, entonces, habríamos de ignorar el don divino de la habilidad mental para examinar la verdad o cualquier otro asunto del reino espiritual?

Algunas veces esta idea se la presenta como "racionalismo", porque quiere ver la evidencia y probar la validez de lo que se presenta como "verdad divina". Se sugiere que deberíamos ser "convencidos" por el "cálido sentimiento" que se supone la verdad produce. Una vez más el problema es que hay muchas creencias religiosas cuyos adherentes sienten que ellos producen ese "cálido sentimiento" de modo que pueden estar seguros de que es la verdad.

Dios no quiere que basemos nuestras creencias y que confiemos en él por lo que sentimos, aun cuando no debemos dejar nuestras reacciones emocionales fuera del contexto de nuestra fe. Incluso, nos anima diciendo "gustad, y ved que es bueno Jehová" (Sal. 34:8); nos anima a experimentar y examinar por nosotros mismos la verdad que él quiere revelarnos.

Se nos dice que debemos probar la voluntad de Dios; en fin, que debemos probar todo:

"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2).

"Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Tes. 5:21).

Se nos instruye también a probarnos a nosotros mismos: no confiar en lo que sentimos o no sentimos, sino examinar la evidencia de las creencias cristianas en nuestras propias vidas:

"Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo

está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (Rom. 13:5).

"Así que cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro" (Gál. 6:4).

Como los escudriñadores de la Escritura de Berea que comprobaban todo lo que Pablo había dicho mediante la referencia al Antiguo Testamento, para asegurarse de que lo que presentaba era verdad (véase Hech. 17:10, 11), así también nosotros debemos conocer la Escritura tan bien, que seamos capaces de determinar si cualquier declaración que escuchamos armoniza con la Biblia o no. ¡Hemos de ser creyentes que se basan en la Biblia!

Ciencia

Los verdaderos principios de la ciencia se aplican tanto a la verdad espiritual como a cualquier otra verdad. Mientras hacía mi carrera de química aprendí mucho acerca del método científico, el cual cuando se aplica apropiadamente conduce a una mejor y más profunda comprensión de lo que es realmente la verdad. En primer lugar, usted examina la evidencia que está a la mano. Usted no viene con su mente llena de prejuicios, sino ansioso de descubrir lo que es verdadero. Luego puede establecer una teoría que encaje con los hechos que se le presentan; una hipótesis, si gusta. Luego diseña un cierto tipo de prueba experimental que le ayudará a determinar si su teoría es correcta o no.

¡Veamos el experimento con el nitrógeno triyodado!

Claro que nosotros, químicos bisonos, habíamos leído acerca de esta sustancia. Incluso teníamos algunas ideas de la forma en que debería prepararse, lo cual no revelaré por razones que después serán muy obvias.

Nuestro examen de la evidencia escrita nos llevó a creer que este compuesto químico podría ser bastante inestable, y se hace de dos elementos muy diferentes que normalmente existen independientemente. Así que teníamos lista nuestra teoría. Pero ahora deberíamos probarla.

Entonces mezclamos varias soluciones químicas y produjimos un precipitado purpúreo que podía filtrarse. Mientras todavía estaba húmedo, era muy fino, pero nuestra teoría quedó probada como correcta cuando éste se secó.

Todavía recuerdo el momento emocionante cuando tocamos una pequeña muestra de este polvo purpúreo. ¡Hizo una pequeña explosión con un chisporroteo, ¡y donde una vez hubo un polvo, ahora había una

nube purpúrea!

Habíamos demostrado que nuestra teoría era correcta. Y continuamos nuestras “pruebas” de esta sustancia purpúrea cubriendo con ella todos los picaportes de las puertas y los escritorios con una pasta húmeda de nitrógeno triyodado. Dejo a su imaginación lo que ocurrió cuando el maestro de química abrió la puerta y se dirigió a su escritorio...

Cuando vamos a la Biblia hemos de comparar Escritura con Escritura, hemos de usar nuestras mentes guiadas por el Espíritu Santo, y hemos de asegurarnos *por qué* creemos. Necesitamos evaluar la evidencia, y probar las afirmaciones.

El fin

Porque a medida que el fin se aproxima, el gran engañador presentará señales milagrosas como “evidencias”. Si hemos permitido que nuestras mentes se inclinen al impulso de lo supuestamente sobrenatural, seremos engañados. Cualquiera de nosotros que hace tales milagros y aparentes manifestaciones del “Espíritu” como una prueba de fe, descubrirá que la habilidad de Satanás para falsificar lo llevará a creer en un plausible “ángel de luz”. Se nos amonesta a no creer en las pretensiones de seres humanos ni en los milagros de supuestos ángeles. Especialmente cuando éstos tienen que ver con la presentación angélica de “otro evangelio” otra “versión” de la verdad; hemos de estar alertas a la señal de alarma:

“Pero si nosotros o un ángel del cielo predica un evangelio diferente del que os hemos predicado, que sea eternamente condenado” (Gál. 1:9, NIV).

Ultimamente se han investigado en la TV las afirmaciones de ciertos “gurúes”. ¡Estos falsos profetas modernos expresaron diversos tipos de ideas, especialmente para ganar dinero y seguidores! Algunos cantaban en lenguas orientales. Otros tenían círculos especiales de devoción. Algunos incluso tenían artefactos de alta tecnología para determinar “áreas de salud” dentro de las casas de las personas, administrando consejos como dónde dormir, y dónde guardar la cartera (¡yo sugeriría que fuera tan cerca de su persona como sea posible!). Personas que transitan como adivinos de dónde hay agua, que muestran dónde están las “líneas de poder”. Incluso dando consejos en cuanto a la Madre Tierra y sus dones de fertilidad...

La verdadera tragedia era que muchas personas, gente aparente-

mente sensible y racional, estaban más que dispuestas a tragarse toda aquella tontería. El paganismo está vivo todavía, y está actuando bajo una máscara cristiana. ¡El consejo de “probad los espíritus” es hoy en día más importante que nunca!

Y esto no ocurre sólo en el mundo no cristiano. Hace poco asistí a una Convención de Editores Cristianos en el Reino Unido (Inglaterra), y pregunté a uno de ellos lo que la gente compraba en esos días. Tuve la esperanza de que dijeran que la gente compraba la Biblia y buenos libros basados en la Biblia con profundo discernimiento espiritual. Pero su respuesta casi me dejó en estado de “shock”: “Lo que los cristianos buscan hoy son libros que tratan sobre lo espectacular, milagroso, fascinante. Sentimientos y experiencias asombrosas es lo que quieren”. ¡Cuán terriblemente lamentable es que esa sea la forma como la “mayoría vota” entre los cristianos...

El consejo que Juan nos da no es nuevo. Recordemos lo que Dios aconsejó al antiguo Israel:

“Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciara señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma” (Deut. 13:1-3).

Lo triste es que lo anterior es lo que muchísima gente quiere actualmente, aun en el mundo religioso. Quieren señales y milagros, y casi los *exigen*. Pero recordemos las palabras de Jesús en respuesta a tales demandas:

“Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás” (Mat. 12:38, 39; véase también 1 Cor. 1:22).

Las falsas religiones del mundo moderno entontecen a la gente apelando a sus deseos por lo novedoso y extraordinario. Confunden, asombran y engañan al mismo tiempo, y cuando usted sugiere que antes le gustaría investigar, responden: “¡No haga preguntas! ¡Acepte todo por fe!”

Pero ésta no es fe bíblica. Porque, ¿cómo actúa Dios? Como Jesús

en el camino a Emaús. Jesús no maravilló a los dos discípulos por su autoridad, mediante señales asombrosas, sino que los convenció *apelando a la verdad de las Escrituras* (véase Luc. 24:13).

Recuerde las advertencias:

“Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mat. 24:24). “Inicuo, cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tes. 2:9, 10).

La pregunta importante no se refiere a los fuegos de artificio ni a las maravillas, sino: *¿es la verdad?*

No venceremos por nuestra fortaleza y poder, sino por tener a Dios y su verdad. “Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

Hemos de revelar en nuestras vidas que Jesús —totalmente divino y completamente humano— es la fuente y la suma de nuestras creencias. Sólo entonces probaremos que tenemos el espíritu correcto; sólo entonces tendremos la autoridad para exaltar la verdad; sólo entonces Jesús verdaderamente “vivirá en nosotros”. Así, no sólo nosotros, sino otros también, podrán reconocer al Espíritu de Dios (véase 1 Juan 4:6).

Un amigo mío, cristiano, estaba intrigado por las creencias de los espiritistas. De modo que asistió a uno de los servicios de una iglesia espiritualista, donde el tema anunciado era “¿están vivos los muertos?” Además estaba anunciado que se darían pruebas incontrovertibles en dicha reunión. Recordando lo que la Biblia dice acerca del estado de los muertos, mi amigo se puso un poco nervioso, y dudó un poquito si quedarse en la reunión o no.

Cuando se pusieron de pie para entonar el himno de apertura, notó que el piano tocaba solo. ¡Eso fue suficiente para él! Salió y no se detuvo para descubrir si aquéllo era un fraude o si algún “espíritu” estaba tocando.

Saber lo que la Biblia dice acerca de tales temas debiera bastarnos y no deberíamos exponernos a semejantes situaciones. Si no somos capaces de reconocer el espíritu de falsedad, entonces estaremos completamente expuestos al engaño.

¡Probad los espíritus!

CAPITULO 9

La forma en que Dios es amor

I Juan 4:7-21

No calcula

Tomé mi computadora portátil, listo para enfrascarme en el trabajo. Sonreí porque sentía que me estaba organizando. Usando los recursos de la alta tecnología moderna, me encontraba en la línea de fuego para ver lo que está ocurriendo en nuestro mundo actual. En esa ocasión debía realizar una investigación de alto nivel en la biblioteca. *Mira a toda esa pobre gente, pensé, que todavía trabaja con papel y pluma.*

Fue en ese momento que me di cuenta, y apenas si logré ahogar un grito antes que me saliera por la garganta. *¡Había olvidado el cable para conectar mi computadora! ¿Cómo es posible que me haya ocurrido aquello? ¡Cuán frustrantemente necio puede uno ser! Contemplé el inútil artefacto colocado en la mesa, muerto, sin vida, enfrente de mí. Miré por todos lados, preguntándome quién me estaría viendo y notando mi estupidez. Cerré la computadora y la puse de nuevo en su caja, tratando de aparentar indiferencia y total despreocupación.*

En mi interior estaba muy enojado y a punto de explotar. ¿Cómo pudo ocurrirme aquello? Torpe, menguado, pedazo de alcorcho, necio, cabeza dura (¡me faltaron expresiones insultantes para echármelas encima!) ¡Traer una computadora sin cable para conectarla! Tan inútil como un carro sin combustible o una linterna sin baterías. ¡No había poder, ni cómo obtenerlo!

Aquella situación era simbólica, después de todo. A semejanza de este mundo, tan lleno de maravillosas invenciones, pero carente de poder espiritual. Incluso como aquellos que dicen que pertenecen a Dios y pretenden tener su Espíritu, pero que con el tiempo niegan ese poder en sus vidas (véase 2 Tim. 3:5). Como yo, que a pesar de toda

mi preparación teológica y experiencia en la iglesia, estoy muerto y sin vida cuando carezco del poder de Dios.

Así que había que volver a lo básico. Incluso sin mis maravillas teológicas y mis artes computacionales, todavía podía trabajar. Les sonreí a algunos asombrados estudiantes que me observaban cuando puse mi computadora a un lado. Riéndome de mi propia torpeza, tomé mi pluma y...

El poder del amor

El poder de Dios es su increíble amor. ¡Dios y el amor se encuentran juntos en catorce versículos de 1 de Juan! ¿Cuál es el mensaje para nosotros allí?

Yo creo que el mensaje de Juan surge de su propia experiencia al estar de pie junto a la cruz, observando los ojos de su Salvador agonizante. De todos los discípulos, fue el único que estuvo al pie de la cruz. ¡Únicamente las valientes mujeres estuvieron allí con él! Un triste comentario acerca de la lealtad y el amor de los demás...

Pero Juan vio a Jesús mostrar el amor de Dios en la agonía de la crucifixión. Lo vio tomar sobre sí las consecuencias del pecado, mientras sufría la muerte que el pecador merecía. Juan vio todo eso. Vio lo que significa realmente el amor; la forma en que se llevó a cabo la salvación; la forma en que somos reconciliados con Dios. Juan reconoció que “en esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:9).

Reparación

La expiación es el corazón del evangelio. Desafortunadamente quizá la misma palabra “expiación” en un castellano moderno puede contener un mensaje diferente de la idea original. Cuando uno expía algo en la actualidad, lo que se entiende es que estamos enmendando algo, aplacamos la ira o suavizamos la hostilidad.

Yo llego tarde al trabajo. Mi jefe está enojado y molesto. Yo lo “aplaco” (expío) por haber violado las reglas de la oficina y prometo quedarme horas extras en la tarde. Tales ideas de “expiación” –pagar por una ofensa– son algo que está lejos del sentido original exacto de la palabra que es *at one* (atone en inglés = expiar, reparar una falta), hacer o llegar a ser de dos uno.

Por lo tanto, la expiación de Cristo consiste en ayudarnos a volver a Dios; o en un mejor lenguaje, hacernos uno, volvernos a la armonía, restaurar la unidad, restablecer la unión. Todo esto refleja la idea de quitar la separación y traer la unidad.

Las teorías tradicionales de la expiación son insatisfactorias en cierto sentido porque no captan la realidad de lo que Cristo ha hecho. La mayoría de ellas se espacian en la *legalidad* (la forma en que un Dios justo puede perdonar y salvar legalmente a los pecadores). Nótese que son teorías, puesto que la Biblia no da una teoría definida de la expiación. ¡Lo que la Escritura hace es decirnos qué ocurrió!

Las famosas teorías del pasado tienen que ver generalmente con la forma en que la sociedad estaba estructurada en aquel tiempo. Lo que Anselmo entendía por expiación refleja conceptos feudales de cómo hacerle frente al honor de Dios que ha sido ofendido. Las ideas de los reformadores quedaron enmarcadas en el fondo de las demandas de una ley impuesta, con un nuevo interés en el antiguo sistema legal romano. Para muchos de los primeros padres de la iglesia, la teoría de la expiación surge de las ideas del trueque, como ocurría en un antiguo mercado del Medio Oriente, y así por el estilo.

Pero con una comprensión más clara del Gran Conflicto tenemos una percepción especial de lo que significa la expiación y la forma en que se llevó a cabo. La pregunta real es dónde estuvo el error. Si somos capaces de comprender los problemas que el pecado causó en el universo, entonces podemos ver en la expiación la maravillosa solución de Dios.

Si bien la ley y el gobierno de Dios fueron cuestionados por Satanás, lo que verdaderamente estaba en tela de juicio eran las relaciones entre Dios y sus hijos creados. ¿Era Dios digno de confianza y amante como pretendía? ¿Era Dios justo y verdadero, o un tirano cruel? ¿Cómo podría determinarse esto?

Cuando Adán y Eva pecaron, ese hecho fue más que la violación de ciertas reglas, fue el rompimiento de sus íntimas relaciones con su Padre y Creador. Por tanto, cuando Jesús hace expiación no trabaja simplemente con obligaciones legales, sino que busca la manera de restaurar la relación de amor y confianza que el pecado había destruido. Recuerde que, como la Biblia aclara, lo que necesita cambiar no es algo que tiene que ver con Dios, ¡somos nosotros los que debemos ser cambiados! Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo. En

ninguna parte de la Escritura se dice que Dios necesitaba ser reconciliado. La ofensa, el problema, no era de Dios, sino de los rebeldes pecadores.

Tampoco el sacrificio de Cristo es un medio para aplacar a Dios y persuadirlo a que nos ame otra vez. Al contrario, como dice Juan, es por causa del amor de Dios que vino Cristo a ser nuestra salvación: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 4:10).

El amor divino necesitaba ser explicado en forma clara. Al mirar hacia atrás, Pablo vio lo que Dios quería decir: "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1 Cor. 13:4-7).

Una maravillosa descripción del amor que procede de Dios, y que tan raramente encuentra eco en nuestra manera de amar. Al contrario, el amor humano es, con mucha frecuencia, exactamente lo opuesto: impaciente, falta de bondad, envidioso, jactancioso, orgulloso, rudo, busca lo suyo, gruñón... Esta clase de "amor", mantiene un registro de errores y se deleita perversamente en el mal y odia la verdad...

A nuestra naturaleza humana le gustaría de alguna manera acreditarse algún mérito por la salvación. Algunos, incluso, sugieren que es un cierto tipo de consorcio: nosotros amamos a Dios, y él nos ama a nosotros, y ésta es la forma en que somos salvos. La idea de que nosotros venimos a Dios por nosotros mismos y le damos nuestro amor, a fin de que él pueda darnos el suyo y luego salvarnos, es exactamente lo opuesto a la verdad.

No nos representemos como "gente bastante buena que lo único que necesita es un poco de reparación". Pongámonos mejor en las manos de nuestro amante y divino Médico y permitámonle que nos cure de todos nuestros pecados y enfermedades.

El significado de "Dios es amor"

1 Juan 4:7-21 es, seguramente, el pasaje más poderoso de dicha epístola. Aquí se encuentra la declaración clara y directa de que *Dios es amor*, y lo que ella significa para los cristianos.

Juan no define el amor como un vago sentimiento de atracción o infatuación física. El amor divino es poder, e implica fortaleza intelectual y moral. No es precisamente una clase de impulso momentáneo. El amor divino es constante, un principio que se basa en el carácter de Dios mismo. Este principio viviente es nuestro únicamente en la medida en que tengamos una conexión real y viviente con Dios, una verdadera relación con él. Cuando Jesús resumió la ley, dijo que la misma esencia de nuestras creencias es el amor a Dios y a nuestros prójimos, los seres humanos.

Conocer verdaderamente a Dios es amarlo. Puede ser que el diablo "conozca" a Dios, pero no desea tener esa profunda e íntima relación con él. Como dice Juan: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios" (1 Juan 4:7).

Aquellos a quienes Juan les escribía creían que todo lo que se necesitaba era un conocimiento especial de Dios, algunos "secretos de salvación". Al llegar a esta conclusión se veían a ellos mismos como "especiales" y por lo tanto excluían a otros cristianos. Consecuentemente, no tenían lugar en su esquema religioso para otros que estuvieran fuera de su grupo particular. Esto es completamente erróneo, dice Juan. "El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (1 Juan 4:8).

Si nos pusiéramos a interpretar un poquito aquí, Juan estaría diciendo: "Es posible que ustedes arguyan que tienen un conocimiento especial de Dios. Y piensen que serán salvos en base a lo que conocen. Pero el conocimiento que tienen no les servirá de nada. Porque si ustedes tuvieran un verdadero conocimiento especial de Dios, reconocerían que Dios es amor, y que ustedes deben mostrar este mismo tipo de amor a otros".

Pero antes que consideremos nuestro amor a Dios como algo que puede ganar la salvación, Juan señala rápidamente lo que realmente es el amor: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 4:10).

El amor de Dios se crea en nosotros a través del amor que él nos tiene. Es la *respuesta* a la salvación de Dios, no la causa. Cuando aceptamos este amor divino, este principio de poder, entonces nuestros caracteres son cambiados, nuestras pasiones son controladas, nuestros

pecados son perdonados y nosotros somos sanados. Jamás lograremos realizar esto *tratando* de amarnos unos a otros. Todos los esfuerzos del mundo no servirán de nada a menos que amemos a Dios y le permitamos obrar en nosotros, "así el querer como el hacer" (véase Fil. 2:13). De hecho, cuando estamos conectados con Dios a través del amor, éste surge en nosotros espontáneamente.

Es por eso que podemos amarnos unos a otros como cristianos... porque tenemos una relación común con Dios. Todos somos parte de la misma familia, y nos amamos unos a otros como Dios nos ha amado (véase 1 Juan 4:11).

Tristemente, ocurre a veces que incluso familias felices riñen entre ellas. La ira, la hostilidad y la amargura pueden reemplazar al dulce espíritu del amor y el gozo. Recuerdo a una familia que parecía compartir todas las cosas. Los niños siempre expresaban su amor los unos a los otros mientras crecían. Los padres mostraban su amor para con sus hijos y eran bondadosos y considerados.

Un día los padres murieron en un trágico accidente automovilístico. Ellos habían hecho provisión en su testamento para cada uno de sus hijos, que ahora ya estaban en la edad adulta. Pero cuando se leyó el testamento, los hijos empezaron a airarse y a pelear unos contra otros en cuanto a quién se quedaría con qué. Y hasta el día de hoy siguen sufriendo y son enemigos acérrimos.

Esto puede ocurrir en la iglesia también. ¡Con mucha frecuencia se olvida el espíritu de amor, cuando los miembros discuten sobre quién tocará el órgano o quién deberá arreglar las flores o quién se sentará aquí o allá! ¡Recuerdo una iglesia que estaba totalmente dividida por discusiones en torno a lugares de estacionamiento!

Argumentos infantiles, fútiles, necios. Sin embargo, parecemos caer en ellos fácilmente. Si esto es cierto, deberíamos preguntarnos a nosotros mismos por qué sucede así. ¿No será porque el diablo utiliza todos los métodos posibles para destruir a la iglesia? ¡Aprovechando la irritación y aspectos negativos de nuestros caracteres obtiene gran éxito!

Así que permítame preguntarle, como les he preguntado a los miembros de iglesia involucrados en tales riñas, ¿qué cosa le gustaría que lo dejara fuera del reino de los cielos? ¿Su asiento en la iglesia es tan importante para usted? ¿El lugar donde estaciona su carro? ¿El que usted toque o no el órgano esa semana en particular?

¿Que usted gane la discusión con el hermano José en cuanto a quién lleva el sombrero más apropiado? ¿Que usted le gane puntos al señor García en las discusiones bíblicas? ¿Que usted esparza rumores y chismes en cuanto a ciertos adolescentes que han cometido errores y han caído en algún pecado?

El amor no es así. Recuerde que el amor no guarda registro de los errores, ni es orgulloso ni egoísta. Más bien, "si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros" (1 Juan 4:12).

¡Qué asombrosa declaración! *El amor de Dios se perfecciona en nosotros*. Nosotros somos la arena en la cual Dios revela su amor de la manera más elevada, donde queda demostrado que él verdaderamente es un Dios de amor. Y si el amor de Dios se perfecciona en nosotros, ¿qué debería ocurrir entonces?

Juan responde la pregunta por nosotros. "En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Juan 4:17).

Amor y temor

¿Le teme usted al juicio? ¿Le llena de terror el solo pensamiento de hacerle frente al juicio final? Si bien no debemos adelantar el juicio, ni anticiparlo antes que ocurra, nos conviene estar seguros. No de nosotros mismos, sino de dónde estamos con relación a Dios. Tenemos la seguridad, como dice Juan, porque nuestra vida refleja la de Cristo. Sólo en la medida en que llegamos a ser más semejantes a Cristo, podemos hacerle frente al futuro. Y eso significa que debemos poseer un amor semejante al suyo. ¿Por qué?

Porque "en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor" (1 Juan 4:18). Muchas veces leemos este pasaje como si quisiera decir que si tenemos perfecto amor, entonces no tenemos por qué estar temerosos. Pero en el contexto Juan está hablando del amor perfecto de Dios. El amor de Dios, cuando es recibido, hace posible una vida libre de temor.

Hace tiempo escribí un libro sobre el temor, y de cómo Dios pone fin a nuestros temores a través de su perfecto amor por nosotros. Este libro fue traducido al ruso y mucha gente de ese torturado país ha expresado su aprecio por él. Pero el testimonio más conmovedor del

maravilloso don del amor que pone fin al temor llegó de la ex Yugoslavia. Allí una niña que vivía en la zona del conflicto leyó el libro, y halló paz y calma en el Dios que pone fin a nuestros temores. Sólo el perfecto amor de Dios, demostrado en el Calvario, puede acabar con nuestros temores.

¡Especialmente nuestros temores con respecto a Dios! Quizá uno de nuestros mayores temores haya sido acerca de Dios y lo que nos hará a menos que nos sometamos a él. La primera persona a quien se le temió en la historia fue a Dios. Recordemos que Adán y Eva huyeron de Dios y se escondieron después de haber roto su relación de confianza con él. Incluso Adán admitió que tenía miedo (véase Gén. 3:10). Pero Juan dice: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor" (1 Juan 4:18).

¿Cómo puede usted amar a alguien a quien teme? Son actitudes incompatibles. Recuerdo muy bien a una joven mujer que había sido criada temiendo de verdad a Dios quien me dijo: "Yo sé que tarde o temprano caeré en las manos de Dios, pero nunca podré amar a ese tirano".

No. La verdad es que si le tenemos miedo a Dios, no podremos amarlo. La mayoría de nuestros temores provienen de malentendidos acerca del juicio. Si fuese cierto que Dios tortura deliberadamente a las personas por sus pecados cometidos, ¿cómo puede usted amarlo? ¡Pero tenemos mucho que decir en cuanto a la verdad tocante al juicio de Dios! No podemos evitar el terrible hecho de la destrucción final de los impíos. El fuego que los consumirá será totalmente real. Pero es la gloria de aquel que es amor que los destruye, no una deidad pagana, cruel y vengativa. Dios les concede a todos el libre albedrío. Todos cosecharemos lo que hemos sembrado, y la autodestrucción que es inherente al pecado le ocurrirá finalmente a todo aquel que no haya aceptado la salvación sanadora de Dios. Pero el temor al infierno no puede ser una razón válida para amar a Dios. En realidad, sólo en la medida en que veamos a Dios como realmente es, y respondamos a su amor, podremos tener un futuro libre de temor. "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19).

Amor interior

Y somos mentirosos si no amamos.

Un miembro de la familia que vive en oposición directa a todo el resto de la familia, no está "en" esa familia. Un lobo no puede vivir en un corral de ovejas y ser llamado cordero. Del mismo modo, sólo podemos estar "en Cristo" si llegamos a ser como él.

Razón por la cual él puede estar "en" nosotros. Porque nosotros no podemos cambiarnos a nosotros mismos para ser semejantes a él. No podemos transformarnos a nosotros mismos para llegar a tener su naturaleza. Cristo mismo tiene que cambiarnos mediante su vida fincada en nosotros. Nuestras creencias están en el interior. El cristianismo es una religión "interior". Dios no trata de cambiarnos desde el exterior arreglando nuestros caminos desordenados, nuestro comportamiento, nuestras acciones. El sabe que todo esto sólo puede ser cambiado efectivamente desde el interior. Lo que hay en el interior es lo que cuenta. Y si Jesús no está en el interior, entonces todas las apariencias no nos llevarán a ninguna parte. Encontramos a Dios sólo en la medida en que es invitado a entrar en nuestro interior para ser el poder que dirija nuestras vidas. Sólo en la medida en que nos identificamos con Dios y con su verdad, podrá obrar su poder en nosotros para transformarnos a su imagen.

Amor: poder para cambiar

Se dice que la electricidad "vive". Cuando pasa una corriente eléctrica, el cable eléctrico "vive". La electricidad es poder. Cuando es usada como fuente de energía puede dar luz y calor, así como poder a todo tipo de maquinaria y equipo. Usted mueve un interruptor y el radio se enciende, está "vivo". Suena, hace ruido, habla... como si fuera algo viviente. Usted le pone batería a un juguete infantil, y éste se mueve en el piso. Exactamente como si fuera un ser vivo. Poder para llegar a "vivir".

"Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27) es el poder del Dios de amor para salvar. Cristo morando en usted es la electricidad divina para hacerlo vivir verdaderamente y hacerlo vivir para él. "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Fil 1:21), es la conexión con la fuente de esta energía divina. Desconectarse es morir. Es apagarlos; es quedar incapacitados para funcionar; peor que si fuéramos inútiles.

Es que sin el poder de Dios estamos "apagados", somos inútiles. Nos convertimos en un laberinto de cables eléctricos, diodos, transis-

tores, microcircuitos, condensadores y todo lo demás en desechos de un ser que no tiene posibilidad de funcionar por sí mismo. Sin el poder de Jesús actuando en nosotros no somos nada. Con Jesús, somos nuevas criaturas; obrando con él y en él, porque él es la fuente directriz de poder. A través de Jesús, "somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Cor. 3:18).

Eso es lo que hace Jesús por nosotros y en nosotros. Nos prepara para pasar la eternidad con él. Nuestra naturaleza caída y pecaminosa está siendo transformada a la semejanza de su naturaleza gloriosa, la naturaleza de Dios mismo. Nosotros estamos siendo cambiados; y cuando llegue el tiempo de entrar plenamente en la presencia de Dios cuando Cristo vuelva, entonces seremos transformados (véase 1 Cor. 15:52). Pero el proceso comienza ahora, en la medida en que deseamos ser como Jesús.

CAPITULO 10

¡Victoria!

I Juan 5:1-12

Caballos obstinados

Estábamos acampando en el famoso Kantishna Roadhouse al final de la carretera que atraviesa el Denali National Park. Habíamos tenido el privilegio de atravesar el parque manejando nuestro propio automóvil porque teníamos lugares reservados en el Roadhouse. Nos habíamos quedado asombrados por la belleza del panorama del Polychrome pass, arrobados por los zorros árticos que jugueteaban a la entrada de sus cuevas y emocionados por la aproximación de un oso gris.

Ahora bien, mientras tomábamos nuestra cena, pensando en este glorioso día, se nos preguntó si nos gustaría dar un paseo en un coche tirado por caballos por las orillas del Wonder Lake.

Mientras caía la noche, nos sentamos envueltos en cobijas en la parte trasera del coche. Porque aun cuando era finales de agosto, había caído nieve en la tarde, ¡y la escena se parecía más a las fiestas navideñas que a unas vacaciones de verano!

Los dos caballos trotaban lentamente mientras subían la colina donde se encontraba un antiguo campamento minero. De alguna manera parecían negarse a salir a la nieve, pues el tiempo no era bueno. Cuando llegamos a la cima de la colina, uno de los caballos se resistió a continuar. ¡Para que nadie tuviera dudas acerca de sus intenciones, sencillamente se echó a un lado del camino! Esto hizo que el carro se ladeara y todos saltamos con la rapidez de un rayo. Marvin, nuestro guía, se bajó y empezó a discutir con el renuente caballo.

—¡Vamos muchacho, sigamos adelante. No te puedes quedar aquí, así nomás! ¡Levántate! ¡DIJE QUE TE LEVANTARAS! ¡No seas necio! ¡Te ordeno que te pongas sobre tus patas ahora mismo!

Pero el viejo caballo no se daba por aludido. El estaba descansando y nadie lo obligaría a moverse. Entonces el guía comenzó a azotarlo con su látigo, pero sin ningún resultado. Algunas de las damas se mostraron nerviosas y aseguraban que el hombre estaba atormentando a un indefenso animal que estaba a punto de morir. Marvin les aseguró que aquello no era más que otra treta del terco caballo. Pero nada de lo que hizo logró mover al animal. Finalmente el guía se dio por vencido y mandó buscar un vehículo del hotel para llevarnos de regreso.

A la mañana siguiente todos estábamos preocupados por el pobre caballo. Pero todo el personal se rió y nos dijeron que el caballo estaba de lo más bien, y que ¡lo único que había hecho era ganarles otra famosa apuesta a los turistas! Uno de los guardianes del establo con unas pocas y tiernas palabras había logrado que el taimado caballo se pusiera de pie, encantado de la vida, y se dispuso a trotar de regreso hacia su establo.

Aquello me hizo pensar en la forma en que nosotros también nos comportamos. De cómo a veces somos derrotados... inclusive por nosotros mismos. Deseamos ir en la dirección correcta, queremos dirigirnos hacia el reino, pero muchas veces desfallecemos en el camino. Nuestro renuente yo se tira en el camino, frustrándonos y haciéndonos parecer necios. Nuestros malos hábitos, nuestros deseos pecaminosos, nuestra débil voluntad. ¿Somos caballos obstinados?

¿Qué deberíamos hacer en este caso? ¿Discutir con nosotros mismos, azotarnos para estar en forma y aptos para el trabajo? ¿Es esa la forma de ganar la victoria? ¿Cuánto éxito tuvo Marvin con ese tipo de actitud?

Ganando la victoria

¿Cómo ganamos la victoria? ¿Es a través de la fuerza física o de la fuerza de voluntad? ¿Es azotándonos para estar en forma? ¿Es por la fuerza y el poder? ¿O es a través del gentil Espíritu de Dios que nos cambia de caballos tercos y rebeldes que están atados al carro del deber en hijos que suben corriendo la colina, ansiosos de ver a su Padre celestial? ¿Cuál método será reconocido con la victoria?

Juan nos dice que logramos la victoria por medio de la fe. Es posible que eso suene realmente como algo que hacemos con nuestras propias fuerzas. Como si estuviéramos diciendo: "Si tengo suficiente de ese mágico ingrediente -fe-, entonces podría ser victorioso".

Pero pensemos otra vez. ¿Qué es exactamente la fe? ¿Es una sustancia especial que podemos poseer? No. La fe es sencillamente confiar en Dios. Pero sin esa confianza no puede haber éxito, y no hay duda de que la victoria, el poder y la fortaleza provienen de Dios. ¡Confianza, por su misma definición, significa mirar a Alguien más en busca de ayuda! Sólo en la medida en que vemos a Dios como nuestra confianza podemos obtener la victoria. En las palabras de William A. Ward: "Dios quiere que seamos victoriosos, no víctimas; que crezcamos, no que nos arrastremos; que remontemos el vuelo, no que nos hundamos; que vencamos, no que seamos vencidos".

Por tanto, nuestra confianza es esencial, porque sin ella Dios no nos puede ayudar. Pero no se deje seducir por el pensamiento de luchar con sus propias fuerzas. Necesitamos más fe; ¡pero eso lo único que significa es que tenemos que confiar más en Dios! Así que mientras más confiamos en Dios, menos confiamos en nosotros mismos, y más seguros estamos de la victoria. "El primer paso en el camino a la victoria es reconocer al enemigo" (Corrie Ten Boom). ¿Y quién es el enemigo? ¿Es primariamente el diablo, sus tentaciones, para que tengamos confianza en nosotros mismos?

Juan define claramente el requerimiento esencial para la obtención de la confianza. "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 Juan 5:5). Es obvio que esto significa mucho más que un simple asentimiento mental... de que una declaración es verdadera. Como se observa con frecuencia, incluso los demonios creen... y tiemblan. Pero la suya no es una creencia salvadora y transformadora. La confianza (la fe), es esa creencia puesta en acción: el acto de dirigirse en forma definida a Dios, con esa plena confianza puesta en el Único que puede salvar.

¡Por tanto, las bases de la victoria consisten en estar completamente dedicados y consagrados al Victorioso! "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida" (1 Juan 5:12). El término reiterativo de Juan es "vivir en" o "permanecer": ésta es la esencia de la vida cristiana. Si no "vivimos en unión" con Dios, entonces no vivimos verdaderamente.

En unión con Dios

Vivimos en unión con Dios si conservamos el mensaje que hemos oído desde el principio (1 Juan 2:24), al vivir como Jesús (2:5, 6), al

obedecer las enseñanzas del Espíritu (2:27). Si vivimos en unión con Dios, entonces él, a su vez, vive en unión con nosotros (3:24), y la palabra de Dios mora en nosotros (2:14).

Tales ideas nos recuerdan lo que Jesús dijo en su oración registrada en Juan 17:

“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado... Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” (Juan 17:21-23, 26).

Dios quiere tener una intimidad tal con nosotros, que la única forma en que puede expresarla es estando “en” nosotros, y nosotros en él. Nosotros podemos hallar nuestra vida, nuestra esperanza, nuestra victoria, sólo si estamos “en Dios”.

¿Qué es, entonces, eso de estar “en”? *En* armonía con, *en* acuerdo con, *en* total aceptación del camino de Dios siendo absolutamente rectos. Reconciliados, armonizados, reunidos..., de eso está hablando Dios y es lo que trata de lograr.

Jesús, el Vencedor

El punto esencial es que estamos en el lado ganador. No peleamos una batalla aislada y desesperada. Estamos en el lado de Dios, y podemos identificarnos con todos aquellos que también pelean a su lado. Si acaso llegáramos a dudar del resultado, recordemos que Jesús ya ha proclamado su última y omniabarcante victoria: “Confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

Deberíamos dudar de nosotros mismos y de nuestro propio poder. La clave no está en nosotros sino en Aquel que ya ha vencido. ¡Cristo es el Victorioso!

¿Ha notado que hoy en día abundan los libros que pretenden darle a usted el secreto para dominar algún tema en particular? “¡La cirugía del cerebro hecha fácil” o “Cómo construir una estación espacial” o “101 pasos sencillos para realizar un viaje intergaláctico”, o algo por el estilo! Tales libros de autoayuda apelan a nuestro enfoque innato de

“hágalo usted mismo”. Pero cuando llegamos al terreno espiritual tales ideas pueden constituir un problema.

Leía yo un libro devocional que trataba de dar sugerencias útiles sobre “cómo vencer la tentación”. Supuse que eran ideas con las cuales todos estaríamos de acuerdo. Pero mientras más meditaba en la forma en que éstas se presentaban, detectaba más dificultades.

Primera sugerencia: “Debe orar al respecto”. Buen consejo, pero a veces no es tan fácil hacerlo. Porque si usted está siendo tentado de veras, no sentirá muchos deseos de orar, o hasta será capaz de olvidarlo completamente. Es muy posible que veamos la oración como una receta para el autocontrol, como un medio para *ganar* la batalla, e incluso recitemos una oración como si fuese un poder mágico contra la tentación. Si la oración no es más que eso, entonces puede ser también un tipo de salvación por obras. Porque finalmente concluimos que hemos ganado la batalla por nosotros mismos...

Segunda idea: “No piense en aquello que es causa de tentación para usted”. ¿Ha decidido alguna vez no pensar deliberadamente en algo en lo cual está pensando? De hecho, mientras más se preocupa usted con respecto a determinada tentación, más termina pensando en ella. Pruebe esto en algún momento. *No importa lo que esté haciendo, no piense en nada color rojo durante dos minutos.* ¿Lo logró? No, por supuesto. ¡Tan pronto como mencioné la palabra rojo, usted ya estaba viendo algo rojo! Usted podrá darle nueva forma a sus pensamientos, pero no haciendo de sus tentaciones el punto sobre el cual no hay que pensar.

Tercera idea: “Haga todo lo que pueda, Dios hará el resto”. Un tipo de experiencia religiosa subsidiada. Quizá usted logre manejar el diez, el veinte o hasta el treinta por ciento. Entonces Dios lo perfecciona y lo convierte en el ciento por ciento. Incluso recuerdo haber escuchado de un conferenciante que dibujaba una gráfica para ilustrar el punto. Dios espera que usted haga todo lo que puede, entonces él hará su parte cuando ya no pueda más. Nuevamente, esto nos hace confiar en nosotros mismos, al menos en cierto grado, y yo supongo que la sugerencia es que mientras más podamos lograr por nosotros mismos, tanto mejor. ¡Pero esto no es bíblico!

Cuarta sugerencia: “Usted debe esforzarse mucho más”. Sí, está bien. Todos sabemos eso. Pero, ¿qué pasa cuando usted continúa esforzándose y cayendo? Una de dos, o se da por vencido y abandona

todo, convencido de que jamás podrá alcanzar el éxito; o se vuelve corto de vista y ya no es capaz de ver más sus pecados. Como un pastor me recordó hace poco: “¡Lo mejor que ocurre cuando usted se da de cabezazos contra un muro es cuando se detiene!”

En todas estas sugerencias yo veo el peligro de la confianza propia. Sí, debemos desear cambiar. Sí, debemos aceptar la salvación sanadora de Dios. Sí, debemos hacer todo lo que podamos para asegurarnos que elegimos el bien en lugar del mal. Pero llega un momento en que la cuestión de la capacidad, el poder y el éxito están con Dios, no con nosotros. De otra manera, apelamos a nuestra propia fuerza de voluntad y determinación, no al poder convertidor que mora en nosotros.

Dejemos las ideas de “cómo hacerlo” al área de la autoayuda. El mensaje de la Escritura dice que nosotros no podemos ayudarnos a nosotros mismos. Sólo Dios puede salvarnos de nuestro yo pecaminoso. Escuchemos:

“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Rom. 8:37). ¿Cómo llegamos a ser vencedores? No por nuestra propia fuerza, sino: “*Por medio de aquel que nos amó*”. Es allí donde está la fuente de la victoria.

“Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4). ¿Cómo vencemos? ¿Por medio de qué somos vencedores? ¿Por el poder espiritual que hemos generado? No: *Porque el que está con nosotros es mayor*.

“Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 15:57). ¿Cómo ocurre la victoria? *No se nos da* por nuestra capacidad y poder. ¿Por medio de quién entonces? *Por medio de nuestro Señor Jesucristo*.

Porque si fuera de otra manera, ¿qué significado le daríamos a lo siguiente?: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20).

Este es el mensaje de la Biblia. Así que, ¿por qué tratar de poner nuestra salvación como un proyecto del tipo “hágalo usted mismo”? Nuestra victoria se debe a nuestro deseo de mantener ese contacto con Dios, para asegurar que nuestra relación con él sea tal que él pueda ganar de verdad las batallas en nosotros y por nosotros.

Por tanto, ve a Dios en todos los aspectos de la victoria contra la tentación, y “no seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Rom. 12:21). No nos quitamos el mal de encima concentrándonos en él; lo que hacemos es vencerlo concentrándonos en el bien.

Recuerde las palabras que Dios dirigió a su pueblo de la antigüedad: “Porque Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros” (Deut. 20:4).

En aquellos (al parecer raros) tiempos cuando Israel miraba hacia atrás y veía que sus éxitos no dependían de sus fuerzas, podían dar alabanza a quien le correspondía: “Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró; sino tu diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos” (Sal. 44:3).

La seguridad final es que “el que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apoc. 21:7). Y recordemos que podremos ser vencedores únicamente si Dios ocupa el primer lugar en nuestras vidas.

El bautismo de Cristo dio comienzo a su ministerio específico, de modo que él vino “por agua”. El también mostró a través de este símbolo la forma en que Dios opera. Aunque Cristo no necesitaba ser bautizado como un símbolo de arrepentimiento del pecado, aun así lo hizo para “cumplir toda justicia”. Como una revelación de Dios hecho hombre, Jesús mostró su gracia y su identificación con nosotros los humanos. Algunos de aquellos a quienes Juan les estaba escribiendo negaban que Dios estuviera presente en Jesús sobre la cruz. Ellos sugerían que la divinidad había venido sobre Jesús en ocasión del bautismo y luego lo había abandonado antes de su muerte. Por tanto, Juan dice:

“Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre” (1 Juan 5:6).

Jesús nos muestra el camino a través de su bautismo, y nos revela la salvación de Dios.

Pero no solamente eso. El no vino solamente a mostrarnos la salvación. Vino para ser nuestra salvación. ¡Jesús no fue sólo un ejemplo, sino un Salvador! De modo que reducir a Jesús a los eventos de su ministerio después del bautismo “por agua” y excluir su muerte y resurrección, es perderlo completamente de vista. El vino también “por medio de sangre”, y en la cruz vemos verdaderamente a Cristo como a Dios. Decir que Cristo no estaba en la cruz, sino sólo el hombre Jesús,

es una herejía que Juan condena enfáticamente aquí. Porque si no vemos a Dios en Cristo sobre la cruz, entonces no podemos ver el significado de la salvación, la verdad acerca de Dios, la evidencia de que el pecado mata, la mentira del diablo... y todo el caudal de respuestas que nos da la cruz en todos los aspectos del gran conflicto.

¿Cuáles son, entonces, los tres testigos que describe Juan (véase 1 Juan 5:7, 8)?

El Espíritu testifica de Dios en Cristo: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

El agua testifica de Dios en Cristo: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Luc. 3:21, 22).

La sangre testifica de Dios en Cristo: “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud... haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:19, 20).

En consecuencia, “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5:11). Realmente es tan sencillo como eso.

Cuando los vidrios se rompen

Cuando era niño es posible que haya estado leyendo historias de piratas, o algo parecido. Lo cierto es que convencí a mi hermanita de que debíamos comenzar a navegar y usar el tocador de mi mamá como barco. Aquello era una hermosa obra de ebanistería, con grandes cajones y tres espejos frente a los cuales recuerdo haber visto a mi madre cepillarse su cabellera color castaño rojizo, con un enorme cepillo. Pero aquello carecía de significado para nosotros. Lo que realmente importaba era que podíamos sacar los cajones, y dormir en ellos, imaginando que estábamos en los camarotes a bordo de nuestra goleta marina.

Así que sacamos todas las cosas de aquel mueble de mi madre y las pusimos sobre su cama. Y luego nos metimos en nuestro mundo de fantasía, como Wendy y Peter Pan. Navegamos por los mares del mundo, y la parte alta del espejo parecía el océano, mientras que los otros tres espejos nos ayudaban a vigilar a los galeotes españoles car-

gados de tesoros.

Tras capturar varios galeotes, decidimos tomar un descanso en nuestros “camarotes”. Nos acostaríamos dentro de los cajones. Pero cuando me metí en el mío, el peso combinado de dos niños voltearon el mueble y éste se vino estrepitosamente encima de nosotros. Los cristales se hicieron polvo sobre nuestras cabezas, mientras que a nuestro alrededor brillaban diez mil pedazos de espejos.

Nos quedamos paralizados. Mudos de horror, sólo acertamos a ver lo que habíamos hecho. Lo cual estuvo bien, porque si nos hubiéramos movido nos habríamos cortado gravemente.

Al instante mami y papi acudieron a la escena.

—¡Quédense donde están! ¡No se muevan! —gritó mi papá, y corrió a buscar la aspiradora. Muy cuidadosamente trabajaron alrededor de nosotros, aspirando los afilados fragmentos de vidrio, sin decir una palabra. Entonces mi papá nos aspiró a los dos, por todos lados. Ya limpios y libres de los peligrosos fragmentos de vidrio, nos levantaron y nos besaron antes de llevarnos a nuestras recámaras.

Después de las preguntas de rutina, “¿qué rayos estaban haciendo allí?”, etc., nos amonestaron a nunca más volverlo a hacer. Y nunca más lo hicimos, y creo que mi papá reparó el mueble. Pero cuando recuerdo todo aquel momento de la gran verdad, parados allí, cubiertos de afiladas esquirlas de cristal, pienso en nosotros y Dios.

No nos atrevemos a movernos, al parecer. El mal y el peligro nos rodean. Y mientras tratamos de hacer algo, todo lo que conseguimos es herirnos a nosotros mismos y a otros. Sencillamente necesitamos que Dios venga a rescatarnos de nuestra peligrosa situación, a quitar las afiladas aristas del pecado y salvarnos y ponernos en un lugar seguro. La vida eterna de la cual habla Juan comienza ahora con lo que Dios hace por nosotros, y si tenemos al Hijo que nos rescata y nos sana, *¡tenemos vida!*

CAPITULO 11

Confianza total

I Juan 5:13-21

¿Confianza?

Cansados, pero felices, abordamos el pequeño bote pesquero para volver a casa. Habíamos estado observando pájaros todo el día en la isla Shetland de Hascosay. Ahora bien, ya de regreso de la isla más grande de Unst, viajábamos a nuestra base en Yell.

Las olas eran moderadas, pero de alguna manera nos tranquilizamos cuando pusimos rumbo hacia el sur. Arrullado por el vaivén del bote, caí dormido, soñando con lo que haría al día siguiente.

En algún momento desperté con el bote todavía meciéndose, pero sin el tranquilizador "putt-putt" del motor diesel.

—¿Qué pasa? —pregunté ansiosamente.

—Nada. El motor se paró —fue la 'serena' respuesta.

Me acerqué para echar un vistazo. Nuestro capitán, primer oficial, marinero y mecánico estaba allí, manchado de aceite hasta los codos.

—¿Cuál cree usted que sea el problema? —pregunté con tono de conoecedor.

—Desbielado —dijo, sin mirarme, mientras hacía su trabajo.

Sentí que me daría un ataque. Mi confianza de pronto fue completamente probada. Ahí estábamos, a la deriva en alta mar, en una de las aguas más traicioneras de la costa escocesa. Bajíos, arrecifes, rocas ocultas debajo de las aguas... eso es lo que habíamos visto. Ahora estábamos desamparados, y por momentos me parecía escuchar el crujido de maderas que se rompían al chocar contra las rocas y el grito "¡Abandonen el barco! ¡Sálvese quien pueda!"

¿Cómo podía tomarlo tan a la ligera?

—Umm. ¿Le ha ocurrido alguna vez a usted? No había ninguna duda de que mi nerviosismo me traicionaba. Yo estaba seguro de ello.

—Oh, sí. Esta jovencita es algo temperamental, sin ninguna duda.

—¿Dónde nos encontramos? Yo sé que parecía necio preguntar, pero si estábamos a punto de naufragar, por lo menos, quería saber dónde estábamos.

—Bueno, estamos a unos cinco kilómetros de la "Roca de los hombres muertos".

¡Gulp! ¡Hombres muertos! Todos nos ahogaríamos. Podía sentir cómo el pánico iba subiendo de color. ¿Hacia dónde íbamos? Hacia aquella roca, sin duda alguna.

—¿No sería bueno hablar por radio para pedir ayuda?

El tipo se detuvo y me lanzó una mirada fulminante.

—¿Y cómo haríamos eso sin radio?

La realidad de la situación me abrumó. A la deriva, perdidos en el mar, sin radio ni radar. ¿Estábamos condenados al naufragio y a la muerte?

Regresé a mi lugar y me senté, y empecé a hacer mi testamento mentalmente.

Momentos después nuestro motor comenzó a dar señales de vida y muy pronto estábamos en camino otra vez. De repente toda la escena cambió. La confianza retornó como copiosa adrenalina.

El mar ya no me parecía furioso y mortal, sino amigable, y nos rociaba con gotas de agua. La noche ya no parecía amenazante y opresiva, sino despejada y cubierta de brillantes estrellas. Ya no anticipaba mi fin, sino que había renacido.

Nuestras creencias y circunstancias alteran nuestra vida. Pero no importa cuál sea la situación, con Dios tenemos esperanza eterna. Sin él, sólo nos queda el oscuro mar de la muerte eterna. Es Dios quien nos transforma, y cambia lo que somos para que seamos lo que podemos llegar a ser... con Dios. Sólo Dios es nuestra confianza.

A medida que hacíamos la travesía rumbo a casa sobre una sábana de blanca espuma, yo soñaba con navegar bien pronto rumbo al hogar celestial.

Desesperación y confianza

Millares de personas en el mundo de hoy andan a la deriva en el vasto océano de la desesperación... Solos y perdidos, sin ninguna esperanza, sin ninguna confianza, ni siquiera esperan que la vida con-

tinúe aquí; ya no digamos que será buena...

Pero las palabras de Juan dirigidas a sus lectores deberían inspirarnos también a nosotros: "Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él" (1 Juan 3:21, 22).

"Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados" (1 Juan 2:28).

"Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho" (1 Juan 5:14, 15).

Juan señala las razones por las cuales debemos tener confianza en Dios. Por supuesto, no podemos esperar tener confianza en Dios si nos negamos a seguirle y obedecer sus justas demandas (las cuales, como hemos visto antes, no son realmente demandas o mandamientos; sino más bien, la obra del verdadero amor y el respeto por Dios). Si así son las cosas, entonces nuestras oraciones seguirán esas ideas, y se adaptarán a los planes y propósitos de Dios. ¡Necesitamos continuar en él, a fin de que al pedir conforme a su voluntad, él nos conceda cualquier cosa que le pidamos!

La clave de la oración

La clave para comprender la ciencia de la oración es verla como una *comunicación* con Dios como si fuese un amigo, y hablar con él no meramente de nuestras necesidades particulares, sino de todos los aspectos de nuestra vida. Es en este sentido que hemos de "orar sin cesar"... manteniendo siempre esa comunicación con Dios.

La oración se hace, principalmente, con el fin de "recibir a Dios"... para poner en práctica en nuestra vida diaria todos sus principios y propósitos.

Muchas veces oramos por lo que queremos, no por lo que Dios quiere. Y por lo tanto, si bien es cierto que Dios *siempre* oye, no siempre responde exactamente como nosotros esperamos. Y esto es algo por lo cual debemos agradecer a Dios.

Sin embargo, no debemos descuidar la oración. Aun cuando sabemos que Dios conoce todas nuestras necesidades, aun cuando él está

consciente de todas nuestras situaciones; aun cuando no podemos decirle nada que no sepa, él quiere que nos expresemos con nuestras propias palabras delante de él. ¡Porque la oración, ciertamente, no beneficia a Dios, sino a nosotros!

Con frecuencia oramos pidiendo seguridad y protección. ¿Ello es siempre una garantía? Hago esta pregunta porque algunos amigos míos murieron hace poco en un accidente automovilístico. Otro miembro trató de explicar el incidente diciendo: "Probablemente olvidaron pedir la protección de Dios antes de salir de viaje". ¿Es Dios así de voluble? ¿Permite que algunas cosas suceden sencillamente por algún "error nuestro"?

Podemos citar muchas promesas que Dios ha hecho de cuidar a sus hijos. Pero nunca ha prometido que ello estaría totalmente garantizado. Los dirigentes religiosos de los días de Jesús cometieron este tipo de error: veían la prosperidad como una aprobación de Dios, mientras que el sufrimiento y la pobreza eran castigos de Dios. Conozco a muchos buenos cristianos que han sufrido dolorosas pérdidas, o que han experimentado tragedias familiares, o que han visto sus vidas destrozadas, como para creer en una *cobija universal* de protección. Lo que *podemos decir* es que si nos toca pasar por un camino difícil, Dios todavía estará allí con nosotros. Y recordemos que estamos *seguros en el Señor* (véase 1 Juan 5:18), y que esta vida es sólo temporal, e imperfecta. Nosotros buscamos una ciudad cuyo artífice y hacedor es Dios (véase Heb. 11:10).

Aun cuando estemos airados, deberíamos seguir orando. Dios nunca rechaza a aquellos que hablan con él, aun cuando puede que no oren en la forma más apropiada. Quizá las mejores oraciones son aquellas que surgen de un corazón honesto... como el publicano que oraba diciendo: "Señor, ten misericordia de mí, porque soy pecador".

Tampoco deberíamos dejar de orar por sentir que somos demasiado pecadores para ir a Dios. Esta es una de las peores armas de Satanás: hacernos sentir indignos, incluso de mencionar el nombre de Dios, mucho menos de hablar a nuestro amante Padre celestial para pedirle misericordia.

En mi experiencia como pastor, muchos miembros han venido a mí, creyendo que han cometido el pecado imperdonable. Sin embargo, el mismo hecho de que están tan convencidos de haber errado y están tan preocupados por ello muestra que el Espíritu Santo todavía está

obrando en sus corazones. El peligro no radica en algún pecado que Dios no quiera perdonar, sino en el pecado del cual decidimos no arrepentirnos ni pedir perdón. Debemos orar juntos y conocer las cargas los unos de los otros (véase Gál. 6:2).

Es por eso que Juan aconseja: "Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida" (1 Juan 5:16).

Cuando finalmente Dios abandone a aquellos que se negaron a aceptar su oferta de gracia y misericordia y deje que sigan sus propios caminos, se deberá únicamente a que se habrán vuelto tan sordos a las súplicas del Espíritu Santo que lo habrán rechazado para siempre. A cada uno le llega el momento cuando se le acaba el tiempo de gracia... y Dios es quien puede decir que su destino fue sellado para toda la eternidad. Este es el "pecado de muerte" al que se refiere Juan (véase 1 Juan 5:16).

La muerte final de los impíos será el resultado de su propia elección. El pecado acabará inevitablemente en este desastroso final si persistimos en seguir esta ruta. Si final y definitivamente rechazamos a Dios, entonces ya no hay nada que él pueda hacer por nosotros.

Pero Juan se apresura a oponerse a la idea de que todo pecado conduce inexorablemente a la muerte definitiva. El nos recuerda que existe un "antídoto" contra el pecado, y que "hay pecado no de muerte" (1 Juan 5:17). Siguiendo el hilo de sus escritos (véase 1 Juan 2:1, 2; 3:5), es claro que esta "clase de pecado" es del cual uno se ha arrepentido y ha sido perdonado. No podemos usar este texto para excusar el pecado en nuestras vidas, suponiendo que este pecado en particular no es de muerte.

La verdad es que "aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado..." (1 Juan 5:18). ¿Podemos entonces asegurarnos la salvación haciéndonos buenos a nosotros mismos?

¿Buenos?

Yo estaba de visita en casa de mis sobrinos cuando eran todavía jóvenes y vi algo allí que me hizo pensar. Observaba el conejillo de Indias de Alex en su jaula. A mí, personalmente, no me gusta ver a los animales encerrados, pero esto no es lo que quiero decir. Porque aunque tenía un poquito de libertad para dar vueltas, tenía uno de aque-

llos artefactos, especie de molino de ruedas sin fin que daban vueltas y vueltas con el conejillo adentro. Y eso era precisamente lo que el conejillo hacía: tratar de ganarle a su propia rueda que no tenía fin.

Y eso era lo que me había atraído al lugar. La rueda chirriaba, y yo me preguntaba qué estaría pasando: rechinaba, rechinaba, rechinaba, ya muy avanzada la noche. El conejillo corría hasta más no poder, tomándose algún respiro ocasional, y luego volvía a la rueda para correr cada vez más rápido. Corría verdaderamente rápido; ¡nunca había visto un animal tan decidido en su empeño!

Luego me puse a pensar en nosotros, que apresados en la jaula de la vida, andamos sobre los caminos pecaminosos de este viejo y triste planeta, haciendo rechinar nuestras ruedas desesperadamente. Y de veras nos esforzamos, ¿verdad? Tratamos de hacer lo que Dios quiere. Tratamos de hacer lo que la iglesia dice. Tratamos de ser buenos.

Hacemos girar nuestras ruedas y quemamos bandas y nos rompemos la espalda tratando de mostrarle a Dios cuánto nos esforzamos. "Mira, Señor. Mira y ve cuán duramente estoy tratando de ser bueno. Y yo sé que si soy bueno, tú serás bueno conmigo. Estoy tratando con todas mis fuerzas, Señor. De verdad. Y haré cualquier cosa que pidas. Porque quiero ser bueno. Quiero ser bueno". Y pensamos que si podemos impresionar a Dios con nuestra bondad entonces él nos aceptará.

¿Es Dios realmente así? ¿Sólo responderá si somos buenos, para empezar? ¿Es cierto que él exige que hagamos muchas buenas obras antes que decida amarnos? ¿Nos ve él como conejillos de Indias en nuestras jaulas, tomando nota de cuán rápidamente podemos correr?

¿Tiene usted que ser bueno primero antes de poder ir a Dios? Aunque decimos, "no", muchas veces pensamos que sí. Decimos a nuestros hijos: "Si eres bueno irás al cielo". "Si eres bueno, Dios te ayudará". "Si eres bueno Dios te amará".

Lo cual significa que si no somos buenos, entonces Dios no nos ayudará, ni nos amará ni nos salvará. ¿De acuerdo? ¡Peligroso razonamiento!

¡Cuántas veces he oído decir a la gente: "Dios no podrá amarme después de lo que he hecho". O, "no soy digno de que Dios me preste atención" o, "¿cómo puedo ir a Dios siendo que soy así?" De esta manera ponemos barreras entre nosotros y Dios, y nos decimos a nosotros mismos, sólo puedo ir a Dios si soy bueno.

Pero estamos completamente equivocados. ¿Qué dijo Jesús?

“Respondiendo Jesús les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Luc. 5:31, 32). Jesús estaba interesado en aquellos que se consideraban pecadores. A los que se consideraban justos, no podía llamarlos al arrepentimiento. Como él mismo dijo, que sólo los que están enfermos necesitan de médico. La gente sana no tiene necesidad de médico.

Y probablemente Jesús quiso decir mucho más que eso. Mirando a los fariseos, que se consideraban justos a sus propios ojos, mientras hablaba, vio la impiedad en sus corazones, y movió su cabeza. Porque sólo cuando nos demos cuenta que somos desesperadamente malos buscaremos ayuda. Aquellos que piensan bien de sí mismos, dijo Jesús, jamás irán al médico... aun cuando estén desesperadamente necesitados.

¿Cuántas veces hemos escuchado historias de personas que pensaban que estaban en perfectas condiciones físicas y de salud y de repente cayeron muertas? No conocían su necesidad ni su verdadera condición. Si hubieran ido al médico, su enfermedad podría haber sido tratada. ¿No le dice eso algo a usted de la forma en que deberíamos ir a Dios? *Nuestra confianza no puede fincarse en nosotros mismos, sino solamente en Dios.*

Jesús también tenía algo que decirles acerca de “la bondad” de las personas. Un hombre vino a Jesús y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” Jesús le respondió: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mat. 19:16, 17).

Este “joven rico”, como le llamamos, ya había dado muestras de su incomprensión a través de su pregunta. El pensaba que uno debe ser bueno primero.

También supuso que el mensaje que Jesús predicaba era semejante a las creencias populares: que Dios sólo puede favorecer a la gente buena. El procuraba ponerse en buenos términos con Dios primero siendo bueno.

Por tanto, Jesús lo hizo pensar. El hombre lo había llamado: “Maestro bueno”. Es obvio que veía a Jesús como un ser distinto. El vio su evidente bondad. Pero a Jesús no le interesaban los cumplidos. Lo que él quería era que este joven viera que todos somos malos por naturaleza. Sólo si este hombre admitía que Jesús es divino podía lla-

marlo bueno; porque, dijo Jesús, sólo Dios es bueno.

Este punto es importante: O dices que Yo Soy Dios, o estás equivocado. O dices que ninguno es bueno, o estás equivocado. Jesús lanza un desafío a la obra de todo aquel que piensa en función del “hombre bueno”. Su mensaje en las palabras que siguen indica la premisa básica de Jesús: nadie es bueno, usted no puede ir a Dios tratando de ser bueno primero.

Y al final, cuando Jesús le pidió que abandonara todas sus posesiones, siguió malentendiendo los términos. Él pensó que Jesús quería que vendiera físicamente todo lo que tenía y así podría ser considerado bueno. De ninguna manera. Jesús quería que vendiera (desprendiera) todo de suerte que no hubiera ningún obstáculo en el camino para que Dios pudiera hacerlo bueno.

Tenía que verse a sí mismo, como veía a todos los publicanos –rameras y ladrones–, a toda la gente baja de la sociedad. Él estaba en la misma situación delante de Dios, tenía la misma necesidad. Pero su dinero y la posición que ocupaba le impedían ir a Dios como debía hacerlo: un pobre pecador necesitado de salvación.

El sólo iría como un buen hombre para hacer un trato o negocio con Dios. “Yo soy bueno, doy a los pobres, guardo todos los mandamientos, por tanto, ¿tienen que darme alguna recompensa?”

Y muchos de nosotros hacemos lo mismo. Decimos: “Señor, mírame. Mira todo lo que hago por ti. Soy bueno. Soy rico y me he enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa”. Y Dios dice: “Tú no sabes que eres un pobre, miserable, ciego y desnudo”. Porque así es como parecemos delante de Dios, sea que nos consideremos buenos o no. Porque a pesar de todas nuestras buenas obras, todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia.

De manera que Jesús le dice a usted, lo mismo que le dijo al joven rico: “No podemos hacernos buenos por nosotros mismos. Lo único que podemos hacer es ir a Dios tal como somos. Como dice el himno: “Tal como soy de pecador, sin otra fianza que tu amor. A tu llamado vengo a ti”.

Dios no mira ni toma en cuenta nuestra así llamada bondad. Sencillamente nos acepta como somos. Como dijeron de Oliverio Cromwell, “con verrugas y todo”.

No deje que el diablo lo engañe. Nada de lo que usted haya hecho le puede impedir acudir a Dios. Usted no debe decir nunca “no soy

demasiado bueno para ir a Dios". Porque Dios no quiere su bondad. ¡Lo que quiere es hacerlo bueno!

Porque eso precisamente es el evangelio: literalmente, las *buenas* nuevas.

Las *buenas* nuevas de que Jesús vino y murió por usted.

Las *buenas* nuevas de que él le ofrece su amor y su salvación.

Las *buenas* nuevas de que él puede hacer algo por usted; él puede hacerlo bueno.

¡Con cuánta frecuencia nos engañamos a nosotros mismos! O miramos a "nuestras buenas obras", y las vemos como un justificativo delante de Dios. O vemos nuestra pecaminosidad tan grande que sentimos que no podemos ir a Dios.

Y después de todo... bueno, ¿quién sabe? Dios es el Juez, no usted o yo; pero de una cosa estoy absolutamente seguro: todas las buenas obras de los hombres no son ni serán nada en la presencia de nuestro bondadoso Dios.

Yo conocí a otro hombre que se sentía malo. Sabía que había vagado lejos de Dios y hecho cosas terribles, que decía: "Dios nunca podrá perdonarme. He sido malo durante largo tiempo, estoy seguro que soy demasiado impío para poder ir a Dios". Y se preguntaba si no habría cometido el pecado imperdonable. Venía a la iglesia, pero raramente entraba, porque decía: "Soy demasiado malo para entrar en la santa casa de Dios".

Ambos hombres habían caído en la trampa de creer que tenían que ser buenos delante de Dios para que él pudiera aceptarlos. Y aun cuando nosotros sepamos que las cosas son diferentes, es posible que pensemos de esa manera en ciertos momentos. Si hacemos el bien, no deberíamos tomar el crédito para nosotros mismos. Porque sencillamente es el resultado de la obra de Dios en nosotros. "El que hace lo bueno es de Dios" (3 Juan 11).

La única seguridad consiste en ser amigos humildes de Dios. La conclusión de Juan con seguridad no puede ser mejorada:

"Sabemos que somos hijos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero, y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (1 Juan 5:19, 20).

¡Confiemos en él!

¡No sea perdedor!

2 Juan

Hijos, nuestro Padre, y estar perdidos

Yo estaba sentado mirando a mis hijos que jugaban. Reían, gritaban, mientras jugaban en el jardín, chapoteaban en la piscina, se deslizaban como bólidos en el resbaladero, se elevaban hasta el cielo en el columpio. Sin la menor preocupación del mundo, vivían sus pequeñas vidas hasta el máximo desde que se levantaban, hasta la hora de irse a la cama.

¿Y qué en cuanto a mí, el tipo a quien ellos llamaban papi? Como padre, yo los vigilaba. Attendía las cortadas y moretones que les acontecían como parte de la vida, y arreglaba las grandes diferencias que se producían entre ellos. Los alimentaba, cuidaba, protegía; todo eso y mucho más, porque eran vidas que apenas comenzaban. Eran individuos que necesitaban aprender a medida que crecían, porque no siempre serían niños. Los niños tienen la oportunidad de jugar, de experimentar, incluso de ser infantiles. No esperamos total madurez de ellos. De modo que mi función era darles la libertad que necesitaban, y sin embargo, dirigirlos también en el camino en que debían andar y ayudarles a hacer las decisiones correctas.

Padre. La imagen que Dios usa para hablar de sus relaciones con nosotros. Nosotros somos sus hijos, y él, como Padre amante, nos cuida y vigila. Pero también sabe que no seremos inmaduros para siempre. También creceremos y necesitaremos aprender por nosotros mismos. Si bien siempre existe esa relación de ser hijo de alguien (y nosotros somos hijos de Dios... por toda la eternidad), en esta vida crecemos y nos preparamos para una vida adulta en el cielo.

¡Por eso es que ser llamados hijos de Dios es algo tan maravilloso!

Dios nos dirige, nos enseña a caminar, y nos lleva en sus brazos amorosos. Es Aquel a quien volvemos nuestros ojos, nos muestra lo que es mejor, anhela sanarnos y salvarnos de la enfermedad del pecado. Nos ruega que vayamos a él, e incluso si nos negamos a escucharle

y partimos su corazón, no nos abandona:

“Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más yo los llamaba, tanto más se alejaban de mí; a los baales sacrificaban, y a los ídolos ofrecían sahumeros. Yo, con todo eso, enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos; y no conocí que yo le cuidaba. Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre la cerviz, y puse delante de ellos la comida. No volverá a tierra de Egipto, sino que el asirio mismo será su rey, porque no quisieron convertirse. Caerá espada sobre sus ciudades, y consumirá sus aldeas; las consumirá a causa de sus propios consejos. Entre tanto, mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí; aunque me llaman el Altísimo, ninguno absolutamente me quiere enaltecer. ¿Cómo podré abandonararte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como a Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad” (Ose. 11:1-9).

Palabras poderosas, conmovedoras, emocionantes, de parte de nuestro amante Padre, que sólo anhela aquello que es para nuestro bien. Y sin embargo, una y otra vez nos volvemos hijos contumaces dejándolo a un lado y rechazando todo aquello que quiere ofrecernos.

Y sin embargo, todavía nos llama, como un Padre que busca a sus hijos perdidos.

Cualquiera que haya “perdido” un hijo sabe la agonía y el dolor que inmediatamente lo embarga.

Mi hijo Pablo andaba de compras con nosotros cuando era niño... casi un bebé. ¡Una vez, en una tienda de ropas, dedicamos cierto tiempo pensando en lo que podríamos comprar! Al darnos vuelta para salir, descubrimos que Pablo había desaparecido. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

Comenzamos a buscar por todos lados, tratando al principio de no llamar demasiado la atención. Pero luego el pánico comenzó a apoderarse de nosotros y comenzamos a correr, cada vez más rápidamente, gritando: “¡Pablo, Pablo!”

Pero nada.

Corrí hacia la puerta y miré a ambos lados de la calle.

Nada.

Las vendedoras que nos estaban mirando comenzaron a ayudarnos. ¿Cómo es el niño? ¿Qué tipo de ropita lleva? ¿Ya había hecho esto antes? Yo comencé a sentirme como un padre defectuoso. Para entonces Ana, mi esposa, estaba ya muy alterada, desesperadamente ansiosa.

Tratando de mantenerme calmado, busqué por toda la tienda una vez más. Por supuesto, estaba orando como loco. Volví a nuestra posición original, y traté de pensar. ¿Qué habría hecho ese niño? ¿Se habría ido? Porque él normalmente era muy obediente y nunca antes se había retirado de nuestro lado.

Mientras estaba allí, de pie, emocionalmente a punto del colapso, una carita se asomó debajo de uno de los mostradores de ropa, y dijo:

—Muy bien, papi, encuéntrame.

Pablo había pensado que estábamos jugando a las escondidas con él. No tenía la menor idea de todo el dolor y la angustia que nos había causado, y que ya estábamos a punto de llamar a la policía. Más bien, parecía asombrado por los besos y las caricias que recibió, ¡pues sólo había estado jugando a las escondidas!

¿Alguna lección espiritual aquí? Sí, muchas.

1. Nosotros ignoramos los peligros que nos rodean, espiritualmente hablando.
2. Es posible, incluso, que ni siquiera sepamos que estamos perdidos.
3. Para algunos, sólo estamos jugando a las escondidas.
4. Nuestro Padre está muy ansioso porque respondamos a su voz.
5. Nosotros oramos sólo por aquello que de veras nos preocupa.
6. Sólo cuando comprendemos nuestra real situación Dios puede salvarnos.
7. Todo el cielo está mirando, anhelando salvarnos.
8. Dios pasa por alto nuestra necesidad, y gozosa y voluntariamente nos da la bienvenida cuando volvemos. Piense usted en otras lecciones.

La familia

La atmósfera y el lenguaje de la segunda carta de Juan tienen que ver con la familia. Incluso la iglesia a la cual escribe la identifica como: “La señora elegida y... sus hijos” (2 Juan 1). Dios es identificado como el Padre, Jesús como el Hijo. Y Juan enfatiza “mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad,

conforme al mandamiento que recibimos del Padre” (2 Juan 4).

Así se nos recuerda la continuación de ese tema relacionado con los “hijos de Dios” que se encuentra en su epístola anterior. Y su preocupación al escribir esta breve carta es la misma en 1 de Juan. El quiere asegurarse que ninguno de estos preciosos hijos de Dios se pierda por causa del maligno impostor que es verdaderamente el enemigo de Cristo (véase 2 Juan 7). Y por sobre todas las cosas, está preocupado porque ninguno se pierda.

Tirando todo a la basura

Pienso en Marcos que decidió ir a la universidad del Estado, antes que ir a una institución cristiana, y en pocos meses se había olvidado de Dios completamente. No nos sorprende, ya que los maestros le decían que la Biblia está llena de contradicciones y que es irrelevante para el mundo moderno.

Pienso en Juan que había crecido en un hogar cristiano, y sin embargo hizo todo a un lado por lo que consideraba una exitosa carrera profesional. Una cosa conducía a la otra; otra gran oportunidad, hasta que hubo amasado una verdadera fortuna. Pero tan rápidamente como la hacía, la perdía; lo último que oí es que estaba viviendo en un apartamento de sólo una habitación con una mujer que no era su esposa. Trágico. Aun cuando hubiera conservado todo su dinero, todavía sentiría yo que había echado todo por la borda, puesto que mientras más rico se volvía, menos tiempo dedicaba a Dios o a la iglesia. Finalmente dejó de asistir, y cuando llamábamos, nos decía que estaba muy ocupado...

Pienso en Amy, que parecía tenerlo todo: felicidad, buena apariencia, inteligencia. Ella también había “crecido en la verdad”... conociendo y amando al Dios de nuestra salvación. Pero cuando llegó a la adolescencia, toda su felicidad se evaporó al experimentar con el sexo, las drogas y todo lo demás. Incluso en lugar de vivir, estaba muerta. Ella misma se quitó la vida, echándolo todo por la borda.

Echarlo todo por la borda. Tan fácil como eso, es lo que el diablo quiere. “Sigue adelante, a Dios no le importa”, parece decirnos. “Date por vencido, no te molestes en intentarlo. La mejor manera de librarse de la tentación es desistir”, susurra a nuestros oídos.

Pero usted y yo sabemos que sólo mientras continuemos y no nos demos por vencidos podremos ser verdaderamente vencedores y

felices en los brazos de nuestro amante Dios.

Jesús: Hombre y Dios

Juan nos recuerda que amar significa caminar en obediencia a los mandamientos de Dios. (Véase 2 Juan 6). Ese es su insistente tema. Esta obediencia es obediencia natural que surge del acuerdo con Dios, de la admiración y el respeto hacia él, el Único que es por naturaleza justo.

Como lo define Juan, la causa de la derrota es seguir a los engañadores. ¿Quiénes son estos engañadores específicos? Aquellos “que no confiesan que Jesucristo es venido en carne” (2 Juan 7). Aquellos que creían que el cuerpo era malo, y que Dios no podía haber venido en la carne, como Jesús afirmaba. El sólo “pareció” venir en carne. O sugerían que la divinidad vino sobre el Jesús terrenal en ocasión de su bautismo, y luego lo abandonó poco antes de la cruz. Pero, ¿cómo podemos aplicar eso hoy? ¿Quiénes son aquellos que niegan la divinidad de Jesús en este tiempo?

Son todas aquellas creencias y prácticas que niegan la realidad de Jesucristo. Aquellos que dicen que realmente nunca existió como una persona histórica. Aquellos que no están de acuerdo con su misión y con su mensaje tal como están escritos. Los debates y discusiones con respecto a la naturaleza de Cristo son precisamente eso: podemos aceptar realmente tanto la divinidad como la humanidad en una sola naturaleza... ¿el Jesús único?

Pregunte a la gente hoy en día lo que piensan de Jesús. Obtendrá muchas respuestas:

“Fue un gran maestro”.

“Fue un buen hombre”.

“Fue un profeta de Dios”.

Y así por el estilo. Pero todas son del tipo de las que daban aquellos engañadores que menciona Juan. Por tanto, evitemos tales especulaciones y rechazos de la verdad de Dios, y asegurémonos de no desviarnos y echar por la borda todo aquello que creemos.

Porque como sigue diciendo Juan, “cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ese sí tiene al Padre y al Hijo” (2 Juan 9). Debemos evitar la tentación de especular, conjeturar y teorizar. No debemos “adelantarnos” a Dios y su verdad.

¡Todos debemos mantenernos unidos, y por sobre todo, unidos con Dios! De otra manera, no sólo será uno quien se perderá; en un sentido, todos nos perdemos cuando uno se pierde. Somos llamados a correr la carrera que nos es propuesta, ayudarnos unos a otros, y mantener nuestros ojos puestos en el galardón: el premio de ser uno con Dios, ahora y para siempre.

Correr la carrera

Porque hay mucho más que podría haberse perdido. Yo recuerdo haber visto un maratón. El corredor que iba adelante había hecho lo mejor que podía, cuando tropezó y cayó en la última vuelta dentro del estadio. La multitud le echó porras. El luchó por continuar. Pero a unos cuantos metros de la meta las piernas se le doblaron, se desvaneció y cayó muy cerca del premio. Todos sentimos aquella tragedia.

Pablo habla de esforzarnos por alcanzar el premio. "Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14). Y también nos advierte del peligro de distraernos y perder el premio: "Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal" (Col. 2:18).

Usando las mismas imágenes, Pablo explica que nosotros tenemos que entrenarnos, prepararnos y correr la carrera, y asegurarnos de correr para ganar realmente el premio (véase 1 Cor. 9:24). Porque cuán necio es haber hecho tanto por otros y luego quedar derrotados. O para usar otra de las imágenes de Pablo, después de haber hecho tanto por otros, ¿no sería una necedad llegar uno mismo a quedar reprobado? (véase 1 Cor. 9:27).

Ciertamente necesitamos asegurarnos hacia dónde vamos y por qué. Pensar en la recompensa no es ser egoísta. Por supuesto, si ocupáramos todo nuestro tiempo pensando en las calles de oro y en todas las otras joyas, entonces, definitivamente, todas nuestras prioridades estarían equivocadas. Pero la recompensa es digna del pensamiento del cristiano, del mismo modo en que un prisionero que está en una mazmorra anhela la luz. Véase lo que Jesús y el Nuevo Testamento dicen de la recompensa de aquellos que aman a Dios:

La mayor recompensa

"Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es grande en los cie-

los... " (Mat. 5:12).

"Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?" (Mat. 5:46).

"Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 6:1).

"Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras" (Mat. 16:27).

"Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ellos nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos" (Luc. 6:35).

"¿Cuál, pues, es mi galardón? Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo, para no abusar de mi derecho en el evangelio" (1 Cor. 9:18).

"Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís" (Col. 3:24).

"Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón" (Heb. 11:26).

"He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra" (Apoc. 22:12).

Pero en cuanto a mí, la mayor recompensa, y la razón más importante para no abandonarlo todo y caer derrotado, o echar todo por la borda, es que estaré para siempre con Dios, mi Amigo. Al igual que Juan, yo también miro hacia adelante, hacia la reunión con mis amigos: "Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido" (2 Juan 12).

"He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Apoc. 21:3). ¡Que todos decidamos estar allá!

CAPITULO 13

Imitando lo bueno

3 Juan

Camaleón

¿Ha visto usted alguna vez un camaleón? Esas criaturas que se parecen a los lagartos porque su cuerpo cambia de color para adaptarse al de los seres que los rodean?

¿Cómo lo hacen? Son tan buenos imitadores de todo cuanto lo rodea que es prácticamente imposible reconocerlos. Al parecer, tienen ciertas celdas especiales que contienen pigmentos de diferentes colores que empujan hacia afuera. No me pregunten cómo lo hacen exactamente; ¿será que un camaleón se da la orden a sí mismo, por ejemplo, "verde", y entonces les dice a sus celdas verdes que actúen?

Lo cierto es que el cambio ocurre. Un camaleón puede imitar perfectamente todo cuanto lo rodea. Lo hace para defenderse, para que los depredadores no puedan verlo. Lo hace para atacar, para que su presa no lo vea cuando se le acerca.

En cualquier caso, es un paralelismo interesante. El camaleón imita cualquier cosa que le rodee, asegurándose de armonizar perfectamente con la casa imitada. Cuando aplicamos ese mismo principio a la dimensión espiritual, puede ser tanto bueno como malo. Si seguimos simplemente los caminos y pensamientos de nuestros semejantes, entonces dejamos que los demás controlen nuestra vida... con frecuencia para nuestro mal. Pero si decidimos sencillamente no "cambiar color" sin pensar, sino desear verdaderamente "imitar lo bueno", entonces nuestra "semejanza" cambiará en el sentido correcto.

¿Qué tipo de camaleón es usted? ¿A semejanza de quién se está transformando? ¿Está usted siendo cambiado por todo aquello que le rodea? ¿O usted ha decidido ser cambiado por Dios? ¿Desea reflejar lo bueno o lo malo?

Como dice Juan: "El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios" (3 Juan 11). ¡Una prueba muy sencilla y clara que tiene que ver más con las acciones que con las doctrinas!

¿Por qué Juan?

Habiendo leído mucho acerca de los escritos de Juan, me pregunté por qué es tan atrayente, tan admirable. Mi conclusión es que Juan fue el discípulo que más estrechamente se asemejó a Jesús. El siguió el camino de Jesús, incluso sus pensamientos parecen haber llegado a ser semejantes a los suyos. Si usted compara los escritos de Juan con las palabras de Jesús, encontrará que se parecen muchísimo. Juan permitió, en muchos sentidos, que la verdad lo cambiara tan completamente, que en vez de seguir siendo llamado "hijo del trueno", llegó a ser un verdadero amigo y hermano de Jesús.

Este hecho es digno de toda nuestra atención. *Mediante la contemplación somos transformados* (véase 2 Cor. 3:18). Al ver la maravillosa transformación de la vida de Juan comprendemos lo que Dios puede hacer por nosotros. No basta *decir* que creemos en Jesús, sino que debemos mostrar un espíritu semejante al suyo en nuestras vidas individualmente. Estas son las bases del llamamiento de Juan en esta última y breve carta.

La verdad es que llegamos a ser semejantes a aquello que respetamos, valoramos y admiramos. En nuestro mundo actual, ¿a quién seguimos?, ¿quiénes son nuestros modelos?, ¿aquellos cuyos patrones dan forma a nuestra vida?

¿Los personajes de la televisión? ¿Los "ídolos" *pop* (incluso el mismo término significa "adoración", ni más ni menos)? ¿Las "estrellas" del cine (cuyo brillo se refleja casi con destellos celestiales en los ojos de sus admiradores)? ¿Los personajes de los libros que leemos? ¿Los personajes políticos, los actores y actrices de nuestros programas favoritos de TV, y así por el estilo?

¿A semejanza de quién está usted modelando su vida? ¿Qué principios está adoptando? ¿Qué patrones de comportamiento? Porque estamos siendo cambiados, para bien o para mal, cada momento. Como Pablo ruega: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2).

Pero el apóstol va aún más lejos:

“Por tanto, os ruego que me imitéis” (1 Cor. 4:16). “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor” (1 Tes. 1:6). “Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe” (Heb. 13:7).

¿A quién imitar?

Aun cuando pueda parecer una presunción decir a otros que lo imiten a usted, ésta es la mejor forma de aprender: por imitación. Imitar al maestro es el mismo corazón del aprendizaje que conduce a la comprensión. Sólo cuando vemos el *cómo* podemos decir en verdad que *sabemos*.

Usted podrá explicar con palabras qué hacer. Podrá trazar diagramas. Podrá construir modelos, escribir libros de textos y pintar cuadros. Pero a menos que pueda ayudar a los estudiantes a hacerlo en la práctica, nunca podrán decir que han aprendido de veras.

Usted es un mecánico automotriz. Quiere enseñar a una clase cómo desarmar un motor. ¿Qué debe hacer? ¿Referirlos al manual? Sí. ¿Mostrarles carteles en las paredes? Sí. Pero sólo cuando usted tome el motor y ponga las herramientas en manos de los estudiantes y les demuestre la forma correcta de usarlas, podrán decir en realidad que saben. Como dijo Esopo en su fábula *Los dos cangrejos*: “El ejemplo es el mejor precepto”.

Lo mismo ocurre con nuestra comunicación de la verdad de Dios. Será únicamente cuando dejemos de hablar y pintar cuadros que habremos comenzado realmente. ¡Debemos vivir la vida cristiana, y decir, *así se hace*.

Para aprender bien lo que ya conocemos, tenemos que imitar lo mejor. Es por eso que buscamos maestros verdaderamente experimentados que sepan de lo que hablan. ¡Deseamos imitar lo que es realmente bueno! En nuestra vida académica es tan obvio que raramente lo consideramos. En los negocios también: todos quieren seguir al mejor consultor, al experto más hábil.

¿Y qué en cuanto a la vida espiritual? No hay nada erróneo en imitar las vidas de otros cristianos, mientras seamos conscientes de que todos podemos cometer errores. El consejo de Juan no es que imitemos sin criterio alguno a los demás, sino sólo aquello que hemos compro-

bado que es bueno.

La imitación de Dios

Finalmente, esto significa seguir lo que procede de Dios. “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Efe. 5:1). En vez de basar nuestra vida en lo que otros son y hacen, imitar a Dios es lo mejor, en términos de principios y actitudes. Pero ¿qué en cuanto a Dios mismo? ¿Cuán bueno es realmente? ¿Y en qué forma nos expresamos bien de él?

No estamos hablando de lisonjear a Dios. Si tratamos de decir cosas muy bonitas de Dios, pero no las sentimos ni queremos hacerlo precisamente, ¡sería mejor callarnos! A nadie le gusta oír falsas alabanzas, y a Dios menos.

De modo que debemos decir lo que es pertinente cuando hablamos de Dios.

Una vez más, es difícil decir cosas buenas de alguien a quien no se conoce. Lo mismo ocurre con Dios. Si no lo conozco, no puedo decir cosas buenas de él. Podré intentarlo, pero mis palabras sonarán vacías porque no estarán basadas en la experiencia personal.

Si usted siente que es su deber testificar, o su pastor le dice que debería hacerlo, o si simplemente es algo que todo cristiano debería hacer... entonces, ¡yo le pediría que no testifique! Porque usted no podrá decir nada bueno de Dios a alguien si da la impresión de que realmente no quiere decirlo... si es una carga, si usted lo aborrece, porque la gente lo notará. Ser en verdad un testigo, imitar lo bueno y compartirlo de veras, significa que usted debe *querer* decir cosas buenas acerca de Dios.

¿Dónde hemos de comenzar entonces si queremos “decir cosas buenas acerca de Dios”?

De ese mismo “Dios que se manifestó en carne” del cual Juan habla tan a menudo. Porque Jesús mismo enumeró específicamente las razones por las cuales vino:

“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (Juan 18:37).

El diablo ha sido un “mentiroso desde el principio”. Jesús vino para demostrar que lo que el diablo dice es mentira y que lo que Dios dice es la verdad. No había otra manera de que Dios pudiera hacerlo. ¡La única manera en que él podía probar cómo era en realidad su na-

turalidad, era viniendo él mismo, de modo que todos pudieran verlo! El propósito fundamental de Jesús al venir al mundo era demostrar la verdad acerca de Dios. Y si nosotros queremos dar a conocer a este mismo Dios, debemos mirarlo primeramente a él en Cristo Jesús. "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Juan 1:18).

¿Cómo? ¿Cómo dio a conocer Jesús a Dios? Pensemos por un momento.

La forma en que vino: como un bebé. No con pompa o riquezas, poder o posición, sino como un niño de humildes padres campesinos de un remoto rincón del Imperio Romano.

La forma en que creció: no con el beneficio de una educación refinada y avanzada, no con posesiones personales; antes bien, trabajando duro para ganarse el pan de cada día, viviendo en la misma forma en que vivían los millones de seres humanos.

La forma en que comenzó su ministerio: siendo bautizado como nosotros (aun cuando no tenía necesidad de hacerlo).

La forma en que realizó su primer milagro: transformar el agua en vino fue una perfecta demostración de la actitud generosa de Dios.

La forma en que sanó a cientos de miles: milagros sobre milagros para mostrar que Dios quiere que estemos bien, física y espiritualmente; que él no causa dolor y sufrimiento, enfermedad o muerte. Por sobre todo, estos dones de sanidad, alimentación de la multitud, y amante cuidado de Dios en una forma dramática.

La forma en que habló: no con grandilocuencia, no con saltos y agitaciones, sino con firmeza y amor, mostrando al pueblo la verdad y el camino de regreso a su amante Padre celestial. Maravillosas palabras, como las parábolas; por ejemplo, el hijo pródigo es bienvenido al hogar, recibido por su padre lleno de amor y lágrimas. Así es Dios, dijo Jesús.

Jesús vivió como Dios entre nosotros: Emanuel. Es por eso que Jesús dijo: "Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto" (Juan 14:7).

Si usted conoce a Jesús, conoce a Dios. Tan sencillo como eso. Pero el pobrecito de Felipe no podía creer eso, ¡así que pidió ver al Padre! (Juan 14:9).

¿Cómo debe de haber suspirado Jesús cuando dijo a Felipe: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9)!

Permítame preguntarle ahora: ¿cuál es el centro de nuestro hablar acerca de Dios? ¿Cuál es el centro del mensaje evangélico para el mundo? Si en verdad deseamos decir cosas buenas, y conozcamos al Dios que amamos, ¿qué es lo más importante que debemos decir?

Algunos dicen: "El mensaje del tercer ángel", quizá. Pero seguramente no los aterrorizadores desastres que se describen allí; no podemos amedrentar al pueblo y luego esperar que amen a Dios.

Muchos dicen: "La segunda venida". Muy importante, pero si usted no conoce al Jesús que viene, ¿cómo puede creer en su retorno?

Otros dicen: "La iglesia. Debemos ser personas que se preocupan por los demás". Pero si sólo estamos atrayendo la atención hacia nosotros mismos, ¿qué verá la gente?

No. El corazón del mensaje son las buenas nuevas acerca de Dios. Reconsideremos lo que hemos venido diciendo: No estamos tratando de convencer a la gente acerca de un sistema de doctrinas que tiene que aceptar.

Tampoco tratamos de que la gente adopte nuestro estilo de vida saludable para que se una a nuestra organización. No atemorizamos a la gente para que se haga parte de la "iglesia remanente". Ese no es el método de Dios. Su método es mostrar cómo es él realmente. Y ese método debe ser el nuestro también. Al hablar de la bondad de Dios debemos mostrar a los demás cómo es Dios realmente.

Y por sobre todo, "porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor". Dios, el Creador, nos ha dado la luz de su maravillosa verdad, de modo que lo conocemos como está demostrado en la faz de Jesucristo: "Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz... es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Cor. 4:5, 6). Este es nuestro mensaje acerca de Dios. ¡Y él se revela a sí mismo a través de usted!

Los tres ejemplos

En 3 de Juan se nos presentan tres ejemplos. Cuál de ellos decidimos seguir, depende de nosotros. Pero no debemos engañarnos en cuanto a esas vidas y sus diferentes resultados.

Lo que hace especial 3 Juan es esta estrecha implicación en la situación de una iglesia en particular. Vemos gente real, y la forma en que se relaciona entre sí. La forma en que los individuos actúan den-

tro de la iglesia. ¡Nos gustaría saber más, pero a partir de las breves notas de que disponemos, es claro que las cosas no han cambiado mucho a través de los siglos! La naturaleza humana todavía necesita ser cambiada por el Espíritu, con el propósito de que aquellos que son cristianos lleguen a ser cada día más semejantes a Cristo.

De modo que aun cuando conocemos pocos detalles, las tres personas que se mencionan nos dan una síntesis de lo que Juan está afrontando y verdaderos ejemplos de lo que realmente está ocurriendo...

Gayo. Juan reconoce y encomia a Gayo porque ha decidido vivir bajo la influencia elevadora de la verdad. ¡La verdad triunfará al final! En otras palabras, la verdad tiene una cualidad compelerente de justicia que es ineludible. Usted no puede falsificar la verdad; la verdad habla por sí misma.

A semejanza de 2 de Juan, y otros escritos suyos, Juan habla mucho de la influencia de la verdad. A menos que seamos cambiados por lo que la verdad significa, vivimos una farsa. Para Gayo vivir la verdad significaba que él era fiel a sus creencias. Con mucha frecuencia aquellos que pretenden ser cristianos demuestran lo contrario. La idea de "fidelidad" a la verdad es más importante: necesitamos mantenernos firmes y no permitir que nada nos mueva de lo que sabemos que es verdadero.

Juan también alaba y encomia a Gayo por sus actos. "Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos" (3 Juan 5). Clara evidencia de una actitud positiva, cálida y amante; actitud que todos deberíamos copiar. Ser reconocido por una hospitalidad cristiana semejante es una verdadera bendición, pues habla más que las palabras.

Todos sabemos lo que es estar de visita en otra iglesia. ¡Qué alentador es recibir la bienvenida y hacernos sentir como en casa! Yo recuerdo haberme sentido perdido y solo en un viaje que hice a Francia, en mi adolescencia para trabajar durante seis meses. ¡Cuán maravilloso fue recibir el saludo de los hermanos de la iglesia local; me hicieron sentir muy bienvenido, e invitado a compartir la comida y el resto del día con una familia muy amable.

Ese tipo de recuerdos dura mucho en la mente, y nos habla del tipo de familias bondadosas que deberíamos ser. Una actitud así despertará comentarios (3 Juan 6), como evidencia de la verdad que está detrás de lo que creemos.

Diótfrefes. Lo opuesto de Gayo es este hombre que ha decidido actuar mediante principios anticristianos. Puede ser que esta declaración suene fuerte, pero la verdad es que cualquiera que utilice mal el poder y que mienta, sigue los caminos de Satanás. Esto es particularmente verdadero dentro de la iglesia, donde ese tipo de actitudes nunca debiera ocurrir.

¿Cuán exactos son entonces los "cargos" que se le hacen a Diótfrefes? (véase 3 Juan 9, 10).

1. Rehúsa aceptar la autoridad de los dirigentes de la iglesia. Incluso rechaza a Juan, el dirigente de más edad de la iglesia de aquellos tiempos; el único de los apóstoles que estuvo con Cristo y que todavía vivía. Aunque no debemos aceptar un liderazgo autoritario, es correcto y oportuno aceptar el consejo de los dirigentes de la iglesia elegidos por Dios.

2. Representa mal a otros y dice mentiras. Una vez más, ésta es una de las estrategias en la búsqueda del poder; porque al mentir acerca de Juan y sus compañeros en el liderazgo, Diótfrefes procura mantener su posición en la iglesia. Pero hacer tales cosas dentro de ella es seguir al diablo quien es un mentiroso desde el principio (véase Juan 8:44) y que ha representado mal la verdad y manchado el carácter de Dios. Es tan seria esta ofensa porque otros miraban a Diótfrefes como un dirigente de la iglesia local, y creían que representaba correctamente el cristianismo. Lo más dañino de todo es que la imagen de Dios que Diótfrefes muestra al mundo está distorsionada y corrompida.

3. El usa su posición de poder eclesiástico para evitar que otros compartan la verdad. Al controlar el poder de decidir quién hablaría a la iglesia, o incluso quién visitaría a los miembros, Diótfrefes actuaba como un censor autonombrado de la verdad. Quienes actúan valiéndose de principios correctos desearían asegurarse que todo lo que se dice y hace en la iglesia está en armonía con lo que creemos; la verdad no necesita nuestra defensa en una forma dictatorial. Usar la fuerza es siempre contrario a las normas del gobierno divino.

4. ¡El mal uso del poder eclesiástico y el ejercicio de la fuerza que hace Diótfrefes se demuestran claramente en el hecho de que trataba de expulsar de la iglesia a quienes no estaban de acuerdo con él! Censurar o desfraternizar a aquellos que simplemente disienten de usted es un método de gobierno eclesiástico simplemente inaceptable. Tristemente, la disciplina eclesiástica puede utilizarse como un método de ven-

ganza o represalia, hoy como antaño. Pero éste no es su verdadero propósito. La disciplina eclesiástica se aplica para ganar a los miembros que yerran y traerlos de vuelta a la verdad, no para expulsarlos de la iglesia.

De modo que Juan trata de ayudar a Gayo para que pueda manejar esta difícil y traumática situación en su iglesia. El anima a Gayo a que demuestre dónde está equivocado Diótrefes, y luego lo invita a que siga e imite lo bueno, no lo malo.

Demetrio. Juan no deja la situación como una confrontación entre Gayo y Diótrefes. El le menciona a Gayo el nombre de Demetrio, y habla muy bien de él. Es casi como si Juan estuviera diciendo: "Aquí hay un amigo de la iglesia que puede apoyarte". Todos necesitamos amigos en la iglesia, alguien que pueda ayudarnos en nuestro camino. Pero debemos elegir a los buenos y de quienes todos, incluso "la verdad misma", den buen testimonio (3 Juan 12). Y Juan apoya esto con una recomendación personal de Demetrio diciendo que "todos dan testimonio" de él.

¿No sería bueno conocer un poco más acerca de Demetrio? ¡Seguramente algunos otros detalles serían interesantes! Y sin embargo, incluso en estas pocas palabras podemos llegar a saber todo lo que necesitamos conocer. Porque, ¿cuál podría ser mejor epitafio para un cristiano que: "Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma"? (3 Juan 12).

Y aquí termina Juan su carta. Quizá hace una pausa antes de escribir las últimas líneas, considerando a sus amigos presentes en todas las iglesias, y a aquéllos de esta iglesia en particular. Quizá sonríe para sí, con felices recuerdos, y como en 2 de Juan, termina con el pensamiento de que le gustaría escribir más, pero como no le es posible, espera verlos a todos muy pronto. Entonces será capaz de hablar con ellos cara a cara (3 Juan 13).

Cara a cara: La forma en que deseamos hablar con nuestros amigos. Y un día, cara a cara con Dios, nuestro Amigo eterno.

Tomando su pluma por última vez, escribe sus palabras finales. "La paz sea contigo". Saludos a los amigos de allá de parte de los amigos de acá. Estoy seguro que estas palabras tenían mucho valor para Gayo. Estar en una iglesia donde había controversias de ese tipo y saber que hay amigos que piensan en usted, es causa de mucho ánimo. Pero por sobre todo, Gayo necesitaba y deseaba mucho lo que Juan le envía:

¡Paz!

Y lo mismo para todos nosotros. A pesar de las circunstancias y los problemas de la vida, Dios todavía está presente, y nosotros estaremos con él y con sus amigos para siempre y viviremos en su maravillosa paz.

CAPITULO 14

El Dios esencial

“Acabo de terminar con mi novio”. “Mi esposa me ha abandonado”. “Parece que no me entiendo con mi hijo”. “Ni un solo miembro de mi familia tiene verdadera intimidad conmigo”. “Acabo de perder a mi mejor amigo”...

Tragedias de la vida. Todos queremos amar y ser amados, sin embargo cuán difícil es labrar una relación perdurable. Tan perturbadas y difíciles como puedan ser, nuestras relaciones son aquello que más deseamos que duren, pero cuán a menudo fallan. Como una tormenta, llena de relámpagos y truenos, aterrorizadora y terrible, vivimos en la incertidumbre, no sabiendo si alguna de nuestras relaciones durará.

¿Y qué en cuanto a Dios y nosotros?

Asumamos la posición de que Dios está allí. Que se preocupa por nosotros. Supongamos que también quiere estrechar lazos con usted. ¿Y luego qué?

La mayoría de la gente piensa que tiene que hacer algo para ganar el favor de Dios, para agradarle. Recuerdo haber hablado con una mujer acerca de su experiencia. Había tratado *duramente* de agradar, haciendo todo lo que los dirigentes de su iglesia le pedían. Asegurándose de que su comportamiento fuera intachable. Parecía querer impresionar a Dios, como nosotros tratamos de impresionar a aquellos que nos rodean. ¿Resultado? Su vida llegó a ser miserable, y terminó odiando a Dios. Triste, trágicamente triste. Porque incluso en el terreno de las relaciones humanas, las que perduran, las significativas, no se basan en la idea de impresionar. Sólo siendo lo que usted realmente es, puede esperar tener una relación duradera.

Lo mismo ocurre con Dios. Nos ama simplemente porque nos

quiere. No que ame toda la gama de pecados en la cual hemos caído, sino que todavía ve lo que podemos llegar a ser. “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5.8). Vino a esta tierra con ese propósito precisamente: mostrarnos cómo era él realmente, con el ánimo de ganarnos y lograr que le amemos y confiemos en él. Lo que más anhela Dios es esa relación de amor basada en la confianza mutua, y la Cruz nos muestra la confiabilidad última de Dios. Esta es la esencia del mensaje repetitivo de Juan. El describe la verdadera naturaleza de Dios tal como se revela en Cristo. Juan dice: “Yo sé. Fui el amigo más íntimo de Jesús. A través de Jesús vi a Dios en la carne”.

Juan registra aquellas poderosas palabras de Jesús que deben de haber hecho una gran impresión en él. “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). El poder de atracción de Dios reside en su carácter, merced al cual decide y quiere amar a sus hijos aunque éstos sean rebeldes y poco amables. El nos ofrece su amistad y su amor salvador y sanador.

¿Y qué decimos nosotros? ¿Qué hacemos? ¿Crucifícalo de nuevo! (véase Heb. 6:6). Porque decimos que queremos una relación duradera, pero ¿la deseamos en verdad? ¿Somos serios en verdad? Con mucha frecuencia Dios es ignorado y tratado con desconsideración, incluso por aquellos que profesan ser sus amigos.

Las relaciones exigen que se les dedique tiempo

¡Piense en esto! ¿Cómo forma usted una relación duradera con alguien? ¿Puede llamar a alguien amigo sin pasar tiempo juntos, sin hacer algo juntos, sin compartir la vida juntos?

Lo mismo ocurre con Dios. Usted no puede llamar amigo a Dios si no toma tiempo para estar con él. El no tiene interés en desarrollar una relación a distancia; ¡quiere involucrarse con usted; quiere estar cerca de usted; desea ser aquel a quien usted llama primero! De modo que para tener una relación duradera con Dios, usted tiene que invertir tiempo en ella.

Una buena amiga vino a mí y me dijo que “había perdido su fe”... hablando en el mismo tono con que habría dicho que había perdido su bolso de mano en el autobús. De repente despertó una mañana, y se dio cuenta que ya no tenía ninguna relación con Dios. Pero en realidad ese cambio no ocurrió de la noche a la mañana. Ocurre como resultado de años de negligencia, de poner a Dios a un lado, de olvidarlo y no per-

mitir que se involucre en nuestra vida diaria.

Llamando amigo a Dios

Pensemos en aquellos amigos que tuvieron una relación buena y duradera con Dios (Algunos se mencionan en aquel famoso capítulo de la "fe" de Hebreos 11). No eran perfectos, pero sabían a dónde ir cuando sentían que se habían salido del camino. Comprendían que sus fracasos se debían a que no tomaban tiempo suficiente para estar con Dios y confiar en él completamente. Pero a pesar de sus fracasos, todavía eran *amigos de Dios*. Ese es el objetivo. Eso es lo que Dios quiere. Y deberíamos querer también nosotros: ser amigos del amigable Dios.

Moisés discutió con Dios cuando amenazó destruir a los israelitas... porque él conocía el carácter de Dios, y se preocupaba porque él conservara su buena reputación entre los otros pueblos. "¡Señor, tú no puedes hacer eso! Y yo quiero que todos los pueblos piensen bien de ti, como yo, mi Dios y mi amigo" (véase Núm. 14).

Por eso el fracaso de Moisés fue tan grave, porque representó mal a Dios, su Amigo. Moisés rebajó a Dios cuando golpeó la roca, diciendo, "¿hemos de sacarles agua de esta roca?" Los amigos tienen responsabilidades, deben preocuparse por cuidar la reputación de quien pretenden representar. Los amigos quieren que las relaciones sean duraderas, y también desean hacer extensiva su amistad a otros.

Abrahán fue llamado amigo de Dios. ¿Por qué? Incluso se atrevió a discutir con Dios en cuanto a lo que ocurriría en Sodoma y Gomorra. Era amigo de Dios porque sabía lo que Dios realmente quería: una relación verdadera y honesta basada en la confianza mutua. Y así fue como desafió a Dios: "El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gén. 18:25).

Lo mismo ocurrió con Job: aunque discutió larga y duramente; aunque tenía sus dudas y depresiones, estuvo totalmente convencido de que Dios era absolutamente confiable: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo" (Job 19:25). Al final, Dios estuvo encantado de confirmar sus relaciones con él: "No habéis hablado de mí lo recto como mi siervo Job" (Job 42:7, 8).

Diversas formas de responder

Jesús contó la historia del sembrador (véase Mat. 13) que esparció la semilla como un modo de mostrar las diferentes formas en que la

gente respondía al llamamiento de Dios y a su deseo de tener una relación con él. Algunos oyeron, y sin embargo, no le permitieron a Dios cambiarlos. Sencillamente no tenían sus raíces muy profundas, y cuando vino el calor, se secaron. Otros se asfixiaron a causa de las distracciones de otras relaciones, otros estilos de vida. Algunos no quieren absolutamente ninguna relación, ¡y los pájaros se los comen! Una relación duradera sólo se produce al tener raíces profundas en el terreno de la amistad con Dios, creciendo siempre en él.

Relaciones

¡Eso es todo lo que Dios quiere! Ciertamente no está interesado en negociar con la gente o en hacer cierto tipo de transacción. ¡Y tampoco quiere que crean que su salvación depende de sus obras! Algunas personas parecen pensar que ellos pueden llegar al cielo incluso aunque Dios no les caiga bien. Una y otra vez hemos de decir que cuando Dios alcanza a los seres humanos, quiere establecer una relación basada en el amor y la aceptación.

No existe otro significado para la verdad: "Dios es amor"; es decir, Dios quiere una relación basada en el amor, la confianza aceptadora que obra en ambas direcciones. Esa fue la razón por la cual vino Jesús: a mostrar, a demostrar, a probar ciertamente que Dios es amor.

Y lo que más quiere es a usted: amarle, cuidar de usted, salvarle y sanarle, y con el tiempo darle la bienvenida en la eternidad de paz en su gloriosa presencia. "Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Juan 1:3). ¡Dios nos asegura que podemos volver al hogar! Le extiende cariñosamente su mano perforada por los clavos. ¿Volverá usted a Dios, tomará su mano, y se asirá de él mientras lo conduce hacia el hogar celestial?

Nademos como salmones

Yo estaba de pie y hundido hasta los muslos en las frías aguas de un río en Alaska. Lo que había comenzado como un viaje para observar osos, se había convertido en un asombroso y maravilloso espectáculo de observación de la naturaleza. Habíamos viajado en barco surcando frente a la costa de la Isla Baranov para desembarcar en Nakrasina, una caleta cubierta de árboles y hierba muy alta. (¡Y yo me preguntaba qué ocurriría si nos encontrábamos con un oso viniendo en sentido contrario!)

Cuando llegamos a la desembocadura del río, el agua hervía de salmones, que batían la cola y golpeaban el agua mientras continuaban su agotador viaje de regreso hacia los lugares donde habrían de desovar. Podíamos verlos claramente, muy cerca, en el borde del agua: enormes peces de color rojo, rosa y blanco, mientras sus escamas refulgían con el sol de la tarde.

Mientras atravesaba el río, protegido por botas altas que me llegaban hasta los muslos, nos encontramos cara a cara con los peces. Tan ansiosos estaban de continuar su viaje que difícilmente ponían atención a aquel extraño ser que encontraban en su camino. Algunos sencillamente se lanzaban contra mí, y más tarde en la noche, descubrí algunos buenos moretones en mis piernas.

Entonces decidí concentrarme en un solo pez que nadaba a lo largo de la ribera del río. Coleteaba y saltaba como todos los demás, abriéndose paso corriente arriba. Aleteaba para dominar las violentas aguas, descansaba en profundas honduras y luchaba para pasar a través de bancos de arena con una determinación que me hizo pensar. Yo seguí al pez corriente arriba, sorteando obstáculos, golpeado y empujado por centenares de otros peces. Pero nada podía detener su decidido avance. Por fin lo vi caer en un hoyo pequeño.

Pensé que nunca lograría salir de allí. Pero con una arremetida desesperada, se lanzó a través del banco, cayó en otro hoyo, donde jadeaba desesperadamente pero todavía seguía nadando. Observé al pez mientras se movía hacia adelante, siempre adelante, y finalmente lo perdí de vista en un recodo del río. Y yo sonreí, deseando lo mejor para aquel valiente y decidido pez.

Un mensaje para cada uno de nosotros: nadar juntos, nunca darse por vencido, no importa qué obstáculos aparezcan en nuestro camino, y mantener siempre viva esa motivación que impulsa, que es una esperanza en nuestro corazón de alcanzar el lugar al que deseamos llegar, al lugar donde anhelamos estar. No para salvarnos a nosotros mismos, sino para volvernos hacia Dios, a fin de que nos salve finalmente para que podamos estar con él para siempre. Luchemos, y que el Dios que nos llamó sea suyo ahora, por el resto de su vida y por toda la eternidad.

NO HAY DIOS SINO YO

Juan, el discípulo amado – ahora ya anciano –, estaba afligido. Notaba que en el mismo seno de la iglesia había quienes negaban que Cristo hubiese venido en forma corporal y física. La gente de

su época estaba transformando a Jesús en una cierta figura "espiritualizada", "una imagen de fe", que no se podía tomar literalmente.

Juan se lanzó en defensa del "Jesús histórico". Su mensaje es: ¡Déjense de cosas! ¡Yo estuve allí! ¡Soy testigo presencial! ¡Jesús fue una persona física absolutamente real! ¡Yo ví, toqué, oí, a Jesús! ¡El era real, no hay ninguna duda al respecto!

No hay Dios sino Yo, de Jonathan Gallagher, presenta el apasionado mensaje de Juan como aparece en sus epístolas: Dios se manifestó en Cristo. Ayuda al lector a no perder de vista la sempiterna divinidad ni la perfecta humanidad del Hijo de Dios, porque fuera de eso no hay ninguna base para la fe cristiana.

La lectura de este libro le ayudará a comprender por qué conocer a este Jesús histórico es poseer la vida eterna. Pero lo que es más importante, le enseñará cómo conocer a Jesús para poseer la vida eterna.

JONATHAN GALLAGHER